

**UCLA**

**UCLA Electronic Theses and Dissertations**

**Title**

Ira, humillación, deseo de venganza y luchas de prestigio: un acercamiento al papel de las pasiones en las novelas políticas de Mario Vargas Llosa y Alonso Cueto que tratan épocas dictatoriales y de insurrección

**Permalink**

<https://escholarship.org/uc/item/2m42367m>

**Author**

Galleres, Jesús

**Publication Date**

2021

Peer reviewed|Thesis/dissertation

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Los Angeles

Ira, humillación, deseo de venganza y luchas de prestigio:  
un acercamiento al papel de las pasiones en las novelas políticas de Mario Vargas Llosa y  
Alonso Cueto que tratan épocas dictatoriales y de insurrección

A dissertation submitted in partial satisfaction of the  
requirements for the degree Doctor of Philosophy  
in Hispanic Language and Literatures

by

Jesús Domingo Galleres

2021

© Copyright by

Jesús Domingo Galleres

2021

## ABSTRACT OF THE DISSERTATION

Ira, humillación, deseo de venganza y luchas de prestigio:  
un acercamiento al papel de las pasiones en las novelas políticas de Mario Vargas Llosa y  
Alonso Cueto que tratan épocas dictatoriales y de insurrección

by

Jesús Domingo Galleres

Doctor of Philosophy in Hispanic Languages and Literatures

University of California, Los Angeles, 2021

Professor Efraín Kristal, Chair

Esta tesis examina el papel fundamental que juegan los afectos y las pasiones en los mundos literarios de las novelas políticas de Mario Vargas Llosa y Alonso Cueto, y en particular la ira, la humillación, el deseo de venganza y las luchas de prestigio. Según una tradición filosófica con antecedentes en el pensamiento clásico, estas emociones tienen sus raíces en lo que Platón definió como el “thymós,” es decir el deseo de reconocimiento o la necesidad del ser humano de afirmarse frente a los demás. En esta tesis me interesa identificar instancias en las novelas políticas de estos dos autores en las que ciertos afectos y pasiones thymóticas producen cambios estructurales en las circunstancias históricas, económicas y políticas de los universos narrados.

Esta investigación está inspirada en una línea de pensamiento iniciada por Nietzsche sobre el resentimiento y sus implicaciones en los destinos de individuos y de grupos humanos, con interesantes transformaciones en la obra de Max Scheler y Peter Sloterdijk porque todos ellos se interesan en un mundo de fuertes emociones que relacionan a determinados contextos sociales con implicaciones políticas. El pensamiento de Sloterdijk es especialmente relevante a mi acercamiento puesto que el filósofo alemán pone en relación el resentimiento y la política con las dinámicas thymóticas.

El enfoque temporal de esta investigación son principalmente las representaciones literarias de dos décadas de convulsión política de la historia del Perú: la guerra contra el grupo terrorista Sendero Luminoso entre 1980 y 1992 y el régimen dictatorial de Alberto Fujimori entre 1990 y el 2000. Las obras que tratan la guerra contra Sendero Luminoso y que analizo en este estudio son las novelas *Historia de Mayta* (1984) y *Lituma en los Andes* (1993) de Vargas Llosa y *La hora azul* (2005), *La pasajera* (2015), *La viajera del viento* (2016) y el relato *Pálido cielo* de Cueto. Las novelas que comprenden el régimen dictatorial de Alberto Fujimori son *Grandes miradas* (2003) de Cueto y *Cinco Esquinas* (2016) de Vargas Llosa. Sin embargo, en este último apartado de análisis he incluido también *Conversación en la Catedral* (1969) y *La Fiesta del Chivo* (2000) novelas de Vargas Llosa que reseñan dos etapas históricas diferentes. La primera está ambientada durante el tiempo de la dictadura peruana de Manuel A. Odría entre 1948 y 1956 y la he incluido porque las dinámicas thymóticas entre afectos, relaciones de poder y corrupción anticipan tipologías de la dictadura de Fujimori. La segunda, representa la dictadura de Leónidas Trujillo en la República Dominicana entre 1930 y 1961 y aunque se refiera a la era de Trujillo, hay varios elementos que insinúan que se pensó bajo el influjo de lo que pasaba con Fujimori y su director del Servicio de Inteligencia Nacional, Vladimiro Montesinos en el Perú.

En el primer capítulo analizo las dinámicas entre humillación y deseo de venganza entre personajes subalternos y poderosos en los contextos de gobiernos dictatoriales en *Conversación en la Catedral*, *La Fiesta del Chivo* y *Grandes Miradas*. Luego en *Pálido cielo* considero el resentimiento de clase para explicar algunas de las motivaciones de los miembros de Sendero Luminoso.

En el segundo capítulo exploro, a partir de *Grandes miradas* de Cueto y *Cinco Esquinas* de Vargas Llosa, la posición de aparente debilidad que despliegan personajes subalternos en su intento de subvertir el poder cuando se enfrentan al sistema de corrupción de la dictadura de Alberto Fujimori y el director de Inteligencia Nacional Vladimiro Montesinos. Seguidamente indico el procedimiento por el cual una conjugación entre bajas pasiones y altruismo, que afecta a estos personajes, deviene en el catalizador que precipita la caída del régimen.

En el último capítulo analizo la guerra contra Sendero Luminoso a través de *Historia de Mayta y Lituma en los Andes* de Vargas Llosa y *La hora azul*, *La pasajera* y *La viajera del viento* de Cueto. Ambos autores coinciden en presentar relatos exhaustivos de la violencia política. Sin embargo, su foco de interés es diferente. Vargas Llosa explora el aspecto ideológico del revolucionario y Cueto reflexiona sobre el abismo social que separa a los más pobres de los más ricos del país. En mi línea de análisis, las dinámicas thymóticas entre afectos que actúan sobre los personajes sufren una modificación para así poder explicar el fenómeno del terrorismo y el comportamiento violento del fanático político.

Finalmente, esta investigación abre un nuevo camino para acercarse a las novelas políticas de Vargas Llosa y Cueto: la consideración de las pasiones como una variable de peso que se mueve agazapada por las diferentes cuestiones políticas que tratan las novelas de este estudio y que al secuestrar el ánimo de los protagonistas propulsa cambios estructurales en el acontecer histórico y político de los mundos narrados por estos dos autores.

The dissertation of Jesús Domingo Galleres is approved.

Jorge Marturano

Teófilo Ruiz

Martin Van Delden

Efraín Kristal, Committee Chair

University of California, Los Angeles

2021

## Table of Contents

<b>Introducción.....</b>	<b>1</b>
<b>Capítulo 1. Dinámicas thymóticas en las novelas políticas de Mario Vargas Llosa y Alonso Cueto.....</b>	<b>15</b>
1.1 <i>Conversación en La Catedral</i> .....	23
1.2 <i>La fiesta del Chivo</i> .....	26
1.3 <i>Palído Cielo</i> .....	37
<b>Capítulo 2. Poder, pasión y altruismo en <i>Cinco Esquinas y Grandes miradas</i> .....</b>	<b>58</b>
<b>Capítulo 3. Mario Vargas Llosa y Alonso Cueto: perspectivas sobre la guerra contra Sendero Luminoso.....</b>	<b>92</b>
<b>Conclusiones.....</b>	<b>148</b>
<b>Referencias bibliográficas.....</b>	<b>157</b>

## VITA

### EDUCATION

- University of California Los Angeles**, Los Angeles, California 2015  
**M.A. in Hispanic Languages and Literatures**
- University of California Los Angeles**, Los Angeles, California 2004  
**Bachelor of Arts in Comparative Literature**  
Emphasis: Spanish and French
- Pontifical Catholic University** 1998  
Humanities and Law School

### HONORS AND AWARDS

- Shirley L. Arora Graduate Fellowship** 2017  
Annual award granted to students in the Department of Spanish and Portuguese whose scholarship furthers the study of Hispanic Languages and Literatures.

### TEACHING EXPERIENCE

- University of California Los Angeles**, California September 2013-2021  
*Teaching Fellow*  
Introduction to Spanish Language 1, 2, 3, 4, 5  
Spanish 7B: Spanish for Heritage Speakers  
Spanish 44: Latin American Culture  
Spanish 42: Iberian Culture  
Spanish 120: Early Modern Iberian Culture
- Santa Monica College**, Santa Monica, California January 2000-June 2002  
*Teacher Assistant for Spanish 1 and 2 Professor*  
Taught discussion classes and reinforced lectures  
Graded students' examinations, papers and projects  
*Spanish and French Tutor/Computer Lab Assistant*  
Elaborated on the lessons that were taught in class  
Assisted students to use lab computer equipment

### PUBLICATIONS

- Carátula: revista cultural centroamericana* (Directed by Cervantes prize winner 2017, Sergio Ramírez)

**Interview:** *Interview with Spanish Cinematographer Javier Aguirresarobe: La luz en sus películas*

[Interview with Spanish Cinematographer Javier Aguirresarobe: La luz en sus películas](#)

**Essay:** *Imposibilidad de cambio: la situación del indio en Balún Canán*  
<http://www.caratula.net/72-imposibilidad-de-cambio-la-situacion-del-indio-en-balun-canan/?fbclid=IwAR2fr-ESKfX9RMVRzsrly3ALxhFdnbBQGV-Voza08K9t4orJhwGUjMstP9I>

**Narrative:** *La teta de Tatiana*  
[http://www.caratula.net/ediciones/62/narrativa-jgalleries.php?fbclid=IwAR2n0DXoCd7zm72BQoedurGGJtXIkv\\_jTb2VIDIOMApT8V87Bjof9Snss-g](http://www.caratula.net/ediciones/62/narrativa-jgalleries.php?fbclid=IwAR2n0DXoCd7zm72BQoedurGGJtXIkv_jTb2VIDIOMApT8V87Bjof9Snss-g)

#### PRESENTATIONS

**Paper Presentation,** “Poder, pasión y altruismo en *Cinco Esquinas y Grandes miradas*,” Feria Internacional del Libro de Lima (FIL de Lima), July 22nd 2019.

#### PROFESSIONAL SERVICE

**Interviewer for Cultural Magazine, *Carátula*,** Los Angeles, California April 2013-Current  
(Directed by Cervantes prize winner 2017, Sergio Ramírez)

Interview with American Film Director Chris Weitz

Interview with American Author John Rechy

Interview with Chilean Film Director Matías Lira

Interview with Spanish Cinematographer Javier Aguirresarobe

Interview with Chilean-American Music Producer/Sound Engineer Mauricio Guerrero

#### TRANSLATION

Translated script. *Cain y Abel*, Alejandro Jodorowski, Parallel Media

English subtitles. *A Better Life*, Dir. Chris Weitz

Translated article. “La luz de la vida,” Cinematographer Javier Aguirresarobe, *Variety Magazine*

#### LANGUAGES

**Spanish:** Native Language

**English:** Fluent

**French:** Fluent

**Italian:** Intermediate

## Introducción

El foco de análisis de esta tesis es el tratamiento literario de un compuesto de pasiones—la ira, la humillación, el deseo de venganza y las luchas de prestigio—como los motores que animan aspectos fundamentales de un conjunto de novelas políticas de Mario Vargas Llosa y de Alonso Cueto. De acuerdo a una tradición filosófica con antecedentes en el pensamiento clásico, el origen de esas pasiones proviene del concepto platónico del “thymós”, un concepto que refiere a la necesidad del hombre de afirmarse frente a los demás. En esta tesis me interesa identificar instancias de las novelas en donde las dinámicas entre ciertos afectos y pasiones thymóticas producen cambios estructurales en las circunstancias históricas, económicas y políticas de los mundos literarios que narran.

Asimismo, mi investigación está inspirada en una línea de pensamiento iniciada por Friedrich Nietzsche sobre el resentimiento y sus implicaciones en los destinos de individuos y de grupos humanos, con interesantes avatares en la obra de Max Scheler y Peter Sloterdijk porque todos ellos se interesan en un mundo de fuertes emociones que relacionan a determinados contextos sociales con implicaciones políticas. El pensamiento de Peter Sloterdijk me ha sido particularmente útil en este estudio puesto que en el análisis que presenta en su ensayo político *Ira y tiempo* (2006) explica el resentimiento y la política en relación con las dinámicas thymóticas.

El enfoque temporal son principalmente las representaciones literarias de dos décadas de convulsión política de la historia del Perú: la guerra contra el grupo terrorista Sendero Luminoso entre 1980 y 1992 y el régimen dictatorial de Alberto Fujimori que presidió desde 1990 hasta el 2000. Para ello utilizaré las novelas *Historia de Mayta* (1984), *Lituma en los Andes* (1993) y *Cinco Esquinas* (2016) de Vargas Llosa y *Grandes miradas* (2003), *La hora azul* (2005), *La*

*pasajera* (2015) y *La viajera del viento* (2016) y el relato *Pálido cielo* (1998) de Cueto. No obstante, también incluiré *Conversación en La Catedral* (1969) y *La fiesta del Chivo* (2000), dos novelas de Vargas Llosa que se ocupan de dos periodos históricos diferentes. La primera está ambientada durante el tiempo de la dictadura peruana de Manuel A. Odría entre 1848 y 1956 y la he incluido porque las dinámicas thymóticas entre afectos, relaciones de poder y corrupción recuerdan a las dinámicas de la dictadura de Fujimori. La segunda, representa la dictadura de Leónidas Trujillo en la República Dominicana entre 1930 y 1961 y aunque se refiere a la dictadura de Trujillo, hay varios elementos que insinúan que se concibió bajo el influjo de lo que pasaba con Fujimori y su director del Servicio de Inteligencia Nacional, Vladimiro Montesinos en el Perú. Además, estas novelas políticas abundan en pasajes que ilustran estas dinámicas thymóticas entre los afectos y contribuyen considerablemente a la exposición de mi argumento.

A continuación, presento un análisis del desarrollo teórico sobre el resentimiento a partir de las obras de Nietzsche, Scheler y Sloterdijk.

Platón vincula la idea de thymós a las emociones humanas. Lo relaciona a la ira y al orgullo como impulsores esenciales del quehacer humano. De allí, no debe sorprender que el poema fundador de la cultura occidental, *La Ilíada* de Homero, dedique sus primeras líneas a narrar la ira desenfrenada de Aquiles. Según Peter Sloterdijk en su libro *Ira y tiempo*, el thymós ha sobrevivido a lo largo de la historia como coraje, valentía, amor propio, un afecto sin el cual el hombre no lograría afirmarse ante los demás en la sociedad, y que resulta necesario para poder superarse. Este afecto también le permite defenderse de las agresiones e imposiciones no deseadas.

Sloterdijk resalta que la tradición judeocristiana se ha esforzado por la expresa condenación de estos afectos thymóticos que él considera esenciales para la realización del hombre. Por ello afirma que “en Europa se ha tenido que esperar hasta el Renacimiento para

conseguir una nueva formación del orgullo urbano o burgués antes de que la dominante psicología de la *humilitas*, que los campesinos, los clérigos y los vasallos llevaban escrita en el cuerpo, pudiera ser reprimida, al menos parcialmente, por una imagen humana neo-thymótica [...] No es una casualidad que sus precursores, sobre todo Maquiavelo, Hobbes, Rousseau, Smith, Hamilton y Hegel hayan dirigido su mirada de nuevo al hombre como portador de pasiones valorativas, especialmente del ansia de fama, la vanidad, el *amourpropre*, la ambición y el deseo de reconocimiento. Ninguno de estos autores ha ignorado los peligros que esconden semejantes afectos; sin embargo, la mayoría se ha atrevido a destacar sus aspectos productivos para la convivencia de los seres humanos” (Kindle Location 403).

En cuanto a la inclusión de estos afectos por el psicoanálisis para desentrañar las dimensiones del actuar humano, Sloterdijk señala que esta escuela psicológica y su enfoque erotodinámico “consiguió mostrar que el odio está sometido a leyes semejantes a las que imperan en el amor, pero que permaneció mudo ante la ira, que brota de la ambición de éxito, prestigio y autoestima y de su fracaso” (Kindle Location 330).

Lo que la tradición judeocristiana y el psicoanálisis no han considerado es que el hombre necesita probarse a sí mismo y probar a los demás su valía para así obtener auto-respeto y dignidad. En este sentido, afirma Sloterdijk, “los grupos reflejan sus propias exigencias de valor en las percepciones manifiestas de los otros. Los venenos de la vecindad se infiltran en los conjuntos relacionados entre sí. Hegel ha designado esta reflexión moral interactiva con el concepto, de gran trascendencia, de reconocimiento. Apunta con ello de forma clarividente a una poderosa fuente de satisfacciones o de fantasías de satisfacción. El hecho de que con ello haya señalado al mismo tiempo el origen de innumerables irritaciones cae por su propio peso. En el campo de la lucha por el reconocimiento, el hombre se convierte en el animal surreal que arriesga la vida por un trapo de colores, una bandera o un cáliz.” (Kindle Location 507-513). De

la cita, hay que resaltar la reflexión de Hegel sobre el hecho que la falta de reconocimiento por quienes consideramos relevantes, nos irrita, nos causa ira. El thymós tiene que ver con querer resonar en el otro. Y también, la ira florece si me niego reconocimiento a mí mismo. Entonces, el reconocimiento es un eje fundamental dentro de las relaciones interthymóticas y por ello merece un cuidadoso tratamiento.

Respecto de la ira, Sloterdijk recuerda que Aristóteles, en concordancia con Platón, se refiere a ella como algo beneficioso. De hecho, “le extiende un certificado sorprendentemente favorable siempre y cuando esté aliada con el coraje y se mueva hacia una defensa razonable frente a las injusticias [...] (y añade citando a Aristóteles de *Acerca del alma*): La ira es necesaria; de nada se triunfa sin ella, si no llena al alma, si no calienta al corazón; debe, pues, servirnos, no como jefe, sino como soldado” (Kindle Locations 564-566). Parece que el ejercicio de la ira como producto de una humillación o injusticia, o como consecuencia de la negación de reconocimiento contiene un aspecto razonable.

Seguidamente, Sloterdijk sitúa su análisis sobre la ira y el reconocimiento dentro del marco de las sociedades actuales del mundo libre. Explica que en estas sociedades los seres humanos están condenados a una intranquilidad thymótica donde sus “ambiciones, lo mismo que su resentimiento, difícilmente se pueden sedar en caso de que otros tengan mayor éxito” (Kindle Locations 905-907). El autor insiste en que “sobre todo en un mundo de libertades ampliamente dispersadas, las personas no pueden dejar de aspirar al reconocimiento específico que se manifiesta en prestigio, bienestar, ventajas sexuales y superioridad intelectual. Ya que tales bienes siguen siendo reducidos en todas las circunstancias, en el sistema liberal se reúne un gran depósito de envidia y mal humor entre los competidores derrotados, por no hablar de los verdaderos perjudicados y de los marginados de facto. Cuanto más satisfecha está la «sociedad»

en sus rasgos fundamentales, tanto más coloristas florecen las envidias de todos contra todos” (Kindle Locations 910-915).

Sloterdijk arguye que la modernidad y la nueva democracia ya no tienen a los marginados de antes; esclavos y sirvientes, los ha reemplazado por el equivalente del *Loser*. Su rencor por no gozar de los beneficios del sistema se traduce en un resentimiento contra los que sí se benefician y también contra las reglas del juego. Es así, explica Sloterdijk, como se entiende el nacimiento del terrorismo mundial hoy en día. En torno a éste agrega que “los nuevos movimientos de recogida de los insatisfechos dispuestos para el combate y de los enérgicos sin ocupación, son las rápidas instalaciones de red del odio del perdedor, las proliferaciones subliminales de los medios de sabotaje y destrucción que parecen preocuparse por el regreso del terror histórico y las esperanzas correspondientes” (Kindle Location 922).

En la misma línea de análisis de Sloterdijk respecto del inconformismo a nivel individual y colectivo de las sociedades modernas, Max Scheler en *El resentimiento en la moral* (1912-1915) sostiene que “en una democracia no sólo política, sino también social, que tienda a la igualdad económica, el resentimiento, por lo menos el social, será escaso. Pero será también escaso — y lo ha sido — por ejemplo: en una organización de la sociedad en castas, como la que existía en la India; o en una organización de clases rigurosamente articulada. La máxima carga de resentimiento deberá corresponder, según esto, a aquella sociedad en que, como la nuestra, los derechos políticos — aproximadamente iguales — y la igualdad social, públicamente reconocida, coexisten con diferencias muy notables en el poder efectivo, en la riqueza efectiva y en la educación efectiva; en una sociedad donde cualquiera tiene «derecho» a compararse con cualquiera y, sin embargo, «no puede compararse de hecho». La sola estructura social — prescindiendo enteramente de los caracteres y experiencias individuales — implica aquí una poderosa carga de resentimiento. A este factor se añade este otro: que el sentimiento de venganza

se convierte tanto más en resentimiento cuanto más se transforma en un estado permanente, continuamente «ofensivo», y sustraído a la voluntad del ofendido; cuanto más es sentida la ofensa como un sino. Este caso se da, principalmente, cuando un individuo o un grupo sienten su misma existencia y condición como algo que, por decirlo así, clama venganza” (23-24).

Scheler explica que la organización de muchas democracias occidentales, aplicable inclusive hoy en día, sí constituye un clima propicio para una poderosa carga de resentimiento. En estos sistemas democráticos que propugnan la igualdad de derechos, advierte Scheler, donde la igualdad social es públicamente reconocida y en la que cualquiera puede compararse con cualquiera se verifica que en la realidad sólo algunos pocos tienen acceso a los privilegios en cuanto a la riqueza, el poder y la educación tangibles. El divorcio entre el esquema legal-jurídico de igualdad y la realidad de desigualdades humilla al sector afectado y el agravio continuo del sistema resulta en la creación de una sed de justicia en la víctima que quisiera repeler el agravio, pero por razones de posición de poder o riesgo de la vida misma, no es posible. Entonces esta impotencia de los agraviados para desafiar el sistema en el plano colectivo, o del agraviado para desafiar al ofensor en el plano individual produce resentimiento.

Sloterdijk reconoce en clave interrogativa la trascendencia del resentimiento en el actuar humano. Declara: “¿Acaso no es el resentimiento, aun antes del *bon sens*, la cosa mejor repartida del mundo?” (Kindle Locations 1036-1041). Hace notar que el resentimiento genera ira y a lo largo de su ensayo sociopolítico desarrolla una proyección de ésta en el tiempo. Una parte importante de esta proyección es la idea de la venganza postergada del iracundo, y resalta el papel clave de la memoria en esta postergación. Para él, recordar “en último lugar es también el resultado de formaciones de nudos mediante los cuales el ahora actualizado anuda de forma convulsiva y adictiva antiguos lazos de dolor” (Kindle Locations 1048-1054). Las evocaciones de ese recuerdo en un individuo ayudan a mantener vivo en el tiempo su dolor para que llegado

el momento óptimo de la venganza planeada, el recuerdo sirva de impulso vital en su realización. En el plano colectivo las evocaciones de esos recuerdos dolorosos ayudan en los proyectos de reivindicaciones nacionales o revolucionarias. Ya hemos dicho que los beneficios de los que gozan los miembros de los sistemas sociales igualitarios de occidente no alcanzan a ciertos grupos marginales, y ello los humilla. Los efectos de esta humillación, cree Sloterdijk, son equiparables al daño físico, similar a una herida pernicioso. Y aunque las actuales ciencias de trauma, los ejercicios morales y religiosos e inclusive procesos penales compensatorios han tratado de curar esta herida, todos han fracasado en su intento. Este fracaso, concluye el autor, revela la resistencia que muestra la humillación a pasar al olvido.

A partir de sus observaciones, Sloterdijk concluye que la mejor manera de mantener estos recuerdos y de hacer pervivir la ira es convirtiéndolos en conservas de odio. “A través de la cultura del odio, la ira se lleva al formato de proyecto [...] las intenciones de venganza se pueden mantener durante amplios espacios temporales: es más, son incluso transferibles de una generación a otra. Si se consiguen los niveles de transferencia a los agentes siguientes, se habrá formado una auténtica economía de la ira. El bien de la ira ya no se acumula de forma casual ni se malgasta ocasionalmente; se transforma en objeto de cultivo y de una producción con forma de proyecto. En cuanto tal, forman un tesoro que abre a sus poseedores accesos a motivos que están por encima de las personas” (Kindle Locations 1311-1323). Los arrebatos de ira a nivel individual o colectivo, sin un proyecto bien planeado, cree Sloterdijk, son dispendios de ésta y se corre el peligro de fracasar en el plan de venganza. En el plano colectivo, la idea es enfocarse en el “proyecto histórico-mundial de una revolución, planteado de forma clarividente, en favor de los humillados y ofendidos” (Kindle Locations 1328-1331).

Con la idea del proyecto siempre en mente, la existencia misma deviene en vivir para y por el plan de venganza. Sloterdijk afirma que “la existencia puede orientarse igualmente a

recorrer como conjunto la trayectoria que va de la humillación a la venganza [...] El thymós activado descubre el mundo como un espacio para los proyectos prospectivos a través de su exigencia de desagravio; proyectos que toman impulso de lo pasado para el posterior ataque” (Kindle Locations 1340-1355).

En el desarrollo del análisis de la ira en el tiempo, Sloterdijk distingue que en el proceso de su transformación en odio, la ira del iracundo o los iracundos puede dirigirse a desconocidos que poco o nada tienen que ver con la humillación que alguna vez sufrieron. En este sentido explica: “así como el entusiasmo civil se imagina ocasionalmente a los millones de seres abrazados, también la ira que ha ido convirtiéndose en odio se dirige a un universo de desconocidos. Es un afecto, en cierto modo, capaz de formar conceptos generales y oscuros y de elevarse hasta vagas abstracciones” (Kindle Locations 1266-1271). Scheler tiene una apreciación similar en torno al anonimato de los recipientes de los afectos asociados a la ira, en su caso en particular, el afecto de un tipo de envidia del resentimiento, la llamada envidia existencial. Observa que: “esta envidia murmura, por decirlo así, continuamente: «Puedo perdonártelo todo, menos que seas y que seas el ser que eres; menos que yo no sea lo que tú eres, que «yo» no sea «tú». Esta envidia ataca a la persona extraña en su pura existencia que, como tal, es sentida cual «opresión», «reproche» y temible medida de la propia persona” (28). Aunque Scheler no habla de venganza postergada como Sloterdijk, se puede inferir que este tipo de envidia del resentimiento alcanza tal exigencia de realización de venganza que ya no es necesario buscar al ofensor que nos ha humillado, sino que basta con identificar a uno de su clase para que recaiga en él toda la fuerza resarcitoria de la venganza, pues ésta “conduce al resentimiento tanto más cuanto más reprimida quede la ejecución de la venganza que restablece el sentimiento del propio valer ofendido o del honor ofendido” (24).

Hay que subrayar que el resentimiento, tal como lo entiende Scheler, surge en el ofendido por su imposibilidad de repeler la humillación, pues si pudiera hacerlo, su contestación saldaría la ofensa. Entonces, el plan de venganza que refiere Sloterdijk líneas arriba, se fragua bajo el influjo de esa impotencia y muchas veces en torno a maquinaciones de aguda inteligencia.

Respecto de ese aspecto de aguda inteligencia en el resentido, Nietzsche en *La genealogía de la Moral* (1887) nos ilustra con algunas consideraciones psicológicas respecto del hombre del resentimiento. Afirma que “el hombre del resentimiento no es ni franco, ni ingenuo, ni honesto y derecho consigo mismo. Su alma mira de reojo; su espíritu ama los escondrijos, los caminos tortuosos y las puertas falsas, todo lo encubierto le atrae como su mundo, su seguridad, su alivio; entiende de callar, de no olvidar, de aguardar, de empequeñecerse y humillarse transitoriamente. Una raza de tales hombres del resentimiento acabará necesariamente por ser más inteligente que cualquier raza noble, venerará también la inteligencia en una medida del todo distinta: a saber, como la más importante condición de existencia” (11).

Aunque las consideraciones de Scheler y Nietzsche respecto del resentimiento hasta este punto de análisis sirven el propósito de esta tesis, lo esencial en el planteamiento en las obras citadas de estos dos autores son las relativas al engaño valorativo producto del resentimiento. Así lo conceptualiza, Scheler: “La estructura formal en la expresión del resentimiento, es aquí siempre la misma: Se afirma, se pondera, se alaba algo: A, no por su íntima calidad, sino con la intención— que no es verbalmente expresada — de negar, de desvalorar, de censurar otra cosa, B. A es «esgrimido» contra B. Hay — decía yo — un conflicto singularmente vivo entre el impulso de venganza, odio, envidia y su expansión, por una parte, y la impotencia, por otra; y ese conflicto es el que conduce al punto crítico donde estos afectos toman la «forma del resentimiento». Otra cosa sucede cuando estos afectos se descargan [...] En estas formas se descargan los afectos, que, sin esta descarga, se convertirían en esa dinamita psíquica que se

llama resentimiento” (Scheller 56-57). Entonces la imposibilidad de descargarse es la que genera resentimiento y bajo este influjo es cuando ocurre el fenómeno de la desvaloración. El gran problema con el resentimiento es cuando se falsean los juicios de valor porque aquellos valores ambicionados no han podido ser adquiridos o aprovechados. Se hace por ejemplo rebajando engañosamente las cualidades del bien ambicionado. O aún peor, estimando esas cualidades positivas como si fueran negativas. Este es un efecto ilusorio del resentimiento al que Scheler refiere así: “Los valores siguen existiendo para él como positivos y elevados; pero, por decirlo así, están recubiertos por los valores ilusivos, a través de los cuales lucen débilmente, se «transparentan». Este «transparentarse» de los verdaderos valores objetivos a través de los valores aparentes que les opone la ilusión del resentimiento; esta oscura conciencia de vivir en un apócrifo mundo de la apariencia, sin fuerzas para traspasarlo y ver lo que es, constituye un componente inamovible de esta vivencia compleja” (40).

Nietzsche, reconoce Scheler, es el primero en observar este fenómeno de la transvaloración, pero aquél a diferencia de éste, culpa a la tradición judeocristiana de esta empresa pseudo-valorativa del resentimiento. Nietzsche advierte que los débiles imponen su debilidad como si fuera una ética. Sostiene que las éticas pueden ser empresas del resentimiento de los débiles con la conciencia de debilitar a los fuertes. Es decir, el resentimiento se vuelve creador y engendra valores.

Por lo expuesto hasta aquí, considero que las dinámicas thymóticas son esenciales para entender los complejos procesos del desarrollo social de la humanidad. Los afectos relativos a las luchas de prestigio: resentimiento, humillación, ira, reconocimiento, por un lado, y los planes de venganza de los resentidos contra sus ofensores, por otro, animan el devenir de la historia. La dinámica entre estos afectos constituye el propulsor y modelador del desenlace de la realidad novelada de las obras que trataré a continuación.

El primer capítulo empieza con un análisis de las novelas *Conversación en La Catedral* y *La fiesta del Chivo*, de Vargas Llosa. En la primera se representan los diferentes niveles de corrupción de la sociedad y el gobierno durante la dictadura peruana de Manuel A. Odría . Analizo el resentimiento de clase que experimenta el jefe de Seguridad Interior, Cayo Bermúdez al sentirse excluido por miembros de la oligarquía peruana. La segunda, está ambientada durante dictadura de Leónidas Trujillo en la República Dominicana y representa la megalomanía del dictador y las intrigas y humillaciones que ocurren en las cercanías del poder. Mi análisis se enfoca en las dinámicas de afectos que impulsan a cada uno de los conspiradores a llevar a cabo el plan de asesinato del dictador.

Luego, de una manera introductoria presento la dictadura de Fujimori y la guerra contra Sendero Luminoso. A través del análisis de *Grandes miradas* de Cueto expongo la resistencia de los protagonistas ante el poder y la corrupción del gobierno de Fujimori. El juez Guido Pazos lo hace por medio de una dinámica de altruismo y afán de reconocimiento y su prometida Gabriela Celaya por medio de una venganza planificada. A través de *Pálido Cielo*, de Cueto muestro algunas de las motivaciones por las que los personajes se unieron a las filas de sendero Luminoso. Entre esas motivaciones, trato en especial el resentimiento de clase como consecuencia de la miseria en la que viven.

En el segundo capítulo presento *Grandes miradas* de Cueto y *Cinco Esquinas* de Vargas Llosa, dos novelas que ofrecen visiones muy similares en torno a la corrupción de la dictadura de Fujimori. En este apartado de análisis coincido con la mayoría de la crítica que varios personajes de las novelas, influidos por un sentimiento noble y altruista, intentan desestabilizar al gobierno para restaurar la democracia en el Perú. Sin embargo, mi estudio sugiere que en los mundos literarios de las dos novelas, lo que realmente precipita la caída del régimen no es sólo el

altruismo sino más bien dinámicas thymóticas entre pasiones inflamadas del ego, como los celos, la codicia y el deseo de venganza.

En el último capítulo presento *Historia de Mayta y Lituma en los Andes* de Vargas Llosa y *La hora azul, La pasajera y La viajera del viento* de Cueto. En estas novelas, los autores exhiben perspectivas distintas pero complementarias sobre la Guerra contra Sendero Luminoso. Ambos autores presentan relatos de la violencia política: violencia de Estado y violencia insurreccional. Pero, mientras que Vargas Llosa explora el aspecto ideológico del revolucionario, Cueto reflexiona sobre el abismo social que separa a los pobres de los ricos del Perú.

Si en el primer y segundo capítulo el análisis de las pasiones se explica principalmente en términos de las dinámicas thymóticas en torno al resentimiento entre individuos, en las que se conjugan la humillación, la ira y la venganza inteligentemente planeada, en el tercer capítulo hay dos modificaciones a esas dinámicas entre los afectos que ayudan a explicar mejor la guerra contra Sendero Luminoso. La primera reconoce que la activación de la ira no sólo ocurre a nivel individual sino también a nivel colectivo, siendo esta última activación el germen del fenómeno del terrorismo. Es decir, un sector de la población más pobre del Perú se siente excluido del proyecto de Estado del gobierno y esa exclusión la percibe como una humillación que ideólogos revolucionarios sabrán reconducir y acumular en bancos de odio hasta darle forma de proyecto de venganza colectiva que busca reivindicaciones sociales.

La segunda modificación ocurre en la dinámica con la cual los personajes sindicán a sus ofensores. Tanto revolucionarios fanáticos en el caso de Vargas Llosa como individuos inofensivos pero críticos de la sociedad en el caso de Cueto están bajo el influjo de la ira. Ambos desean aplacarla y el método que utilizan para sindicar a sus humilladores se basa en vagas abstracciones convirtiendo en enemigos a quienes nada tuvieron que ver con la humillación.

El capítulo ofrece una breve reseña histórica sobre los primeros brotes revolucionarios en el Perú en la década de 1960 y la posterior aparición de Sendero Luminoso. Luego, realizo un sondeo de las lecturas de Vargas Llosa de las obras de Albert Camus, Isaiah Berlin y Karl Popper que lo asistieron en la transición política del socialismo al liberalismo y que influyeron en la creación literaria de las novelas que trato en este capítulo. Finalmente, presento primero el análisis de las novelas de Vargas Llosa y seguidamente el de las de Cueto. En este análisis examino en detalle elementos claves que, desde la verdad de la ficción, traen nuevas luces para aclarar la complejidad de la guerra que libraron los peruanos contra Sendero Luminoso.

Finalmente, existe una abundante y muy especializada crítica literaria sobre las novelas políticas de Mario Vargas Llosa y también, aunque en menor cantidad, sobre las de Alonso Cueto. Al principio de mi investigación consulté los trabajos de reputados críticos literarios como José Miguel Oviedo, Antonio Cornejo Polar, Roy Boland, Washington Delgado, Julio Ortega, Salman Rushdie, Jean Franco, Roberto Fernández Retamar, Ángel Rama, Ángel Esteban, José Manuel Camacho entre muchos otros. Estos trabajos han sido ampliamente informativos y me han formado una sólida idea de las variadas interpretaciones políticas de las obras de Vargas Llosa y Cueto, sin embargo, la razón por la que no he citado a estos críticos consistentemente en mi tesis se debe al enfoque de mi investigación. Mi acercamiento a las novelas no es a partir de una interpretación esencialmente política, como lo hace la mayoría de la crítica, sino a través del lente de la dinámica thymótica entre los afectos y pasiones. A partir de esta novedosa perspectiva planteo el mayor aporte de mi estudio: el rol protagónico de los afectos y pasiones en el devenir histórico y político de los mundos literarios de Mario Vargas Llosa y Alonso Cueto.

Otra razón por la que no he incluido consistentemente este tipo de crítica es porque, aunque al principio de mi investigación la consulté, luego durante las circunstancias de la pandemia mundial del Covid 19 y consecuente cierre de bibliotecas, el acceso a la información

se ha limitado considerablemente. En consecuencia, ya no he podido acceder a los contenidos completos de estas obras para poder citarlas con exactitud y en algunos casos he tenido que recurrir al formato digital de *Kindle* para presentar parte de las obras citadas. Por esta misma razón no he podido extender más la investigación de mi tesis, no obstante, este estudio es el punto de partida para un proyecto mayor, un libro, en el que sin lugar a dudas incluiré los puntos de vista de los críticos que ahora he omitido.

## Capítulo 1

### Dinámicas thymóticas en las novelas políticas de Mario Vargas Llosa y Alonso Cueto

El presente capítulo analiza el resentimiento, la ira, y la necesidad de reconocimiento entendidos dentro de una dinámica thymótica, como factores condicionantes del desenlace narrativo de *Conversación en La Catedral* (1969) y *La fiesta del Chivo* (2000) de Vargas Llosa y en *Pálido cielo* (1998) y *Grandes miradas* (2003) de Alonso Cueto. Aunque el enfoque principal de la tesis comprende la representación literaria de la guerra contra Sendero Luminoso (1980-1992) y la dictadura Fujimontesinista (1990-2000) de estos dos autores, incluiré en este análisis *Conversación en La Catedral* y *La fiesta del Chivo*, dos novelas que se ocupan de periodos históricos diferentes. La primera relata la época de la dictadura de Manuel A. Odría en el Perú de los cincuenta y su inclusión se debe a que la caracterización de dinámicas thymóticas, relaciones de poder y corrupción anticipan tipologías de la dictadura de Fujimori. La segunda, relata la dictadura de Leónidas Trujillo en la República Dominicana (1930-1961) publicada en el año 2000 y pese a referirse a la dictadura de Trujillo, hay varios elementos que sugieren que se pensó bajo el influjo de lo que pasaba con Fujimori y Montesinos en el Perú. Esto último lo reseñaré en el segundo capítulo.

En este capítulo la dinámica thymótica está vinculada en gran medida a relaciones políticas entre los personajes de la novela y con frecuencia surgen como resultado de una humillación. Se discutirán humillaciones de tipo variado como las de índole racista o clasista y también aquellas que resultan de agravios personales. El intento de reparar el honor ofendido a través de una venganza inteligente, representa una parte sustancial del desarrollo de las novelas a tratar. Por ello, ha sido necesario exponer algunos aspectos del resentimiento, la ira, la necesidad de reconocimiento y la venganza postergada para así entender cómo estos afectos operan en la

conducta de los personajes agraviados. A veces la venganza intenta reparar el valer ofendido y otras, sólo infringir un daño compensatorio contra el ofensor.

*Conversación en La Catedral.*

*Conversación en La Catedral*, ambientada en Lima durante la dictadura del General Manuel A. Odría (1948-1956), es un recuento en clave analéptica de la telaraña de corrupción rampante que imperaba en el Perú de esos años. La representación literaria de Vargas Llosa de esta época devela una corrupción pandémica que se extendía desde los altos mandos del Estado hasta los más bajos estratos de la sociedad. La novela transcurre como consecuencia de una conversación de cuatro horas en el bar del centro de Lima, La Catedral, entre Santiago Zavala y el ex chofer de su padre, Ambrosio. Con un sinnúmero de evocaciones del pasado, se arma la trama del relato en torno a cuatro personajes principales: Santiago Zavala, su padre Fermín Zavala, Ambrosio y el jefe de Inteligencia Nacional, Cayo Bermúdez.

Este apartado de análisis expondrá una dinámica thymótica cuyo punto de partida es la exclusión social que experimenta Cayo Bermúdez por algunos representantes de la oligarquía peruana. Un punto clave de esta exclusión es el fenómeno del choleo. Este fenómeno socio-racial fuertemente arraigado en la sociedad peruana constituye una fuente inagotable de humillación y resentimiento, es por ello que a continuación incluyo algunas reflexiones en torno a éste.

En *El laberinto de la Choledad* de Guillermo Nugent, el autor “denunció en 1992 la persistencia de jerarquías discriminadoras en el Perú, expresadas en la imagen artificiosa de una ‘arcadia colonial’. Como respuesta a las migraciones y los cambios en las ciudades, las élites criollas buscaron recomponer un esquema de jerarquías y exclusiones en el que ‘cada uno tenía su sitio’, precisamente cuando lo que empezaba a hacerse más evidente era la mezcla y el encuentro entre mundos antes separados. En ese laberinto se forjó una jerarquización a través del

choleo, en donde uno siempre es choleado por alguien y uno siempre cholea a otro, dependiendo de las circunstancias” (Tanaka 1).

Hay que precisar que las migraciones masivas y cambios en las ciudades que refiere Nugent ocurren en la década de 1940 y aluden al desplazamiento de un gran número de pobladores de la zona andina hacia las zonas costeras, principalmente hacia la capital, Lima. Lo que los impulsa a abandonar sus tierras es el incremento del latifundio o gran propiedad de la tierra y el crecimiento de la población. Con el crecimiento del latifundio muchas comunidades andinas son despojadas de sus tierras y no encuentran otro remedio que emigrar en busca de mejores condiciones para poder sobrevivir. Es así que al llegar a la capital se asientan en los suburbios de la ciudad donde improvisan sus precarias viviendas.

Para enredar un poco más este laberinto peruano, Hugo Neira explica en su ensayo “Sonata polifónica: Cholo, mestizo y mestizaje” que “a veces el que ataca racistamente es en todo semejante al atacado. Muchos de nuestros propios contemporáneos son víctimas de su propio autodenigramiento [...] insumisión del sumiso, trampas del arribismo, mimesis compleja del esclavo que se porta como el amo, dialéctica de dominados que se fingen dominantes para ocupar los dorados territorios del poder, juego de representaciones, ambivalencias, no hemos salido de Hegel” (20).

Vargas Llosa ofrece un diagnóstico social similar en sus memorias *El pez en el agua* (1993). Aquí reconoce el problema del choleo como una de las peores dolencias que afecta a la sociedad peruana. Desde el primer capítulo, Vargas Llosa se esmera en explicar el mal peruano. Pone como caso ejemplar de esta enfermedad social a su propio padre cuyo carácter furibundo, que vertía sobre su esposa e hijo, no se debía a su congénito mal humor sino más bien a su complejo de inferioridad respecto de su mujer y la familia de ésta: “la verdadera razón del fracaso matrimonial no fueron los celos, ni el mal carácter de mi padre, sino la enfermedad

nacional por antonomasia, aquella que infesta todos los estratos y familias del país y en todos deja un relente que envenena la vida de los peruanos: el resentimiento y los complejos sociales. Porque Ernesto J. Vargas, pese a su blanca piel, sus ojos claros y su apuesta figura, pertenecía — o sintió siempre que pertenecía, lo que es lo mismo— a una familia socialmente inferior a la de su mujer [...] se es blanco o cholo de alguien, porque siempre se está mejor o peor situado que otros, o se es más o menos pobre o importante, o de rasgos más o menos occidentales o mestizos o indios o africanos o asiáticos que otros, y toda esta selvática nomenclatura que decide buena parte de los destinos individuales se mantiene gracias a una efervescente construcción de prejuicios y sentimientos —desdén, desprecio, envidia, rencor, admiración, emulación— que es, muchas veces, por debajo de las ideologías, valores y desvalores, la explicación profunda de los conflictos y frustraciones de la vida peruana” (13-14).

En *Conversación en La Catedral*, la idea de sentirse choleado por los miembros de la oligarquía peruana opera insidiosamente en la cabeza de Cayo Bermúdez como una suerte de humillación permanente. Pese a su origen humilde, Cayo ha escalado socialmente a través de su poder político. Es el director de Seguridad Interior, es decir el hombre fuerte y uno de los más influyentes del gobierno, quien a su sola discreción señala a los amigos y enemigos del régimen. No obstante, su capital político no le ha alcanzado para obtener el ingreso al círculo oligárquico peruano de los años cincuenta. De hecho, la compleja estratificación social peruana de ese entonces, permitía cierta movilidad social entre los diferentes niveles, pero el acceso a la clase dirigente, la oligarquía, ocurría por nacimiento con la excepción de aquellos advenedizos que como demuestra Efraín Kristal en su ensayo “The total Novel and the novella: *Conversation in the Cathedral* and *The Cubs*,” incluido en *The Cambridge Companion to Mario Vargas Llosa* (2012), accedían a ella a través del matrimonio. “Marriage is also a way, as it is the case with

Santiago's father, to incorporate new players into the coteries of the ruling sector" (38). Se trataba de una sociedad donde la clave de acceso a esta clase la tenían las mujeres.

A lo largo de toda la novela se representa el malestar psicológico de Bermúdez por no haber conseguido una total inclusión dentro de la clase dirigente. Sabe que sus interacciones con ellos se deben a su reciente acceso al poder y reconoce que su minusvalía de clase no le permitirá una integración efectiva en el grupo. La exclusión la percibe como una falta de reconocimiento de su valía social. Este malestar sostenido en el tiempo deviene en resentimiento. Entonces, el juicio moral de valor de Bermúdez respecto de la oligarquía está infectado por el veneno de este afecto, y tal como lo explica Scheler líneas arriba, la valoración del resentimiento es de carácter ilusorio, fabricada. Bermúdez denigra la valoración de esta clase, la percibe como despreciable, de allí su empeño justificable en destruirla. Es por ello que utilizará el poder político que detenta para socavar el poder de la clase a la que ha valorado como su enemiga. Y llegará a afectar inclusive a personas que nunca lo humillaron. Azuzado por el veneno del resentimiento, Cayo Bermúdez maquinará planes de venganzas individuales contra miembros de la oligarquía peruana. Por el cargo que desempeña, primero de director de Seguridad Interior y luego de ministro de la misma institución, está obligado a un trato cordial y estratégico con las élites del país, y por tanto está obligado también a reprimir su sed de venganza. Poco a poco esta represión de venganza será relevada por una más esperanzadora actitud, su postergación y eventual realización. Bermúdez espera pacientemente hasta que encuentra el espacio legal para poder, aunque veladamente, vengarse de sus ofensores. Lo consigue cuando aplica acciones punitivas contra algunos oligarcas por su participación en la conspiración contra el régimen odriísta. Es evidente que el director de Seguridad Interior, Cayo Bermúdez, por sus propias funciones de control y mantenimiento de la dictadura está obligado a sancionar a los que amenacen su

seguridad, pero queda de manifiesto en la narración que las formas con que sanciona a los oligarcas sediciosos obedecen a su sed personal de venganza.

Respecto del relativismo de la idea del choleo que ayuda a explicar la situación social de Cayo Bermúdez, es oportuno recordar la cita de Vargas Llosa de *El pez en el agua* en la que indica que “siempre se es blanco o cholo de alguien, porque siempre se está mejor o peor situado que otros” (14). El origen social de Bermúdez se da a conocer al principio de la novela a través de la conversación de Ambrosio con Don Fermín Zavala. Conversación sin ningún tipo de señalización dialógica y entreverada con varios otros relatos. Nos refiere que el padre de Cayo, el Buitre, había sido capataz en la hacienda de los de La Flor en Chíncha y que los habían echado porque el Buitre era un ladrón. Luego se había hecho prestamista (60). El Serrano Espina, Cayo y Ambrosio eran amigos de la infancia, y éste último, negro de color, aparece en el relato ubicado socialmente por debajo de los otros dos. Desde la perspectiva de Ambrosio, Cayo es un blanquito y así lo refiere al contar la historia de cómo Cayo terminó casándose con la hija de una lechera: “Pensaría, la trabajo, mojo y la dejo, y ella se daría cuenta que el blanquito babeaba por ella y pensaría deo que me trabaje, deo que moje y lo cojo” (63).

Entonces desde lo más bajo del escalafón social en el universo de la novela, la perspectiva de Ambrosio, Cayo Bermúdez es representado como blanco. No obstante, desde el punto de vista de los miembros de la oligarquía limeña, no lo es. Y esto lo tiene muy claro Cayo Bermúdez y por ello en varios encuentros con sus miembros se genera cierta tensión en torno a este concepto de raza y clase.

¿Por qué en el relato de la novela, el resentimiento social afecta al ego de Cayo y no al de Ambrosio si ambos pertenecían al mismo círculo de amigos de la infancia en Chíncha? Es verdad que eran amigos, pero aun así procedían de extractos sociales diferentes, Cayo era el hijo de un capataz y Ambrosio probablemente descendiente de esclavos de alguna hacienda

chinchana. Para este último las aspiraciones sociales parecen estar fuera de su consideración. El inmovilismo aparece como un concepto eficientemente internalizado por la gente de los sustratos más bajos, que acepta y tiende a conformarse con la clase social donde se mueve. Es por ello, recuerda Scheler, que en una sociedad rigurosamente articulada en lo social (como la limeña de entonces), la posibilidad de que germine el resentimiento “será escaso” (23) Y así sucede con Ambrosio. Cayo, sin embargo, por su posición social como hijo de capataz alberga ciertas posibilidades de cambio. Por ello, ha escapado a esa rigurosidad social y escalado hasta la cima del poder. Alterna con la clase dirigente del país, de suma relevancia para él, y espera que ésta lo reconozca como uno de ellos, pero este reconocimiento no llega y por tanto se ofende.

A continuación, cito tres ejemplos de la interacción thymótica entre Bermúdez y tres miembros de la oligarquía peruana:

El caso de la mujer del Dr. Ferro. El Dr. Ferro estaba detenido por su participación en la conspiración fallida organizada por civiles y militares afines al régimen de Odría. Por la narración ya sabemos que la liberación de Ferro y otros conspiradores es eminente por arreglos hechos entre Bermúdez, Fermín, y el senador Landa. De hecho, es este último el que consigue la libertad de Ferro antes de la visita de la esposa del apresado cuando le demanda a Bermúdez: “Libertad incondicional para todos mis amigos. Promesa formal que no serán molestados ni despedidos de los cargos que ocupan” (487). Cayo las acepta. Inmediatamente después aparece la mujer de Ferro reclamando la liberación de su marido, pero sin saber de los arreglos ya hechos por los actores mencionados arriba. Bermúdez le propone a la mujer de Ferro acostarse con él para soltar a su marido. Y ella reacciona insultándolo: “Cómo se atreve canalla. Cholo miserable, cobarde” (495). A lo que Cayo responde: “Esto la asquea por tratarse de mí [...] Si yo hubiera sido alguien como usted quizá no tendría tanta repugnancia ¿no? [...] No es la idea de acostarse con otro lo que le da náuseas, es la idea de acostarse con un cholo” (495). Al final consigue su

anuencia, la lleva a la casita de San Miguel pero poco antes de realizar el acto, decide calculadamente no consumarlo. Le comunica que liberará a su esposo, la embarca en un taxi y la devuelve a su casa. Bermúdez consigue humillarla y con esa humillación, posiblemente cree que humilla a la clase a la que ella representa, a la que él con su juicio envenenado del resentimiento ha denigrado, a la clase, que a su parecer, lo considera inferior. Ya hemos dicho que la clave de acceso para la movilidad social dentro de la oligarquía peruana la tienen las mujeres. Bermúdez lo sabe y coquetea con esta idea, no de matrimonio, pero de haber sometido y humillado a una de quien depende esa movilidad que le es esquivada. Hay que subrayar que la mujer de Ferro, como individuo, anterior a este encuentro, no había ofendido a Bermúdez, sin embargo, la ira por la falta de reconocimiento es tal que dirige su ataque contra una extraña, responsable únicamente, según la noción de envidia existencial referida por Scheler, de formar parte del grupo ofensor.

El caso del senador Landa. Landa, oligarca entre los oligarcas, es el dueño de la hacienda Olave en el norte del país, y el más rico de todos. En el mismo contexto de la conspiración fallida del Serrano Espina, lo detienen en su hacienda de Chiclayo. Cayo le informa que Espina lo ha implicado en la conspiración y que lo necesita en Lima para las aclaraciones respectivas a primera hora del día siguiente. Landa enfurecido alega la violación de la ley al ver vulnerada su inmunidad parlamentaria con el arresto, y exige para su traslado a la capital, “Que me pongan un avión a Lima inmediatamente. Yo alquilo un avión, yo lo pago” (458). Pero Cayo Bermúdez decide otro trato para Landa y se lo comunica a su subalterno, Camino: “Guárdeme a Landa ahí toda la noche, Camino. Despáchemelo mañana. No, nada de avión especial. En el vuelo regular de Faucett, sí” (458). Bermúdez le gasta un trato indebido al oligarca más poderoso del país, no sólo por castigo por su deslealtad al régimen sino posiblemente también a manera de escarnio social, que sepa lo que es codearse con las bases, que se mueva con la plebe, y sin ningún tipo de privilegios, que viaje en un avión normal. Es una suerte de castigo de desclasamiento temporal

que se permite Cayo. Cosa que le costará muy caro porque Landa orquestará su caída política y con éxito.

El caso de Don Fermín Zavala. Fermín no pertenecía a la oligarquía, pero accede a ella casándose con Doña Zoila. En cambio, Cayo, de muy joven y desafiando a su padre se casa con una mujer de nivel social más bajo, Rosa, la hija de la lechera. Fermín consigue ascender a lo más alto de la estratificación social limeña mientras que Cayo, desciende en el escalafón. La instrumentalización del matrimonio es aprovechada por uno y desaprovechada por el otro. Le llevará un tiempo a Cayo Bermúdez entender la dinámica de movilidad social peruana. De hecho, una vez entendida y ya instalado en el ministerio del Interior en Lima, nunca más volvió a Chíncha adónde su mujer. Solamente le hacía llegar remesas de dinero. Aunque no hay ninguna declaración expresa de arrepentimiento de Cayo respecto de su matrimonio con Rosa, el haberla abandonado en Chíncha delata de alguna manera su pesar. Y el saber que Fermín está situado donde está gracias a un buen matrimonio, y él no, parece que lo irrita. Es en esta instancia de análisis, de interacción entre Cayo y Fermín, donde mejor se desarrolla narrativamente la representación de dinámicas thymóticas en torno a la clase social.

Fermín Zavala y Cayo se reúnen a comer en el hotel Bolívar para discutir el cierre de unos negocios gracias al corrupto tráfico de influencias que impera en el sistema. Cayo sabe que Fermín estaba en una reunión con el senador Landa y le pregunta si viene del club Nacional. La mención al club no es gratuita. Desde allí la oligarquía conspiraba contra el régimen y además el carácter ultra elitista del club no permitía el acceso a clases sociales inferiores, ni a los nuevos poderosos. Es conocida la anécdota que relata cómo se le negó la membrecía al presidente Odría, y que ante esta negativa entró al establecimiento con una guardia de caballería. Cabe resaltar entonces, por qué Fermín no citó a Bermúdez en el club Nacional. Muy probablemente por una cuestión de clase. Pese a todo el poder político que poseía Cayo, su situación de clase no le

alcanzaba para frecuentar ese exclusivo lugar. El mismo Cayo reflexionaba al respecto: “No me consideran su igual estos hijos de puta, me adulan porque me necesitan” (667). Esa falta de reconocimiento de clase es percibida por Cayo como una humillación permanente. Y como no puede repeler esa humillación por la posición que detenta en Seguridad Interior, esa impotencia le genera resentimiento y es bajo este influjo que desvalora a la oligarquía peruana, la denigra, para después una vez encontrada la manera legal de atacarlos justificar el uso de su poder para intentar desestabilizarlos.

Al principio de la conversación hablan de Santiago, el hijo de Fermín, y éste le cuenta de las intenciones de su hijo de postular a la universidad de San Marcos. Hay que prestar atención a las acotaciones del narrador que matizan el diálogo. Dice Fermín a Cayo sobre San Marcos: “ha perdido categoría, ya no es como antes. Ahora es una cholería infecta, qué clases de relaciones va a tener el flaco ahí” (317). Este comentario viene matizado por la siguiente acotación del narrador: “Dijo Don Fermín con aire distraído” (317). Distracción en no reparar que su interlocutor se puede sentir aludido con esas referencias a la *choledad* tan a la mano en los discursos cotidianos entre los miembros de su clase, y ello le causará un perjuicio porque ofende a Cayo. La reacción de Cayo según el narrador es así: “Él lo miró sin decir nada y lo vio pestañar y bajar la vista, confundido” (317). La mirada de Bermúdez incomoda a Fermín que se da cuenta de la metedura de pata e intenta arreglar un poco: “No es que yo tenga nada contra los cholos-**te diste cuenta hijo de puta**--, todo lo contrario, siempre he sido muy democrático. Lo que quiero es que Santiago tenga el porvenir que se merece. Y en este país todo es cuestión de relaciones, usted sabe” (317). El narrador acota en el medio del parlamento de Fermín como si tomara partido por Cayo, como si se focalizara en su mente: “te diste cuenta hijo de puta” (317). Después de finalizada la reunión en el Bolívar, ya en el auto el narrador nos acerca a los pensamientos de Cayo Bermúdez: “el puta no quería que su hijo se junte con cholos, no quería

que le contagiaran malos modales. Por eso invitaría a su casa a tipos como Arévalo o Landa, hasta a los gringos que llamaba patanes, a todos pero no a él. Se ríe, sacó una pastilla del bolsillo y se llenó la boca de saliva: no querría que le contagies malos modales a su mujer, a sus hijos” (351). Nuevamente asistimos a una concienciación de Cayo sobre cómo lo perciben las élites. A la casa de Fermín sólo van los poderosos terratenientes Landa y Arévalo, gringos inversores de malos modales pero él no. En la última oración de la cita, después de los dos puntos el narrador se dirige a Cayo y le desliza posibles razones de su exclusión pero por la ambigüedad que resulta de la intervención del narrador, esta sugerencia podría ser también entendida como una idea del propio Cayo hablándose a sí mismo respecto de la estimación despreciativa de Fermín hacia él.

Otro aspecto típico del complejo laberinto del choleo en lo que concierne al concepto de clase, lo encontramos en los parlamentos de Fermín Zavala del párrafo anterior. Allí verificamos la auto-denigración que refería Hugo Neira respecto del ejercicio del choleo. Zavala describe la universidad de San Marcos como una “cholería infecta” en la que no quisiera que estudiara su hijo, pues asegura que para sobresalir en la sociedad peruana todo dependía de la gente a quien conocieras. Y en San Marcos no se rozaría con la clase dirigente, de quien dependía en última instancia el pasaporte a la prosperidad. Fermín cholea sin ningún reparo, sin tener en cuenta que antes de su matrimonio con Zoila él también era considerado un cholo por la oligarquía.

Cayo encuentra una forma de vengarse, de posicionarse por encima de Fermín. Consigue humillarlo a través de la detención de su hijo Santiago. El hijo de Zavala ya estaba en San Marcos y estaba involucrado en organizar huelgas, manifestaciones contra el régimen y demás actos subversivos. Las actividades subversivas de Santiago son bastante embarazosas para Fermín, pues el régimen le da de comer al padre, éste a toda su familia, y el hijo está jugando a conspirar. Cayo lo cita en la prefectura y junto a su hijo detenido le reclama a Fermín: “Este joven es delegado de año, delegado de la federación, delegado al comité de huelga(...) y

miembro de Cahuide, así se llama la organización comunista, desde hace años. Dos de los que fueron detenidos con él tienen prontuario cargado, son terroristas conocidos. No había más remedio, Don Fermín” (231). No había más remedio que arrestarlo quiere decir Cayo y si no fuera hijo de Zavala le habrían aplicado la severa ley de Seguridad Interior con la que se suspendían las garantías constitucionales contra sospechosos de subversión. Cayo disfruta la angustia de Fermín de saber a su hijo en peligro y consigue extraerle unas disimuladas súplicas para que lo liberen. Al final Santiago es liberado y Fermín sufre la humillación de haber suplicado a Cayo por la libertad de su hijo. Asimismo, Cayo sanciona a Fermín con medidas económicas: quitándole la concesión de medicinas al Bazar de las Fuerzas Armadas e impidiéndole continuar con la construcción de obras públicas para el Estado. Castigos que sancionan su deslealtad al régimen por conspirador, pero da la impresión que son parte del plan de venganza de Cayo con el que intenta socavar los cimientos de la clase que lo discrimina.

La sutil actitud de rechazo continuo que la oligarquía peruana despliega en contra de Cayo Bermúdez la percibe como una humillación sostenida a la cual, por su posición de poder, no ha podido responder inmediatamente. El grado de afectación de esta humillación es tal que el tiempo no ha logrado relegarla al olvido sino por el contrario la ha agravado. La postergación del momento de su venganza ha madurado en él un resentimiento pernicioso bajo el cual ha valorado a la oligarquía como una clase despreciable a la que puede y debe atacar. Por tanto, es muy probable que este sentimiento le haya hecho obrar calculadamente hasta encontrar en la coyuntura de la conspiración contra el presidente Odría, la oportunidad perfecta para restablecer su valer ofendido.

### *La fiesta del Chivo.*

*La fiesta del Chivo* está estructurada en tres planos narrativos que se intercalan a lo largo del relato. El primero trata la visita de Urania Cabral a la República Dominicana y explora la

memoria traumática de una violación. El segundo se enfoca en el dictador dominicano Rafael Trujillo (el Chivo, el Jefe, el Benefactor). Se muestran rasgos característicos de su personalidad megalómana y su habilidad para crear intrigas a través del ejercicio del poder. El tercero está ambientado en la noche del 30 de mayo de 1961, día en el que asesinaron al dictador. De la conversación entre los conspiradores mientras esperan a su víctima en la carretera de San Cristóbal y por el uso narrativo de la analepsis, comprendidos en el tercer plano narrativo, tenemos acceso a los motivos que llevaron a los perpetradores al magnicidio. El presente análisis se ocupará de aquellas motivaciones, entendidas dentro de una dinámica thymótica.

Es interesante recalcar que en la novela entre los posibles motivos que guiaron a los conspiradores a eliminar a Trujillo sólo se menciona de soslayo el deseo de Juan Tomás y Luis Amiama de armar la operación “para evitar que el régimen hundiera del todo al país y precipitara otra revolución comunista, estilo Cuba” (398-399). El hundimiento del país hace referencia a las sanciones económicas de la comunidad internacional a la dictadura dominicana. También se menciona de soslayo, la preocupación americana por los excesos indefendibles de Trujillo, pese a ser su aliado contra el comunismo en la región, como por ejemplo el intento de asesinato al presidente de Venezuela Rómulo Betancourt y también el temor americano a que el país siga el camino de Cuba. Luis Amiama aseguraba que contaba con el apoyo de Estados Unidos para la conspiración, y explicaba que “Estados Unidos se hallaba inquieto con los excesos de Trujillo y quería sacárselo de encima [...] y asegurarse que no lo reemplazara un segundo Fidel Castro” (399). Por lo tanto, me parece que hay una intencionalidad en restar protagonismo en la novela a estas dos motivaciones de los conspiradores: el temor a caer bajo la influencia de la revolución cubana y la necesidad justiciera de los americanos de no permitir al dictador caribeño hacer lo que le diera la gana. Vargas Llosa, según observa Clive Griffin en “The dictator novel: The Feast of the Goat”, incluido en *The Cambridge companion to Mario Vargas Llosa*, decide darle más

peso a cuestiones personales, agravios directos o indirectos del Chivo contra los conspiradores y hacer de éstos su móvil medular. Lo interesante de la novela es la idea que la decisión y acción de los individuos, y no las ideologías, es lo que precipita la acción de los conspiradores. Por ello afirma Griffin, “such disdain [for ideologies] also reflects the author’s current opinions: what are important are the decisions and actions taken by the individuals, and this belief is accompanied by his distrust of any grand theory of the importance of social forces in history” (122).

El motor narrativo del tercer plano de la novela, el asesinato del Chivo, obedece a una dinámica thymótica en la que los conspiradores, lastimados en lo más profundo de su dignidad, pues habían sido humillados por el Benefactor o habían cometido actos innobles obligados por él, aúnan fuerzas para acabar con el actor de sus ofensas y así, de alguna manera restablecer el valor ofendido. Entre los perpetradores del magnicidio a tratar se encuentran el general José René Román (Pupo), Amado Guerrero, Antonio de La Maza y Antonio Imbert. Con sumo cuidado la novela nos revela los motivos de cada uno para decidirse a matar al Chivo.

Las humillaciones de Trujillo contra Pupo Román son numerosas. Desde torturarlo psicológicamente sembrándole la duda de haber caído en desgracia y lanzarle insultos contra su inteligencia hasta denigrarlo al hacerlo entrar en un lodazal de excremento.

Una mañana Trujillo visitó la Base Aérea de San Isidro, la primera guarnición dominicana. En las proximidades del recinto se había formado un lodazal de excremento como consecuencia de la fuga de una cañería de desagüe. El espectáculo de aguas servidas y malolientes enfureció al Jefe, pues sabemos por el relato de su obsesiva fijación con el aseo personal y la limpieza. Ponderó sancionar a los responsables directos pero resolvió castigar a la cabeza, al jefe de las Fuerzas Armadas, se dijo que le haría “tragarse a Pupo Román en persona un poco de la mierda líquida que surtía de ese desagüe”(169). Trujillo telefona a Pupo y lo cita para esa tarde. Su tono es seco e intimidante. Pupo por no querer vivir la angustia de toda una

mañana pensando si había caído en desgracia o no, se ofrece a ir inmediatamente a la cita, pero Trujillo, consciente de la preocupación de Pupo y con la intención de procurarle esa angustia, lo hace esperar. La angustia de Pupo adquiere mayores dimensiones, pues está envuelto en una conspiración para asesinarlo y la posibilidad que lo hayan delatado empeora la angustia de su espera.

La representación literaria del dictador dominicano lo muestra como casi un sicópata que disfruta creando intrigas para torturar psicológicamente a sus allegados. Aunque Trujillo no sabe lo de la conspiración ni que Pupo está envuelto en ella, disfruta la espera a que lo somete. El narrador ingresa en la mente de Trujillo y nos revela sus retorcidas intenciones: “Lo regocijó el chisporroteo de preguntas, suposiciones, temores, sospechas, que había depositado en la cabeza de ese pendejo que era el ministro de las Fuerzas Armadas” (169). En la misma línea, el narrador accede a los pensamientos de Pupo Román valiéndose del discurso indirecto libre, y arroja en clave interrogativa una escalada de preguntas que denotan la angustia del personaje ante la intriga creada por Trujillo: “¿Qué le han dicho de mí al jefe? ¿Qué chisme, qué calumnia le llevaron mis enemigos? ¿Habré caído en desgracia? ¿Dejé de hacer algo que me ordenó?” (169-170).

En cuanto a los insultos contra Pupo, los más significativos ocurren en el viaje en auto hacia la base aérea de San Isidro. Sin revelarles todavía por qué lo ha citado le recuerda “cuánto había lamentado que la hija de su hermana Marina fuera tan loca de casarse con un oficial mediocre como él [...] No contento con ser la nulidad que era como militar, se había metido a ganadero, como si para la crianza y administración de tierras y lechería no hiciera falta sesos. ¿Cuál era el resultado? Llenarse de deudas una vergüenza para la familia” (379). Vergüenza que el mismo Trujillo había tenido que cubrir, y se lo recuerda a Pupo, saldando sus deudas con el banco agrario para que no le embargaran las tierras. La lista de insultos continúa hasta que

llegan a las inmediaciones de la Base Aérea de San Isidro y es allí donde el menosprecio y la denigración del dictador en perjuicio de Román llegan a su máxima expresión. Le increpa que si le parece bien que “a la entrada de la Base Aérea más importante del Caribe, reciba al visitante esta mierda de basuras, barro, malos olores y alimañas” (380). Ante esta reprimenda Pupo baja del auto, se dirige hacia el lodazal y entra en él. Sobre esta humillación nos precisa el narrador: “Román se puso en cuclillas. Examinaba, se levantaba, volvía a inclinarse, no vaciló en ensuciarse las manos palpando el tubo del desagüe en busca del forado” (380).

Pupo Román, aunque no formó parte de los perpetradores del asalto y asesinato de Trujillo, sí tenía un papel crucial en la conspiración. Una vez muerto Trujillo, descabezaría a la familia del Jefe y a sus más cercanos allegados. Luego convocaría a una junta militar transitoria que el presidiría, incluiría en ella al presidente fantoche Balaguer y pasado seis meses convocaría a elecciones. Con su adhesión a la conspiración el general Román, que gozaba de muchos privilegios, pues estaba casado con Mireya, la sobrina de Trujillo, y era el jefe de las Fuerzas Armadas, tenía mucho que perder y poco que ganar en esta empresa. No hay indicios en la narración que supongan un interés político o de poder en el proceder conspiratorio del general Román. Y así lo asegura el narrador, que según la consecuencia del relato parece bastante fiable: “Tampoco fue el apetito de poder, de verse ungido Presidente provisional de la República Dominicana—y la posibilidad, grande, de pasar luego a presidente elegido [...] fue el rencor, acumulado por las infinitas ofensas de que Trujillo lo había hecho víctima desde su matrimonio con Mireya que lo convirtió en miembro del clan privilegiado e intocable” (399-400). Su móvil, como ha quedado demostrado líneas arriba, y con esta última cita, está vinculado al rencor acumulado como consecuencia de tantas humillaciones sufridas y a las que por su posición de inferioridad respecto de su agresor y peligro inminente de muerte no ha podido responder. Pupo Román esperará pacientemente hasta que se fragüe el plan oportuno de venganza, y éste será el

asesinato de Trujillo que ideó junto con los otros conspiradores. Aparte del deseo de hacerle pagar a Trujillo por las humillaciones sufridas, se podría suponer que su participación en el plan del magnicidio, meticulosa e inteligentemente elaborado, es una suerte de exigencia de reconocimiento de la capacidad intelectual de Pupo, que probablemente entre una de sus fantasías de satisfacción, imagina a Trujillo agonizante, y reconociendo que el tonto al que tanto humilló ha sido capaz de acabar con el hombre más poderoso de la República Dominicana. Es esa necesidad de reconocimiento una de las fuerzas que lo mueve a arriesgar todo lo que tiene y con ello, la vida misma.

Respecto del plan de venganza sagazmente diseñado, recuerda la astuta inteligencia del hombre del resentimiento del que habla Nietzsche, “un hombre que entiende de callar, de no olvidar, de aguardar, de empequeñecerse y humillarse transitoriamente. Una raza de tales hombres del resentimiento acabará necesariamente por ser más inteligente que cualquier raza noble, venerará también la inteligencia en una medida del todo distinta: a saber, como la más importante condición de existencia” (11). Esa transitoriedad de la humillación, la podemos entender como la espera del momento oportuno para descargar el rencor. Esa espera ha producido el surgimiento de una fina inteligencia en Pupo que le ayudará a realizar su plan de venganza. Lo ha diseñado con extrema cautela. No pondría en marcha su plan hasta que no viera con sus propios ojos el cadáver de Trujillo ajusticiado. Sólo sus dos amigos íntimos, conspiradores también, Juan Tomás y su compadre Luis Amiama, sabían de su participación en el acto sedicioso y no deberían contárselo a nadie más. La comunicación con ellos sería siempre en persona y nunca por teléfono ni con ningún tipo de mensajes. En los últimos meses, desde que entró en la conjura contra Trujillo, se aseguró de poner al mando de las principales brigadas y cuarteles del país a gente de su entera confianza, sin informarles de la conspiración, pero sabiendo que una vez muerto el dictador le obedecerían a él. Durante las conversaciones con

Juan Tomás y Luis Amiama, se conjugaba la posibilidad de secuestrar a Trujillo y luego forzarle a renunciar, pero para el General Pupo Román, la venganza que resarciría su honor ofendido debía ser equivalente a las humillaciones sufridas, y sólo la muerte del dictador lo conseguiría. Por ello les replica: “¿Secuestrarlo? ¡Qué pendejada! Mientras esté vivo nada cambiará. Hay que matarlo” (398).

Pese a que previó con suma minuciosidad el plan a seguir una vez ejecutado Trujillo, su astucia y actuar se detuvo una vez saciada la sed de venganza. El relato de los hechos no explica por qué, pero da la impresión que cayó en una suerte de fantasía de satisfacción por haber podido vengarse matando al hombre más poderosos de su país, y así lo reconocería la historia. Reconocimiento de su inteligencia, tan vapuleada mientras vivía Trujillo. Esta fantasía de satisfacción lo paralizó y le impidió seguir con el plan. Fue una parálisis que tuvo como consecuencia la aprehensión, tortura y ejecución de los conspiradores, incluida la suya.

El deseo del reconocimiento de Pupo Román es más fuerte que el deseo de preservar la vida y avivó el plan de venganza que dio fin a una temible dictadura. En este caso el afán de reconocimiento y de restauración de la autoestima, se puede concluir, es capaz de promover cambios históricos.

Amado Guerrero, joven oficial del ejército dominicano, perteneciente a un cuerpo militar de protección de Trujillo solicita un permiso para casarse, de acuerdo al reglamento, a la secretaria del comando de los ayudantes militares. Por la proximidad de este comando a la persona del Jefe, las candidatas a novia de sus integrantes pasaban por un riguroso escrutinio. El permiso tardaba en llegar y para su sorpresa el mismísimo Trujillo lo cita a su despacho para su presunto otorgamiento. El dictador le dice: “Esa hoja de servicios tan buena no puede mancharse casándose con la hermana de un comunista. En mi gobierno no se juntan amigos y enemigos” (48). Amado le profesa una obediencia y respeto absolutos a Trujillo. Muy a su pesar pero

obligado por sus votos de obediencia al régimen acata sin vacilaciones la orden del dictador y rompe el compromiso con su novia, Luisa Gil. Al poco tiempo le llega una carta de ascenso a teniente primero. Para celebrarlo lo hacen ir a la Cuarenta, la cárcel de presos políticos donde lo espera el jefe del Servicio de Inteligencia Nacional (SIN), Abbas García. Una vez allí, toman unos tragos y luego suben a un reo amordazado a un Jeep y conducen hasta un acantilado próximo al mar. Allí le dan la orden a Amado de ejecutar al prisionero. Sin mirar la cara del reo cumple la orden: le dispara en la sien y luego lo remata con un tiro a quemarropa. Para seguir las celebraciones del ascenso pasan por el burdel de Pucha Vittini. Después de unas horas en el prostíbulo, Amado Guerrero se encuentra todavía en shock por lo acaecido. Finalmente, lo dejan de vuelta en su casa. Al despedirse, Abbas García le propone revelar la identidad del ejecutado. Amado prefiere no saberlo. Pero Abbas insiste y le dice “Qué fácil sería, si uno hiciera estas cosas sin saber de quién se trata. No me joda, teniente. Si uno se tira al agua, tiene que mojarse. Era uno del 14 de Junio, el hermanito de su ex novia, creo. ¿Luisa Gil, no?” (61).

Amado acababa de ser víctima de una de las pruebas de lealtad a la que los próximos a Trujillo eran sometidos. El teniente Amado García se sintió engañado, traicionado. Si ya había roto con el amor de su vida por lealtad al Jefe qué necesidad había en que lo hicieran matar a su cuñado. Y lo peor, sin decírselo. Ese engaño lo hirió en lo más profundo de su honor y desató un odio hacia Abbas y Trujillo que supo contener y fermentar produciendo una gran dosis de odio acumulado. Este odio contenido lo supo dirigir inteligentemente junto con el resto de conspiradores por largo tiempo hasta verterlo en cada bala que disparó contra el dictador ese 30 de mayo de 1961 cuando lo asesinaron.

Antonio de La Maza, proveniente de una familia terrateniente a quien Trujillo, pese al recorte patrimonial con que los sacudió, supo ganarse con el otorgamiento de varias prebendas que los mantuvo dentro del sector acomodado del país. Su hermano menor y más querido,

Octavio (Tavito), formaba parte del ejército y era muy devoto de Trujillo. En 1956 éste lo involucró en el secuestro de Jesús de Galíndez, un español republicano al que Trujillo dio asilo en la República Dominicana y un puesto en la Secretaría de Estado de Trabajo y en la Escuela Diplomática. Galíndez había emigrado a Nueva York y conseguido un puesto de profesor en la universidad de Columbia. Desde allí despotricaba contra la dictadura dominicana. Trujillo, enojadísimo por el desagradecimiento mandó secuestrarlo y traerlo de vuelta a la isla. Poco después de su desaparición en Manhattan, saltó el escándalo en los medios estadounidenses y hasta el FBI atribuyó al gobierno dominicano la responsabilidad del secuestro del español y ahora ciudadano americano. De confirmarse esta situación, ponía en serios apuros a la dictadura de cara a Estados Unidos. Era imprescindible eliminar a los implicados en el asunto. Un amigo de Tavito, Murphy, fue el que transportó en avión a Galíndez de Estados Unidos a la República Dominicana. Y Tavito lo llevó en auto del aeropuerto a la residencia de Trujillo.

Antonio de La Maza alertó a su hermano del riesgo que corría, le dijo “¿No te das cuenta, pendejo? Esto es grave. El secuestro de Galíndez ha puesto a Trujillo en una situación muy delicada con los yanquis. Todos los que participaron en el secuestro tienen la vida en un hilo” (114). Pero Tavito, que confiaba ciegamente en Trujillo, desestimó la advertencia.

Tres días después del encuentro de los dos hermanos desapareció Murphy y Tavito fue arrestado. Trujillo lo mandó matar en su celda. Pocos días después el cuerpo de Tavito fue arrojado deshonrosamente en la puerta de su casa. La radio y periódicos que servían al régimen, es decir todos, informaron de la muerte de Tavito como un suicidio. Según ellos, se había quitado la vida tras las rejas al no haber podido soportar la culpa de haber matado a su amigo Murphy. La razón: acoso sexual de este último en perjuicio de aquél. Antonio de la Maza no perdonaría esa doble ofensa de Trujillo, lo de la entrega del cadáver de su hermano y la calumnia del honor, al acusarlo falsa y públicamente de asesino y en circunstancias de un crimen pasional

de corte homosexual. Antonio de La Maza no descansaría hasta vengar el honor de su hermano: “Desde lo ocurrido a Tavito perdió toda ilusión, todo entusiasmo, todo amor por esta vida o la otra. Sólo la idea de la venganza lo mantenía activo; sólo vivía para cumplir el juramento que hizo en voz alta [...] durante el velorio: ¡Por Dios santo que mataré con mis manos al hijo de puta que hizo esto! [...] Antonio se lo había repetido decenas, centenas de veces, estos cuatro años y medio, mientras dedicaba sus días y sus noches y todos los restos de lucidez e inteligencia que le quedaban, a planear la venganza de esta noche” (115-116). Además de ese doble agravio hay una humillación adicional de corte asolapado que Trujillo le asesta a Antonio. Al día siguiente del velorio Trujillo manda traer a Antonio a su despacho y le dice: “Ya sé que crees que a Octavio lo mandé matar y que lo del suicidio es una farsa, montado por el Servicio de Inteligencia. Te he hecho venir para decirte personalmente que te equivocas. Octavio era hombre del régimen” (118). Continúa la farsa contándole que una comisión especial dilucidaría si se trató o no de un suicidio y si acaso lo hubieran matado, haría pagar a los responsables. Seguidamente y como para reconfirmar su fe en la familia de La Maza, le asigna la concesión millonaria de la construcción de la carretera a Puerto Plata.

La desfachatez de Trujillo de negar su responsabilidad en lo del asesinato de Octavio (Tavito) cuando todos los indicios y confirmaciones expuestos en la narración lo implican fehacientemente, es un insulto manifiesto a la inteligencia de Antonio. Asimismo, la oferta económica que le asigna en compensación por el asesinato de su hermano es una forma típica de Trujillo de ejercer el poder, corrompiendo y denigrando a personajes claves. Esta asignación, aceptada por Antonio, que por un lado servirá económicamente a la viuda de Tavito, por otro, confunde y resiente la conciencia de Antonio. Durante esos cuatro años y medio que distan entre el asesinato de su hermano y el día del ajusticiamiento de Trujillo, el odio hacia el dictador por todas estas ofensas crece y madura en el corazón de Antonio. Y tal como lo resume Sloterdijk, el

propósito de la existencia se justifica por y para la obtención del resarcimiento de la humillación. El rencor encontrará su válvula de escape al matar a Trujillo, así vengará el honor de su hermano y se redimirá por lo sucio que se siente por haber aceptado esa concesión. No sorprende entonces que fuera él el que más se obsesionara con eliminar al Chivo.

Antonio Imbert, también había sido favorecido por Trujillo con la gobernación de Puerto Plata y la administración de algunas empresas del clan. Él había servido con lealtad al Jefe en varias ocasiones y sobre todo durante la fracasada invasión de exilados dominicanos de 1949 en Puerto Plata. Pese a ello, él y su hermano Segundo Imbert habían sido detenidos por presuntos implicados en la invasión y hostigados por los esbirros trujillistas. Luego son liberados y se les asignan nuevos cargos. Este juego de poder de tira y afloja de Trujillo socava la lealtad de los hermanos pero las nuevas gollerías de las que gozan los mantienen todavía al lado del régimen. A los pocos años, el agravio vuelve a caer sobre los Imbert. En la narración no se dan detalles específicos, pero se señala que Trujillo le encargó a Segundo el asesinato de un dirigente sindical problemático de Puerto Plata. Al saltar el escándalo el régimen no vaciló en acusar a Segundo del homicidio por lo que éste escapa del país y se exilia en Puerto Rico. Pasado un tiempo logra colocarse muy bien administrando las empresas de una familia adinerada de Ponce. Trujillo lo invita a regresar con promesas de una amnistía y atractivas prebendas. Segundo vuelve a la República Dominicana, es arrestado y condenado a treinta años de prisión. Esta escalada de ofensas a la familia Imbert va a transformar la lealtad de Antonio en odio contra Trujillo. Sin embargo, es una declaración de uno de los conspiradores, de Salvador Estrella Sadhalá, que lo embarga en un malestar intoxicante y lo hace decidirse a matar al dictador: “El Chivo había quitado a los hombres el atributo sagrado que les concedió Dios: el libre albedrío” (190). Las varias ofensas contra los Imbert y el tener a su hermano pudriéndose en un calabozo hace cinco años fueron alimentando el odio de Antonio, pero no fue hasta la plena realización de que el

ejercicio de su libertad era una caricatura que se decidió a plegarse a la conspiración para acabar con el mal nacional, Trujillo.

La motivación individual de cada participante del complot contra Trujillo jugó un papel preponderante en la ejecución del proyecto. Vargas Llosa resalta la agencialidad del individuo por encima de las motivaciones políticas que afectan a un colectivo social. Lo relevante de la motivación en esta novela es la fuerza movilizadora del thymós para empoderar a los individuos. Esta fuerza de las dinámicas thymóticas comprenden el deseo de reconocimiento, la necesidad de restaurar la dignidad y el autorespeto, arrebatados por el ofensor, y también el propósito de concebir la existencia como un proyecto de odio que va de la humillación al día de la venganza en que se obtiene el desagravio.

Gracias a la fuerza catalizadora del thymós, los conspiradores, dentro del universo de la novela que además coincide con la realidad histórica dominicana, resuelven el destino del país: ponen fin a la cruenta dictadura de Leonidas Trujillo, El Chivo.

#### *Pálido Cielo.*

Si en *La Fiesta del Chivo* y en *Conversación en La Catedral* de Vargas Llosa la figura del humillador la ha protagonizado principalmente un personaje, como es el caso de Trujillo o diferentes personajes con nombre y apellido pero que representan una clase, por ejemplo Fermín Zavala o el senador Landa, en perjuicio de un sujeto al que ofenden, en *Pálido Cielo* de Cueto, el ofensor es el Estado mismo, el sistema social y político del Perú de la década de los ochenta y las víctimas, según la ideología de los dirigentes de Sendero Luminoso, es el sector de los peruanos olvidados y marginados que se alzan contra el Estado y juran fidelidad a un movimiento reivindicatorio de extrema violencia que les asegura un Perú más justo. Es en este apartado de análisis donde mejor encajan las consideraciones de Scheler en torno al resentimiento de una masa descontenta, marginada, en una sociedad democrática que

formalmente enarbola la igualdad de sus ciudadanos pero que en la realidad no se verifica. Por ello afirma en la cita de la introducción de esta tesis, la cual aquí transcribo parcialmente, que: “La máxima carga de resentimiento deberá corresponder [...] a aquella sociedad en que, como la nuestra, [...] la igualdad social, públicamente reconocida, coexisten con diferencias muy notables en el poder efectivo, en la riqueza efectiva y en la educación efectiva [...] La sola estructura social [...] implica aquí una poderosa carga de resentimiento. A este factor se añade este otro: que el sentimiento de venganza se convierte tanto más en resentimiento cuanto más se transforma en un estado permanente, continuamente «ofensivo», y sustraído a la voluntad del ofendido; cuanto más es sentida la ofensa como un sino. Este caso se da, principalmente, cuando un individuo o un grupo sienten su misma existencia y condición como algo que, por decirlo así, clama venganza” (23-24).

En cuanto a la identificación del grupo marginado que experimenta el resentimiento, Scheler observa que ocurre con mayor frecuencia entre los miembros de la pequeña burguesía y los más bajos niveles de la burocracia que entre los miembros del proletariado: “El resentimiento representa actualmente su papel [...] más importante, no tanto en el proletariado industrial — a no ser que se halle contaminado por el resentimiento de ciertos «guías» — como en la clase de los artesanos, cada vez más en decadencia, en la pequeña burguesía y en la burocracia inferior” (53). Lo relevante de esta cita para el análisis de *Pálido cielo* respecto del sector social donde germina el resentimiento, es la mención a la pequeña burguesía y también la categoría de excepción que refiere a los guías dentro del sector proletario. La figura de Abimael Guzmán, guía y máximo representante de Sendero Luminoso encaja en estos dos supuestos.

Respecto del primer supuesto, el líder de Sendero pertenecía a la pequeña burguesía, hijo de un comerciante acomodado de Arequipa, ciudad donde realizó sus estudios escolares y universitarios. Luego, desarrollaría su breve carrera académica de profesor de filosofía en la

Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga en Ayacucho. El Perú de los años sesenta era bastante centralizado; Lima era el centro del desarrollo cultural del país y, en consecuencia, tanto la educación como la vida laboral de Guzmán ocurrieron en los márgenes de ese centro. Y tal como lo explica Sloterdijk en *Ira y tiempo*, la aspiración de los individuos de una sociedad a un reconocimiento específico, en cuanto a prestigio, bienestar y superioridad intelectual es inevitable, y estos recursos existen en cantidades reducidas, por lo que se generan envidias entre los competidores derrotados. Guzmán es uno de ellos, no gozó de estos reconocimientos.

Posiblemente esa exclusión de la vida cultural protagónica del Perú germinó en él la semilla del resentimiento contra la alta burguesía limeña y contra el Estado peruano que servía los intereses de esta clase. Bajo el influjo del resentimiento, en concordancia con Scheler, se puede entender el juicio de valor trastocado de Guzmán y otros ideólogos de Sendero Luminoso que comparten el mismo perfil resentido que éste, respecto de la clase que culpan de su fracaso. Y es bajo el efecto ilusorio que produce el resentimiento, que la perciben demonizada. Esa carga de resentimiento la conservarán en bancos de ira, como expone Sloterdijk, y llegado el momento preciso utilizarán la violencia para intentar acabar con ella. En ese sentido se explican los hechos que relata *Pálido Cielo*: un atentado terrorista dirigido a un sector específico de la población. El coche bomba en la calle Tarata, ubicada en el corazón del distrito burgués de Miraflores, y cuya planificación y ejecución la orquestó Sendero Luminoso.

El segundo supuesto de la cita de Scheler, formula que el proletariado no es el sector social más propenso al resentimiento, salvo que se encuentre contaminado por el resentimiento de sus guías. Para efectos de este análisis, me referiré al sentido amplio de proletariado, es decir el sector laboral que no posee los medios de producción, el obrero o el campesino indistintamente.

No bastaría con la motivación de los guías ideológicos de Sendero Luminoso para poder llevar a cabo esta empresa del resentimiento, y por tanto, ellos se aprovechan de una coyuntura socioeconómica terrible que se vive en el ande peruano en la década del setenta y el ochenta, una situación de miseria extrema de sus pobladores, que en parte es culpa del Estado que no los incluye en su plan de desarrollo de país, y son estos pobladores, campesinos de la zona andina o emigrados en la capital, con los que realizan actos de proselitismo y reclutamiento para conformar las filas de sus milicias en la lucha armada. Estos dirigentes infectados con sus propios resentimientos, en concreto, el no tener acceso a los beneficios de la alta burguesía, adecuarán su malestar al del proletariado y articularán un discurso ideológico de efecto contagioso que promete un futuro esperanzador, de reivindicaciones sociales, una vez triunfe la revolución. Este discurso, según Sloterdijk explica el nacimiento del terrorismo mundial hoy en día. Por ello vuelvo a citarlo en cuanto advierte que “los nuevos movimientos de recogida de los insatisfechos dispuestos para el combate y de los enérgicos sin ocupación, son las rápidas instalaciones de red del odio del perdedor, las proliferaciones subliminales de los medios de sabotaje y destrucción que parecen preocuparse por el regreso del terror histórico y las esperanzas correspondientes” (Kindle Location 922).

Este discurso reivindicatorio prenderá como paja seca en el ande peruano y luego se extenderá por casi todo el territorio nacional. Los guías hablarán en nombre de este sector olvidado del país, y el resentimiento de los guías transformado en el resentimiento de la clase que dirigen lo sabrán conservar en bancos de ira por algunos años y lo transmitirán de manera horizontal al proletariado y también a segundas generaciones de este grupo. La ira germinará y crecerá hasta que, llegado el momento que los dirigentes juzguen como el más propicio, decidan liberar la ira acumulada contra el Estado peruano y la clase que representa.

Según Jeremías Gamboa en su ensayo titulado *Pálido Cielo*, en los relatos más importantes de Cueto, el autor “dispone de dos horizontes que se imbrican y se yuxtaponen. Por un lado un escenario convulso o conflictivo, asociado a episodios específicos de la historia peruana—la violencia senderista, el descalabro económico de los años ochenta, la corrupción de la dictadura fujimorista—y por otro, la indagación de los afectos y emociones y las cuitas existenciales de individuos amenazados por el paso del tiempo” (41). En el caso de esta novela breve, el marco histórico refiere a los días del atentado terrorista en la calle Tarata del distrito limeño de Miraflores del 16 de Julio de 1992. El drama personal se centra en la vida de Luis y su familia. La trama de la novela se compone de dos partes. Una relata la breve relación de amistad que establece Luis con una joven de clase alta de Miraflores, Mariela. Luis es un joven del ande ayacuchano emigrado a la ciudad de Lima, al distrito de clase media de Pueblo Libre, y que se encuentra bajo el cuidado de sus tíos que con mucho esfuerzo le han podido pagar la carrera de Derecho. El interactuar de Luis y Mariela resalta el abismo social entre las dos clases, y de alguna manera el hecho que no hayan podido avanzar esa relación de amistad a una amorosa, pretendida por Luis, señala la imposibilidad de saltar ese abismo. La otra indaga, casi cayendo en lo policial, sobre la misteriosa vida de los padres de Luis que se quedaron en Ayacucho y la de su hermano Bruno que vive entre Lima y la referida ciudad andina. Al final de la novela, tras el asesinato de su hermano, Luis se entera de que Bruno y sus padres pertenecían al grupo terrorista, Sendero Luminoso.

El caso de Bruno y su padre encaja en este modelo de víctima andina de condición marginal captada por los guías ideológicos.

De las exploraciones del narrador en la biografía de los padres y del hermano de Luis podemos extraer las motivaciones por las que se decantaron por la lucha armada. Se trata de un odio sostenido contra las miserias de la vida que les tocó vivir.

El padre de Luis tenía una predisposición para la pintura y todo indicaba que su vocación era la de pintor. Pero en el Ayacucho de los ochenta, una carrera de artista plástico era impensable. La tía de Luis le contaba a éste sobre su padre que “de joven su hermano dibujaba con frecuencia y ella hasta guardaba algunos retratos y paisajes en su cajón. Pero él nunca pudo estudiar arte, comentaba, y se vio obligado a trabajar apenas terminó el colegio. Había enfrentado el resentimiento con recursos comunes (el alcohol era uno de ellos). Era un bebedor y cada vez que entraba en un estado de trance etílico, cantaba mucho y en voz alta. Supe también que en estas ocasiones tenía accesos de llanto” (176). La frustración del padre de Luis de no poder ejercer la vocación por culpa de una realidad adversa que impide desarrollar sus capacidades, lo frustra y le amarga el espíritu. Una vez casado y llegados los hijos, el padre de Luis tuvo que buscar el sustento familiar, así que junto con su esposa realizaron trabajos que nada tenían que ver con su aptitud artística, y como consecuencia, dice Luis: “el resentimiento fue creciendo como una enredadera alrededor de mi padre. Mi madre lo acompañó a esa cárcel, se encerró con él y desde allí, los últimos años de su vida, ambos siguieron gritándole en silencio al mundo. Sus calladas furias los acorralaban. Los sueldos bajos y las humillaciones de sus jefes en los restaurantes horadaban la sensibilidad de un hombre como mi padre” (179). La situación laboral del padre implica una doble frustración. Por un lado, el desempeñarse en un trabajo alejado de su vocación, y por otro, que los ingresos obtenidos por él ni siquiera alcanzarán para cubrir los gastos mínimos familiares. Si acaso hubiera ganado un sueldo justo a lo mejor habría mitigado en algo el drama vocacional, y si a ello le sumamos los maltratos por parte de sus empleadores, es fácil concluir que el daño moral de ese hombre es enorme. La realidad miserable que le tocó vivir tornó su sensibilidad artística en odio contra la vida, contra una realidad hostil. Ello germinó una impotencia incontenible e hizo de él un candidato de fácil captación para los guías subversivos, proselitistas que supieron artificialmente identificar la causa de todos los

males del padre de Luis con el Estado peruano y la clase a la que sirve, la burguesía acomodada. Y así le brindaron la posibilidad de vengarse de su enemigo para que una vez derrotado, pudiera disfrutar del advenimiento del paraíso en la tierra.

Bruno funciona como engranaje entre un movimiento revolucionario que nació en Ayacucho y la prolongación de su campo de acción a la capital. En Ayacucho, Bruno ha mamado directamente de sus padres la miseria que les tocó vivir y al igual que ellos es un militante de Sendero Luminoso. En Lima, administraba una academia pre-universitaria para estudiantes inmigrantes del interior del país y desde esa plataforma se ejercían actividades proselitistas. Es sabido que varias academias universitarias servían de nido para captar jóvenes marginados a las filas de Sendero Luminoso. No es casualidad que Cueto haya atribuido a Bruno el papel de administrador de una academia por la similitud a un caso célebre del año 1992 en que capturaron a Luis Arana Franco por sus vinculaciones al líder de Sendero Luminoso, Abimael Guzmán: “Lo que fascinaba a Guzmán de Arana era su prolija puntualidad en la entrega de dinero, que lo obtenía como administrador de la academia pre-universitaria César Vallejo” (Páez 1). En estos centros de estudio se adoctrinaba y afiliaba a jóvenes para operativos terroristas en la capital. Se aprovechaba, como ya hemos dicho, su condición de marginado social para captarlos. Los discursos sobre los olvidados del Estado eran de los más efectivos. De las conversaciones de Bruno con Luis podemos extraer algunos de estos discursos. Comenta Bruno a su hermano: “Cada vez hay muchachos peor preparados. Vienen de colegios donde no hay ni techos ni baños ni tiza ni nada. Y sin embargo tienen muchas ganas de aprender. Todas las ganas del mundo. Me da pena ver a tantos muchachos así” (187). A lo que Luis responde: “Es terrible. Pero no sé qué solución puede haber” (187). La miserable realidad de los estudiantes que asistían a la academia de Bruno parece ser un hecho incontestable, y de esta realidad es responsable una administración estatal ineficiente y desentendida con la realidad de millones de peruanos. Este lamentable hecho

es aprovechado por Sendero, por sus miembros infiltrados entre los docentes de las academias para adoctrinar a los estudiantes y enrolosarlos en sus filas. En la narración se desliza la posible implicación de Bruno en el atentado de Tarata que dejó un saldo de veinticinco muertos y ciento cincuenta y cinco heridos. Las víctimas en su mayoría eran vecinos de la zona y algunos transeúntes.

Mariela, la amiga de Luis, de la que él se sentía muy enamorado fue una de las víctimas gravemente heridas del atentado terrorista de Tarata. ¿Pero era acaso ella, que pertenecía a la clase social a la que atacaba Sendero, responsable de las desgracias de Bruno y su padre? De los hechos narrados hasta ahora en *Pálido cielo* nada parece sindicarla como responsable de las desgracias de la familia de Luis. Sin embargo, su responsabilidad atiende a la percepción demonizada de la clase social de Mariela, que la ve como responsable de los males sociales del Perú, visión que es producto del efecto ilusorio del resentimiento que habita en la mente de los dirigentes terroristas y sus captados.

El episodio donde Luis rescata a Mariela de los escombros en Tarata sirve a Cueto para acercarnos a la complejidad de las relaciones sociales durante la guerra contra Sendero: Bruno ha dañado la propiedad e integridad física de la mujer a la que ama su hermano. Los límites de la familia y la revolución parecen muy complejos.

La postura de Bruno ante la injusticia cometida contra los olvidados del Perú es la violencia. Luis la ve desde la perspectiva de un joven de clase media baja, criado en Lima, sin grandes comodidades ni privaciones extremas. Él, al igual que muchos jóvenes de su clase social, reconoce la gravedad de la situación pero no baraja la violencia política como salida al problema.

Una vez enterado de las actividades subversivas de sus padres y hermano, se nos ofrece una introspección de Luis en la que reflexiona sobre su familia “mi papá, el rostro tallado por

lonjas gruesas, la frente ancha, las mejillas gordas y algo caídas, el pelo confuso bailando sobre los ojos. Estaba volviendo a Ayacucho para cumplir esa promesa de odio que había hecho con mi hermano y con mi madre” (219). La descripción física de su padre no es nada halagüeña, denota una persona decadente, maltratada por la vida camino de la muerte al intentar realizar su plan de venganza en Ayacucho. El físico refiere al pasado y presente de miseria y prelude el advenimiento de la muerte, que de hecho les llegó a los tres como consecuencia de su compromiso con Sendero Luminoso. Todavía absorto en sus reflexiones, Luis empieza por condenar las acciones terroristas de Sendero, pero luego no desliza una justificación pero sí una aproximación al entendimiento del obrar de sus padres: “Habían abrazado al grupo homicida que había asesinado a decenas de miles de personas [...] Habían ocupado pueblos enteros para ajusticiar a algunos de sus pobladores; vivían volando torres de luz, amenazando y reclutando a la fuerza a miles de jóvenes, planeando formar algún día un Estado de terror. Habían querido decidir sobre el trabajo, los estudios, las ideas, las emociones de todos nosotros. Le habían declarado la guerra al resto del país. No merecían ninguna forma de respeto, de consideración. ¡Y sin embargo...! Mis padres y mi hermano se les habían unido. Sólo ahora me lo podía imaginar. El ruido de la lluvia en las tejas rotas, el sabor de un agua rancia en la noche, el estómago devorado por el dolor del hambre. Habían llegado a vivir para que el mundo reventara con ellos” (220).

Luis ofrece una enumeración exhaustiva de las atrocidades cometidas por Sendero, el tono es claramente condenatorio pero al final de su reflexión, sin suscribir el accionar terrorista de sus padres, trata de entender qué los llevó a esa posición condenable, y la explicación la antecede un verbo tan abstracto como *imaginar*, que previene al lector de cualquier malentendido justificatorio de aquella violencia, pero que introduce la sospechada dimensión de una existencia de pobreza extrema con lluvia colándose por el techo, con agua maloliente para beber y con un

hambre rampante; una situación insostenible, cuyo remedio, para sus padres y Sendero, creyeron encontrarlo en la violencia política.

A pesar de que Luis no comulga con el proceder de sus padres y su hermano, reconoce que todos ellos no son los ganadores del sistema, y lo manifiesta con un ejemplo del día a día, con un gesto en apariencia sin ningún significado pero que es muy revelador respecto de aquello que tienen bien internalizado, su existencia marginal. Al entrar a un restaurante con su hermano, piensa: “Bruno y yo siempre escogíamos, como ese día, una de las mesas en una esquina. Acostumbrados a la lateralidad del mundo, repetíamos nuestra posición en todos los lugares a los que íbamos” (191-192). Esta lateralidad, Luis la había empezado a combatir, sin saberlo, dentro de la institucionalidad: gracias a sus tíos estaba estudiando para abogado y con seguridad tendría una vida de mayores posibles que la de sus padres y hermano. Éstos por el contrario también la combatían pero fuera de la ley, desde la insurrección, la miseria en la que vivían los había resentido y envilecido, y no podían concebir un cambio sin un plan de venganza que destruyera el sistema actual para reemplazarlo por uno de verdadera justicia que Sendero Luminoso prometía para sus militantes en el nuevo Perú. Sin embargo, el panorama social que nos deja Cueto tiene visos de esperanza, pues las formas de enfrentar la lucha contra las desigualdades sociales que utiliza Luis son las del esfuerzo y de condena a la violencia. Por ello, no es casualidad que sea el único sobreviviente de su familia nuclear.

Al igual que Vargas Llosa en *La fiesta del Chivo*, Cueto exhibe la prevalencia de la agencialidad del individuo sobre el dictado de una ideología. Es claro que son las miserias personales del padre de Luis y de su hermano Bruno las que juegan el rol más importante en el desenlace de la trama. Aunque ambos personajes habían sido captados por Sendero Luminoso, a lo largo del relato se enfatiza las miserias que los empujó a plegarse a la lucha subversiva. No hay rastro narrativo que indique que la ideología senderista fue la motivadora, salvo la esperanza

de albergar un Perú mejor una vez ganada la guerra interna, por tanto; el actuar del padre y Bruno son una manera de desatar su ira acumulada contra sus enemigos, y Sendero Luminoso y su ideología parecen ser sólo el vehículo para ese fin.

En *Grandes miradas*, Cueto relata la historia de Guido Pazos (inspirado en el asesinato real del juez César Díaz Gutiérrez) y su prometida, Gabriela Celaya (Gaby). Ésta última es un personaje inventado por el autor para darle mayor fuerza a la trama de la novela.

La novela está ambientada en la Lima de finales del milenio, durante los últimos años de la dictadura bicéfala del presidente Alberto Fujimori y el jefe del Servicio de Inteligencia Nacional, Vladimiro Montesinos. Es importante aclarar que aunque Fujimori era el presidente oficial, Montesinos ejercía gran parte de su poder con bastante autonomía y en muchos casos las decisiones de gobierno las tomaban de manera conjunta.

Guido Pazos es un juez probo y es la excepción en el poder judicial, que casi en su totalidad, está comprado por el ejecutivo. El juez Pazos decide desafiar las instrucciones de Montesinos negándose a aceptar sobornos y redactando un informe acusatorio en un caso legal que contravenía los intereses de éste. La emisión del informe le cuesta la vida. Gabriela, la protagonista de la novela, en un intento de vengar la muerte y honor de su prometido penetra en el corazón mismo de la corrupción y el poder, y aunque no logra una venganza completa, la novela resalta dos espíritus inconformes que se rebelan contra la realidad corrupta del Perú de los años noventa.

En principio, y de acuerdo a la abundante evidencia que presenta la narración, el desafío de Guido Pazos al hombre más poderosos del Perú se debe a su virtud moral, de carácter incorruptible, que lo obliga a poner la justicia por encima de cualquier otro bien. Dicho esto, encuentro un segundo móvil, uno bastante disimulado en los hechos narrados: un deseo de reconocimiento.

Respecto de su virtud moral, destaca su resistencia a corromperse pese a las enormes cantidades de dinero que le ofrecían, pese a que todos sus compañeros sí lo habían hecho y pese a las amenazas de muerte que recibía.

Para explicar la férrea catadura moral del Juez, el narrador recurre a la biografía de Guido. Es así como sabemos que después de escuchar un discurso vocacional de un cura en la visita a su colegio consideró una carrera sacerdotal: “El sacerdocio era una búsqueda de los caminos del bien, un ángel de la tierra que ama a todos los hombres porque reconoce la naturaleza sagrada del individuo” (46). Da la impresión que la idea de la búsqueda de los caminos del bien era una máxima que no podría abandonar, ni siquiera cuando su vida dependiera de alejarse de ese precepto. Luego, el ambiente familiar parece también haber contribuido a esta solvencia moral. Su padre “había organizado la casa como un campo de entrenamiento para la virtud” (45).

Asimismo, se presentan diálogos privados de Guido con personas cercanas a él y también tenemos acceso a la mente de estas personas para exhibir el grado de asombro que les suscita la inflexibilidad moral de Guido. El secretario de Guido, Artemio, pensaba: “El doctor Guido Pazos un caballero aterrizado en el Palacio de Justicia, un sacerdote sin cáliz, un santo sin aureola” (23). Gabriela, su prometida, se abandona en pensamientos que muestran su desconcierto y preocupación ante esta peligrosa existencia de virtud, que como sabemos le costará la vida a Guido: “No le interesaba la tranquilidad sino la decencia. No quería la felicidad. Quería la virtud [...] Era un combatiente fervoroso de la guerra moral que había declarado. No aceptaba las torceduras, las sinuosidades, las corrupciones naturales del mundo. Era un forastero de la realidad” (77-78). Luego de una conversación de Guido con Gabriela nos enteramos de la solvencia moral de aquél según sus propias palabras: “Si el poder judicial es un estercolero, hay que entrar para salvarlo” (26). A lo que Gaby en un tono desesperado, replica: “Guido, no seas

ilusos. ¿Quién quiere salvar el mundo hoy en día? ¿Quién le lleva flores a Bolognesi, Guido? No seas loco. ¿Quieres salvar el mundo, Guido? Sálvate tú por lo menos” (26). Finalmente, en la empresa narrativa de la construcción de la férrea moralidad de Guido, el mismísimo narrador abandona su imparcialidad y acota: “Todos los indicios apuntaban al mismo diagnóstico. Tenía un defecto admirable. Era un maniático del bien. Un ángel con la espada ardiendo por la justicia. Su trabajo como juez le daba empleo a su idealismo. Estaba decidido a entregarse a una causa. Esa causa era la justicia” (27). La abundante evidencia textual parece sentenciar que la moralidad inquebrantable de Guido y su ideal de justicia fue lo único que lo llevó al desafío con Montesinos. Lo que sigue es una demostración que la segunda gran motivación fue su afán de reconocimiento.

Es un hecho narrativo probado que Guido Pazos escribe el informe condenatorio de acuerdo a como ocurrieron los hechos: el hallazgo de un arsenal en la casa de un tal López Meneses, protegido de Montesinos. Quiere ser fiel a la verdad y así hacer justicia. Al hacerlo desobedece la orden de Montesinos que exigía que el informe exculpara a su protegido. La actitud del Juez Pazos es una valiente muestra de lucha contra la corrupción, actitud destacable en un momento histórico del Perú en que nadie o casi nadie se atrevía a enfrentarla. Sin embargo, esta desobediencia ponía en grave peligro la vida del juez. Las amenazas de muerte a través de notas que encontraba en su escritorio tales como “MUERE BASTARDO” (20), o de llamadas telefónicas anónimas que coaccionaban, “si no nos haces caso con este fallo te vamos a matar, huevón” (23) o “te vamos a meter el dedo por el culo y a sacártelo por la boca de pelotudo que tienes, ¿me entiendes?” (23-24), no lo disuadían. Ser verídico y hacer justicia estaban por encima de la preservación de la vida. Su idealismo era suicida, y por tanto con tintes de heroicidad.

Aparte de su ideal de justicia hay una dinámica thymótica entre una valentía desmedida y un deseo de que se reconozca su heroicidad. Es hartos sabido los riesgos que el hombre es capaz

de correr por obtener el reconocimiento de los demás. Y así nos lo recuerda Sloterdijk, cito parcialmente de la introducción de la tesis, “en el campo de la lucha por el reconocimiento, el hombre se convierte en el animal surreal que arriesga la vida por un trapo de colores, una bandera o un cáliz.” (Kindle Location 507-513). Guido Pazos arriesga la suya por su ideal de justicia y posiblemente también porque se le reconozca por su valentía y osadía de haber desafiado a Montesinos. Él mismo, en una conversación anterior a que se hiciera juez, le confiesa a Gaby que quiere salvar el poder judicial. Y seguramente que lo quiere hacer de muy buena fe, pero parece que querer desempeñar el papel de salvador tiene también visos mesiánicos.

Guido es asesinado por querer salvar el poder judicial de la corrupción pero no lo consigue. Al poco tiempo, la corte suprema absuelve a López Meneses, y curiosamente, su sacrificio tiene poco que ver con la caída del gobierno de Montesinos y Fujimori. Éstos caen por una traición dentro del círculo de corruptela. Irónicamente por un acto de corrupción dentro de la maquinaria de corrupción: la venta furtiva del video de Kouri recibiendo dinero de manos de Montesinos.

El uso del espacio narrativo para la creación de un lugar donde germina el rumor es utilizado brillantemente por el narrador para exhibir el ego de Guido y su deseo de reconocimiento por su desafío al hombre más poderoso del Perú. El espacio en este pasaje se presta para expresar una gran carga significativa que contribuye al desarrollo de la trama. Así, es pertinente citar que en algunos casos, “description of setting would in itself constitute narrative development, just as action or event might. Here, then, is a place one might begin to think about space’s centrality to narrative” (Parker 18). Es por ello que el narrador escoge los pasillos del Palacio de Justicia, el área común donde se congrega la gente, el lugar donde se dan los rumores, las intrigas de ese poder judicial corrupto. Los rumores se nos presentan de manera confusa, es decir, el contenido de estos parece oscilar entre lo que murmuran los jueces, colegas de Guido,

en el pasillo y los pensamientos de Guido: “Por lo general Guido salía por una de las puertas laterales del edificio [...] Pero hoy decide bajar del cuarto piso al salón principal, enfrentar las escaleras de mármol, no escapar, mirar a la cara a los que se cruzan con él, saludarlos con una sonrisa anticipada, los ojos que se apartaban para señalarlo, oye, allí está Guido, uno de los jueces que no le obedece a Montesinos, ¿qué van a hacerle? [...] ¿verdad que tienes muchas presiones, que te llaman, que te insultan, verdad? (21).

Por un lado, los murmullos de los compañeros de Guido que se confunden también con interpelaciones directas, cuando le preguntan si lo presionan y lo llaman para insultarlo, revelan que Guido está en la boca de todos, que todos saben de su valentía, y que lo respetan por ello, y Guido es consciente de esto. Por otro lado, se describe la reacción de Guido ante esos murmullos, se enfrenta a la masa, los mira a la cara y les anticipa una sonrisa, actitud de cierta soberbia, de sentirse moralmente por encima del resto, de ser él y nadie más en esos pasillos el que no obedece a Montesinos. Es claro que Guido también quiere que se le reconozca por esta proeza de valor, pero en este afán de reconocimiento sacrifica la vida.

Otra dinámica thymótica que anima la trama de la novela es el deseo y plan de venganza de Gabriela. Un deseo de venganza convertido en plan de vida que la enfrenta cara a cara al gran poder de Montesinos. Resulta útil citar parcialmente a Sloterdijk de la introducción de esta tesis en cuanto a lo que refiere a la existencia para la venganza: “la existencia puede orientarse igualmente a recorrer como conjunto la trayectoria que va de la humillación a la venganza [...] El thymós activado descubre el mundo como un espacio para los proyectos prospectivos a través de su exigencia de desagravio; proyectos que toman impulso de lo pasado para el posterior ataque” (Kindle Locations 1340-1355).

La humillación que sufre Gabriela comprende el conocimiento de la tortura, asesinato y posterior difamación del honor de su prometido, Guido Pazos. El ofensor es el aparato represor

del Estado peruano, personificado en la figura de Vladimiro Montesinos y sus esbirros. La vida de Gaby desde este momento se centrará exclusivamente en el plan de venganza, cada respiro, cada movimiento será un acto calculado para conseguir el desagravio.

Gabriela conocía de las amenazas que Guido había sufrido por negarse a resolver una causa a favor de los intereses del jefe del Servicio de Inteligencia. Al enterarse de la muerte de su novio, Gaby supone inmediatamente que Montesinos lo ha mandado matar. Es en ese instante que empieza a fraguar su plan de venganza y para ello necesita envalentarse, entonces apela a sus miserias del pasado para avivar la pulsión vengadora que la guiará y soportará en su plan de resarcimiento. El narrador nos revela los pensamientos de Gaby en torno a estas invocaciones mientras se mira al espejo: Buscar en [...] el tesoro del mal [...] el botín de las humillaciones del pasado, la acumulación de pequeñas miserias, las carreras a pedir prestado para pagar la luz cuando se apagaban los focos una mañana, los huecos en las camisas, los pisos rotos, las puertas astilladas” (127-128). Es interesante cómo opera la psicología de Gaby, al buscar el estado de ánimo propicio para llevar a cabo su venganza. Rebusca en su pasado de carencias, que anhelaba dejar atrás gracias a su matrimonio con Guido. Muerto éste, las esperanzas languidecen. En este punto, su plan resarcitorio se nutre de una ilusión rota, su pasaporte a una vida de mayores comodidades. Aunque es el fin último, todavía no se alimenta del deseo de eliminar al ofensor. Me parece que esto último se precipita con el titular difamatorio que aparece en un periódico amarillista y que lee de manos de su suegro durante el velorio de Guido, el titular reza: “Malas lenguas decían que era magistrado chimbombo. Un lío de locas termina a navajazos” (141). Esta noticia calumniosa, le azuza la pulsión y la lleva en pocos días a esclarecer los detalles del asesinato de su novio. En un raptó de pasión, irrumpe en las instalaciones del periódico donde insulta a todo el personal, pero consigue la complicidad de la redactora Ángela, la que de hecho escribió ese titular. Por ella, se entera que las noticias publicadas allí no se basan en

investigaciones veraces sino que son ficciones creadas por la dictadura para encubrir sus crímenes políticos y otras fechorías. Un ejemplo de ello es que Don Osmán, jefe de Ángela en la redacción, sin presentar ningún tipo de evidencia afirma y le ordena a ésta: “Lo mataron por cabro. Una cuestión de celos de locas. Lo mató un chiquillo por celos [...] hazte la historia, ya tú le metes su saborcito” (139).

Ángela le cuenta a Gaby que hay un vídeo de la ejecución de Guido. Gaby le da todos sus ahorros para que lo consiga. No sólo han torturado y asesinado a su futuro esposo sino que también lo han difamado con esa historia del crimen pasional entre homosexuales. La ira controlada alimenta la llama de la venganza: ya convencida de lo que le han hecho a Guido planea su plan de desagravio con mucha minuciosidad. Renuncia al trabajo de profesora que tenía y se inscribe en un curso de secretariado en la academia Columbus a cargo de la Sra. Dorotea Pacheco (Doty). La academia, según la información de Ángela, es sólo la fachada de una suerte de agencia de reclutamiento de amantes para Montesinos. Para destacar del resto y lograr ser la escogida, Gaby se somete a varias humillaciones de Doty. Pero desde esta posición de debilidad y sumisión, consigue lo que quiere, llegar a Montesinos. Es una posición inteligente, de astucia, respecto de la cual Peter Sloterdijk poniendo como ejemplo la historia del pueblo judío comenta con mucha lucidez en *La crítica de la razón cínica* que “fue el primero que descubrió el poder de la debilidad, la paciencia y el suspiro” (347). Fue desde esta posición de relativo cinismo, del saber irónico que todo es pasajero, incluso los despotismos y los opresores, afirma Sloterdijk, que logró sobrevivir por un milenio e imponerse a sus enemigos. Similarmente, Gaby, se ve expuesta a los abusos de poder y avances sexuales de la Sra Pacheco. Pero calla, disimula y espera. Declara sin ningún tapujo que quiere llegar lejos y para ello, le dice a Doty: “Hago lo que sea señora, ya le digo” (171). Con esta declaración se somete a ella, le entrega hasta cierto punto su dignidad. Y así le da pie a la Sra. Pacheco para que disponga de

ella. En el contexto de una cena en un exclusivo restaurante limeño, *La Gloria*, donde tratan el futuro ascenso de Gabriela, ésta le agradece la invitación, pero se dirige a Doty de señora. Sin dejar de sonreír, Doty le da una bofetada. El narrador, en una muestra de destreza narrativa, y en tan sólo dos líneas, nos proporciona la observación externa de la situación y la impresión de Gabriela. Nos comenta: “Gabriela asimila su propia cara ardiendo de dolor, reconoce el júbilo de su primera victoria, retrocede, baja la cabeza, la levanta” (174). Doty agrega: “Perdona, pero nunca me ha gustado que me digan señora, ¿me entiendes?” (174). Gabriela, replica que sí entiende y con su anuencia sentencia su posición de debilidad y sometimiento, consciente que es sólo un medio, desde el cual obrará su plan de venganza. Los abusos de poder de Doty continúan. Esta vez se extienden por el plano sexual. Después de la cena en *La gloria*, Gaby acepta la invitación a tomar una copa a la casa de la Sra. Pacheco. En el camino, en el auto, empiezan los avances sexuales: “Doty extiende la mano derecha sobre los pechos de Gabriela” (182). Y ya en la casa, Gabriela se entrega a su jefa. El narrador nos relata sobre los detalles del acto y las impresiones de Gaby: “el monstruo de una mujer casi extraña que la va a devorar, un dragón sudoroso que se ha metido entre sus piernas y ha entrado en su cuerpo y se ha quedado allí [...] La está abrazando arrodillada, pendiente de los beneficios del asco. Se pliega gradualmente al rencor del abrazo” (183-184). De encuentros íntimos posteriores entre las dos, verificamos que las impresiones de Gaby escalan en desazón: “Desde las maniobras automáticas de sus manos hasta la suprema libertad de la repugnancia [...] Gabriela logra exiliarse de su piel” (218). Gabriela soporta la bofetada y las relaciones homosexuales con Doty, se entrega a ella con docilidad y fingido disfrute, aunque sabemos, según nos alerta el narrador líneas arriba, del asco y rencor que sentía durante el acto. Gracias a esta actitud calculada, Gaby asciende rápidamente y consigue que la envíen de recepcionista al Hotel América de Miraflores, lugar dónde Montesinos, generales y políticos afines al régimen se reunían con sus amantes.

En una de sus visitas al hotel América, Montesinos nota la presencia de la nueva recepcionista, Gaby. Le habla y por su mirada se nota que le ha gustado. Una tarde que llega Gaby al trabajo, por sorpresa le informan que Montesinos la está esperando en una de las habitaciones. Al subir, nota que nadie la revisa y de pronto está a solas con el Jefe del Servicio de Inteligencia. Lamenta no haber estado armada para matarlo allí mismo. Juega el juego de la seducción, haciéndose la difícil, halagándolo y dejándose halagar. Al final quedan para una cita concertada días después, a la cual sí irá armada. ¡Lo ha logrado!

Entretanto, Ángela le ha conseguido a Gabriela el vídeo de la tortura y posterior asesinato de Guido. Mientras ve en la pantalla a los verdugos ensañarse con el cuerpo de su novio atado a la cama, “retiene la cara, la nariz picuda de uno, la voz acascabelada del otro” (253). Las escenas la indignan y llenan de rabia. En este punto, la pulsión la alimenta el deseo de matar a esos verdugos y a quien les dio la orden, Montesinos. Comenta el narrador: “La pasión del rencor extrae lo esencial de ella y lo proyecta, es una pócima y un bálsamo que la reconstruye en el futuro” (254). Sale de su casa decidida a dar con los verdugos. Averigua por Artemio, el secretario de Guido, el nombre, número de teléfono y dirección de uno de ellos, Tony. Lo va a buscar a su casa, se presenta como una admiradora, y cuando consigue ganarse su confianza, se sientan en la cama y le pone el vídeo en la televisión. Antes de que Tony reaccione, Gabriela “saca la cuchilla, se aferra al mango y lo empuja en el costado [...] se incrusta en el costado de ese cuerpo [...] la cuchilla se traba con algo duro [...] el éxtasis de sentir el ruido de su muerte, el globo que hace la boca, su puño aún apretando en el mango, el tipo estalla en un alarido, la sangre salta sobre las sábanas” (264-265). Antes de que expire y con la incompreensión en la mirada del moribundo, le susurra que es la prometida de Guido, el juez que él asesinó.

Saciada parcialmente su sed de venganza, Gabriela quiere cobrárselas ahora a Montesinos. Después de unos días llega el momento de la esperada segunda cita. Quedan en un

local del Servicio de Inteligencia en Chorrillos y para su sorpresa, tampoco la revisan. No levanta ninguna sospecha. Hay que recordar que viene recomendada por Doty, proxeneta de suma confianza del jefe del Servicio de Inteligencia. Está claro que Gaby ha actuado impecablemente para ganarse la confianza de Doty y el deseo de Montesinos. Ya en la habitación y a solas con él, empieza la actuación: “Tocarlo en la lentitud, en el silencio. Esperar con la dureza de la repugnancia, de la nostalgia, besarlo con los ojos impunes [...] Baja el brazo siente el filo de la navaja entre las piernas” (288). Cuando la situación es propicia para matarlo y tiene la navaja en la mano, algo la paraliza y sólo le dice: “Cabro. Asesino de mierda [...] Vladi, asesino de mierda [...] ¿Vas a matarme o qué vas a hacer, maricón?” (288). Vladimiro Montesinos tiene tiempo de desarmarla y a los segundos es detenida y llevada a un calabozo. Allí la torturan pero a los pocos días Artemio la ayuda a escapar.

Después de haber asesinado a Tony, es posible que el deseo de Gabriela de matar haya mermado y que la figura de la venganza mortal haya adquirido otra dimensión, la de la humillación ¿No es acaso el estar allí con Montesinos, una burla humillante al sistema de seguridad del Servicio de Inteligencia? Gabriela a través de la paciencia, la posición de debilidad y la actuación, en poco tiempo, ha llegado hasta la cabeza de la corrupción. Y no sólo se trata del papelón que representa el hecho que la novia de una de las víctimas de Montesinos haya burlado de esa manera la seguridad, sino que se ha tomado la libertad y el placer de insultar al poderoso, y en su propia cara. El haberlo dejado vivo, pudiendo haberlo matado, es una humillación adicional. Es como demostrarle que se está por encima de él, como murmurarle al oído, “yo tengo el poder de perdonarte la vida pese a que tú no fuiste capaz de hacer lo mismo con Guido, asesino, maricón”. Éste parece ser la envergadura del plan total de venganza de Gabriela.

Ambos autores presentan al individuo enfrentado contra el poder y sus círculos de corrupción. Las dinámicas thymóticas entre el resentimiento, la ira acumulada o el deseo de reconocimiento operan las formas de este enfrentamiento y dictan el desenlace de las novelas tratadas. En *Conversación en La Catedral* tenemos a cada miembro de la oligarquía enfrentado a Cayo Bermúdez, y lo característico es su indefensión ante él. En cambio, en *La fiesta del Chivo* y en *Grandes miradas* los personajes motivados por humillaciones o deseos de reconocimiento se atreven a sublevarse contra el poder. Esta sublevación más que ideológica es de carácter individual. En *Pálido cielo* existe una fuerte motivación individual de Bruno y sus padres para enfrentar al poder causante de la miseria en la que viven, pero también hay un factor ideológico: los guías de Sendero Luminoso han sabido sindicar como culpable del mal que padecen a la burguesía y el Estado peruano.

## Capítulo 2

### **Poder, pasión y altruismo en *Cinco Esquinas* y *Grandes miradas***

*Grandes miradas* (2003) de Alonso Cueto y *Cinco Esquinas* (2016) de Vargas Llosa ofrecen dos visiones bastante similares de una dirigencia política infectada de corrupción durante la dictadura Fujimontesinista de la década de 1990 en el Perú. Un sector muy respetado de la crítica refiere que ambas novelas resaltan la labor de personajes, una suerte de héroes discretos, que motivados por una toma de conciencia, se rebelan contra el poder, y su actuar altruista, justiciero, propicia la caída del régimen. En el presente capítulo se reconoce que en estos mundos literarios el actuar aparentemente altruista de estos personajes contribuyó a la caída del régimen, y también concuerda en que estos comportamientos se pueden interpretar como signos esperanzadores de que en la sociedad peruana de ese entonces no todos han sucumbido ante la corrupción. Sin embargo, este análisis demostrará que en el mundo narrado de las dos novelas lo que precipita la caída del régimen no es precisamente el altruismo, o un altruismo sin mediación, sino más bien dinámicas thymóticas entre pasiones más viscerales como los celos, la codicia y el afán de venganza. Es decir, el verdadero motor que anima estas dos novelas no es el altruismo, sino las pasiones.

También se demostrará que, en el ejercicio de las relaciones de poder, algunos personajes subalternos bajo el influjo de dichas pasiones se invisten de una aparente postura de debilidad con el propósito de subvertir el poder. Es a través de esta engañosa postura que consiguen hacer bajar la guardia del poderoso para sólo entonces derrotarlo.

Efraín Kristal en sus apuntes finales de *Tentación de la palabra* (2018) señala que con la publicación del *Héroe discreto* (2013) Vargas Llosa inaugura una nueva trayectoria literaria que se caracteriza por una mirada más optimista y esperanzadora del mundo: “El pesimismo de las novelas de la primera década del nuevo milenio se ha prácticamente esfumado debido a la

aparición de personajes en parte defectuosos, que, no obstante, contribuyen a controlar la maldad y las imperfecciones del ser humano. Son personajes que defienden— a veces de manera instintiva— el valor de la libertad” (451).

Es en el contexto de esta nueva visión que encaja la idea de heroicidad discreta. Diez años antes, esta idea aparece incipientemente desarrollada en la reseña de Vargas Llosa a *Grandes miradas* de Cueto y refiere al comportamiento de los protagonistas de esta novela. Éstos desde sus posiciones, ciertamente discretas, resisten y se enfrentan a la cabeza de la corrupción política del Perú, el jefe del Servicio de Inteligencia Nacional, Vladimiro Montesinos. Vargas Llosa llama a este comportamiento heroicidad secreta, pero luego en su ensayo *La sociedad del espectáculo* (2012), madura esta idea y la denomina heroicidad discreta que refiere a los ciudadanos que “resisten la apatía y el pesimismo, y demuestran con su discreto heroísmo que la democracia sí funciona” (141). Idea que calza perfectamente en el comportamiento de los protagonistas de su novela *Cinco Esquinas*. Enrique Cárdenas se resiste al chantaje del director de un pasquín que posee fotos comprometedoras de una orgía en la que él ha participado. Y Julieta Leguizamón, la Retaquita, periodista de un periódico amarillista se enfrenta al mismísimo Montesinos.

En *Grandes miradas*, Cueto relata la historia de Guido Pazos (inspirado en el asesinato real del juez César Díaz Gutiérrez) y su prometida, Gabriela Celaya (Gaby). Ésta última es un personaje inventado por el autor para darle mayor fuerza a la trama de la novela. La novela está ambientada en la Lima de finales del milenio, durante los últimos años de la dictadura bicéfala del presidente Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos. Guido Pazos es un juez probo y es la excepción en el poder judicial, que casi en su totalidad, está comprado por el ejecutivo. El juez Pazos decide desafiar las instrucciones de Montesinos negándose a aceptar sobornos y redactando un informe acusatorio en un caso legal que contravenía los intereses de un protegido

de éste, un tal López Meneses. La emisión del informe le cuesta la vida a Guido. Gabriela, la protagonista de la novela, en un intento de vengar la muerte y honor de su prometido penetra en el corazón mismo de la corrupción y el poder, y aunque no logra una venganza completa, la novela resalta dos espíritus inconformes que se rebelan contra la realidad corrupta del Perú de los años noventa: dos héroes discretos.

El desafío de Guido Pazos a Montesinos, se debe a su moral de carácter incorruptible, que lo obliga a poner la justicia por encima de cualquier otro bien. Y así lo reconoce el narrador: “Todos los indicios apuntaban al mismo diagnóstico. Tenía un defecto admirable. Era un maniático del bien. Un ángel con la espada ardiendo por la justicia. Su trabajo como juez le daba empleo a su idealismo. Estaba decidido a entregarse a una causa. Esa causa era la justicia” (27). Hay sin duda una gran cuota de altruismo en su conducta, pero éste nos distrae del otro móvil no menos importante que lo motivó al desafío, su afán de reconocimiento, una pasión más visceral y seguramente menos altruista.

Una posible muestra del deseo de reconocimiento de Guido, por su osadía en el desafío a Montesinos, la podemos rastrear en el momento en que poco después de emitir la resolución en contra de López Meneses decide acceder a su oficina por una ruta alterna a la habitual que lo expondrá a la mirada (y reconocimiento-borrar) de todos sus colegas: “Por lo general Guido salía por una de las puertas laterales del edificio [...] Pero hoy decide bajar del cuarto piso al salón principal, enfrentar las escaleras de mármol, no escapar, mirar a la cara a los que se cruzan con él, saludarlos con una sonrisa anticipada, los ojos que se aparataban para señalarlo, oye, allí está Guido, uno de los jueces que no le obedece a Montesinos, ¿qué van a hacerle? [...] ¿verdad que tienes muchas presiones, que te llaman, que te insultan, ¿verdad? (21).

En la novela, el heroico sacrificio de Guido no propulsa un efecto inmediato en la lucha contra la corrupción. De hecho, poco después de la muerte de Guido la corte suprema absuelve a

López Meneses, y aún peor, su sacrificio poco tiene que ver con la caída del gobierno de Montesinos y Fujimori. Éstos caen por una traición dentro del círculo de corruptela.

Irónicamente por un acto de corrupción dentro de la maquinaria de corrupción: la venta furtiva de un video en el que aparece Montesinos sobornando con dinero en efectivo al congresista del partido opositor Perú Posible, Alex Kouri. Video que primero subtrae y luego vende Mati, la asistente personal de Montesinos, quien opera su traición motivada por los celos y la codicia.

Aunque Mati se constituye como un personaje secundario de la novela, juega un rol central en la caída del régimen. Pese a las pocas apariciones y referencias que tenemos de ella en la narración, Cueto anticipa su protagonismo al explorar breve pero eficazmente su perfil psicológico.

El perfil psicológico de Mati exhibe una sutil y eficaz posición de poder: la de la falsa debilidad. Posición desde la cual conseguirá subvertir el poder. La idea de la subversión del poder la explica con gran claridad Peter Sloterdijk en su tratado filosófico *Crítica de la razón cínica* (1983), al utilizar el ejemplo del pueblo judío. Señala que los judíos comprendieron “el saber irónico que todo es pasajero, incluso los despotismos y los opresores y lo único que queda es el pacto del pueblo judío con su Dios” (347). Agrega que fueron ellos los que “descubrieron el poder de la paciencia, la debilidad y el suspiro” (347). Y para probar su idea, nos recuerda de cómo el pueblo judío pasó de ser el pueblo perseguido por los romanos al pueblo que cumplió un papel fundamental para que el cristianismo se convirtiera en la religión oficial del imperio.

El argumento histórico de Sloterdijk que ilustra a través de la relación entre pueblos y religiones la eficacia de la falsa posición de la debilidad para subvertir el poder, resulta de mucha utilidad para explicar el mismo fenómeno entre individuos en el universo de la novela.

Similarmente a lo que explica Sloterdijk, Mati ejerce su poder frente a

Montesinos desde la posición de la debilidad. Y es desde esta ventajosa posición que obra su traición a una figura que representa la corrupción. Veamos cómo la narración caracteriza al personaje a través de una exploración psicológica de éste, revelándonos la estrategia de su engañoso sometimiento y finalmente sugiriéndonos cómo los celos y la codicia la hacen que robe el video y lo venda.

Montesinos conoce a Mati en una reunión social, y desde el primer momento ella despliega una táctica efectiva para ganarse su confianza. Astutamente reconoció sus debilidades, carencias y por allí atacó: “Desde el primer día ella había intuido las rápidas carencias de su hermetismo, las claves de los candados de su personalidad, y había decidido enfrentarlo con una cariñosa agresión, el asalto de su calor amazónico a la nieve aparente de esa piel arequipeña [...] Un mes más tarde, [Montesinos] le propuso trabajar en su oficina, junto a su secretaria Maruja. Desde entonces había tenido la silla privilegiada de sus quejas y pedidos, el patíbulo humano de sus confesiones. [...] Prepárame un paquete de diez mil, de cien mil, de doscientos mil. Guardaba el dinero, vigilaba la ropa y programaba su agenda, pero sobre todo escuchaba. La sumisión era un instrumento de dominio infalible. Gracias a la estrategia de la sumisión se había posicionado sobre él. Lo había colocado entre sus piernas, había asumido los brazos vacantes de su madre. Guardaba las cuentas, distribuía su dinero. Había encontrado un lugar privilegiado, parada detrás de su asiento” (87-88).

Hasta este punto de la narración, no sabemos con claridad cuáles son las intenciones de Mati al haberse ganado la confianza de Montesinos. Es posible que buscara protección, pues sabemos que la justicia la perseguía por un delito de contrabando en un negocio de joyas, y que gracias a Montesinos se había archivado su caso. También es muy posible que buscara conquistarla sentimentalmente puesto que hay bastante evidencia que apunta a los celos que sentía de Jackie, la amante de Montesinos. “De todas sus tareas de madre la de ver a Jackie era el

verdadero suplicio que sobrellevaba en un silencio ruidoso. Soportar a Vladi con Jackie: su quijada, sus ojos de muñeca, sus tintes azulados, su voz en el teléfono. Se consolaba a solas. Él estaba enchuchado no enamorado de Jackie. La atracción que sentía por Jackie era antigua pero tendría un fin. Hacia ella en cambio sólo sentía dependencia. Era la necesidad de hablar, de confiarse, la gran madre” (88). Mati reconoce que aquello que la vincula a Montesinos es una dependencia psicológica de él hacia ella, dependencia casi maternal, que la misma Mati se ha ocupado de crear y sostener. Tal vez Mati esperaba que esta dependencia diera paso poco a poco a un amor conyugal y no se estancara sólo en ser su madre confesora. Como ello no ocurrió la frustración y celos en Mati empiezan a minarla, al punto que idea pequeños actos de venganza para aplacar sus celos. “Su esmerada venganza era escucharlo, modular su ansiedad, ofrecerle su silencio contra las agresiones de Jackie. Peinarlo era sellar un pacto. Le jalaba algunos de los pelos del costado, los estiraba sobre la cabeza, uno por uno, y los ordenaba antes de fijarlos con una laca. Montesinos ocupaba el mundo y cerca de él quedaba muy poco espacio. Ella – no Jacky—iba a ocuparlo” (88). Pero ella nunca ocupó exclusivamente ese espacio y por ello opera sus pequeñas venganzas psicológicas de no proveerle de buen consejo amoroso cuando éste le hablaba de Jackie y hasta llega a descargar pequeñas cuotas de dolor físico al jalarle el pelo mientras lo peina. Parece que estas pequeñas venganzas no logran ser suficiente válvula de escape para sus celos, y es por ello y probablemente también por una cuantiosa suma de dinero que recibiría a cambio, y no por una toma de conciencia ni afán justiciero, que decide sustraer el vídeo en que aparece Kouri recibiendo dinero de Montesinos en las oficinas del Servicio de Inteligencia Nacional. En la novela se desliza la presunta culpabilidad de Mati cuando después de que haya circulado el vídeo por los medios de comunicación Montesinos convoca a su círculo más cercano y pregunta: “¿Quién de ustedes me ha traicionado? [...] Algunos lo miran. Todos están allí. Todos menos Mati” (302). Entonces es el comportamiento de Mati motivado por los

celos y la codicia, y no por un deseo altruista, que trae como consecuencia, poco después de la difusión pública del video, la caída de la dictadura.

Gabriela es la protagonista de la novela. Gran parte de la narración se ocupará de contar su plan y realización de venganza. Al final del capítulo anterior he detallado un análisis del comportamiento de Gabriela. Ahora sólo expondré un resumen de éste.

Gabriela estaba al tanto de las constantes amenazas de muerte que recibía Guido por no obedecer al director del Servicio de Inteligencia Nacional. Luego, a través de la periodista Ángela Maro, Gabriela recibe el video de la ejecución de Guido, y sabe que Montesinos fue el que ordenó que torturaran y asesinaran a su futuro esposo, y que además lo difamaran en un periódico amarillista en el que explicaban el homicidio como un crimen pasional entre homosexuales. La visualización del video donde dos esbirros de la dictadura torturan y matan a Guido y la consecuente mancha de su honor con la publicación del periódico producen una carga emocional traumática en Gabriela cuyo único alivio será la venganza.

Para ello, Gabriela prepara un minucioso plan: renuncia al trabajo de profesora que tenía y se inscribe en un curso de secretariado en la academia Columbus a cargo de la Sra. Dorotea Pacheco (Doty). La academia, según la información de Ángela, es sólo la fachada de una suerte de agencia de reclutamiento de amantes para Montesinos. Para probar su lealtad y lograr ser la escogida entre las varias candidatas, Gaby se somete a varias humillaciones de Doty que incluyen agresiones sexuales. Poco después tiene un primer encuentro de corte erótico con Montesinos. Nota que como viene recomendada por Doty, nadie la cachea ni revisa antes de verse con él. En este encuentro juega el juego de la seducción, haciéndose la difícil, pero sometiéndose, halagándolo y dejándose halagar. Poco después tendrá un segundo encuentro pero esta vez irá armada.

Durante su segundo encuentro con Montesinos empuña la navaja que había escabullido y lo amenaza, lo insulta. Este acto no sólo representa el esperpento de que la novia de una de las víctimas de Montesinos haya burlado de esa manera la vigilancia del sistema de seguridad del Servicio de Inteligencia Nacional que el mismo Montesinos encabeza, sino que además se ha tomado la libertad y el placer de insultar al poderoso, y en su propia cara. Finalmente, el haberlo dejado vivo, pudiendo haberlo matado, es una humillación adicional.

Desde la posición de debilidad y sumisión Gabriela ha actuado impecablemente para ganarse la confianza de Doty y el deseo de Montesinos, y por ello ha conseguido lo que quiere, llegar al jefe de Inteligencia Nacional. Lo que la ha movilizado a esta acción no es un deseo altruista de acabar con el régimen dictatorial sino más bien una estricta venganza personal. Y es esta venganza personal la que la ha colocado en la posición de decidir sobre la vida o muerte de la cabeza del régimen. Insisto, la carga activadora de las bajas pasiones parece animar más que ningún otro móvil los intentos de acabar con el Fujimontesinsimo, y son de hecho las que más lejos llegan en la consumación de ese propósito.

Otro personaje que se mueve desde una posición de heroicidad discreta en torno a la resistencia contra la dictadura es Ángela Maro, redactora del periódico amarillista *El pata*. El periódico lo dirige Don Osmán y el contenido de su editorial político lo prefijan en el Servicio de Inteligencia Nacional. Los titulares llegan a la redacción todas las tardes, y sus redactores los desarrollan de acuerdo a las pautas de Don Osmán. El contenido suele ser siempre un trabajo de descalificación de los enemigos del régimen: políticos, militares disidentes, jueces, periodistas, etc. La novela nos presenta una breve reseña biográfica de la periodista a partir de la cual podemos extraer algunas pistas sobre la aparente contradicción de continuar en un trabajo que desaprueba.

Ángela proviene de una familia humilde de Ayacucho, ciudad de los Andes peruanos que durante la década de 1980 fue un foco importante de las operaciones del grupo terrorista *Sendero Luminoso*. Su padre era profesor de un colegio de primaria y en una visita de los terroristas al centro educativo intentaron forzarlo a que cantara e hiciera cantar a sus estudiantes himnos y consignas de dicho grupo. Como se resistió a ello, lo ejecutaron enfrente de sus estudiantes, y también ejecutaron a su hijo pequeño de ocho años que corrió en su auxilio. Después de esta experiencia traumática, la familia Maro emigró a Lima y la madre se hizo de una tienda de abarrotes. Las rentas de la tienda eran sumamente escasas por lo que Ángela y su hermano Beto también buscaron trabajo.

Resulta claro que la actitud del padre frente a los senderistas constituye un acto de heroicidad de naturaleza discreta, en tanto que ocurre en un lugar remoto del país y su valentía no alcanza difusión mayor que la de pervivir en el recuerdo de los estudiantes y de la familia del valeroso profesor. Su sacrificio es una muestra de resistencia ante el abuso del poder.

Me parece que la impronta que dejó el padre de Ángela en sus hijos influyó en el tipo de trabajo que ambos escogieron en Lima. Fue durante el gobierno bicéfalo de Fujimori y Montesinos que se acabó con más de diez años de guerra contra Sendero luminoso. Tanto Beto como Ángela servirán al propósito del gobierno que acabó con el grupo que asesinó a su padre y a su hermano. Beto lo hará como esbirro del gobierno, torturando y asesinando a los enemigos de éste, y Ángela desde una redacción editorial, desprestigiando a los disidentes del régimen. En la narración, él nunca se arrepentirá de lo que hace, pero ella sí cuestionará los límites de su trabajo de difamación.

Ángela Maro tiene una posición contradictoria respecto de su trabajo. Por un lado, alberga cierto agradecimiento con el gobierno de Fujimori, se siente en deuda con ellos y por tanto la amortiza con el desempeño de su oficio. Por otro lado, desde el principio de la novela la

redactora muestra su acumulada desazón con el contenido editorial de sus artículos. De camino a las oficinas del periódico, mientras viaja en autobús recuerda algunos titulares calumniosos que ha desarrollado: “‘Pituco Andrade se reía de los pobres’, ‘Toledo dice que será necesario bañar el Perú con ríos de sangre’” (32). Claramente asqueada de su labor de crear noticias falsas para descalificar a agentes que no apoyaban al gobierno, imagina su propia vida en un titular: “‘ÁNGELA MARO SE LOQUEA DE TANTA MIERDA Y SE PRENDE FUEGO’” (32). El narrador utiliza un recurso ortográfico, las letras mayúsculas, para resaltar la intensidad del malestar de Ángela, y el contenido del titular lo refuerza, alude al agobio insoportable de la periodista con la tarea que se le encarga cada día. Poco después llega a la redacción del pasquín la noticia del asesinato del juez Guido Pazos. Ángela junto con su fotógrafo Percy van al lugar de los hechos para cubrir la noticia. Al volver al periódico, Don Osmán le pide que redacte un artículo a partir del siguiente titular: “‘Juez chimbombo muere en crimen pasional’ [...] Tú ve como lo adornas bonito.” Lo que vio en el lugar de los hechos dista mucho de lo que le piden redactar. Atribuir la causa del asesinato de un juez que desafió a la dictadura a un crimen pasional de corte homosexual indigna a Ángela, y por primera vez interpela a su jefe sobre la veracidad de la noticia, “¿así fue?” (138).

Su disgusto en la sección política escala vertiginosamente. Hastiada de redactar tantas mentiras, le confiesa a su colega Consuelo que quisiera cambiarse a la sección de Farándula, “oye, la verdad que yo ya estoy harta de la política, oye” (228). Está harta de las difamaciones que elabora a diario, pero pese a ello continúa en su trabajo.

El punto de inflexión ocurre cuando Gabriela va al periódico a reclamar por las calumnias que habían publicado sobre Guido. El contacto visual de Ángela con la cara demacrada de Gabriela por el sufrimiento de haber perdido a su prometido, el valor de ésta de aparecerse en el periódico gritando, “Quiero saber quién es el concha su madre que dirige esta mierda” (142), y

seguidamente tirarle el periódico a la cara al director, Don Osmán, constituyen el detonante que obra en la periodista una toma de conciencia sobre el despreciable trabajo al que se dedica. Esa toma de conciencia la sacará de la pasividad con la que hasta entonces enfrentaba su malestar. A partir de ese momento pondrá en marcha un plan de ayuda a Gabriela,

Dentro del periódico, Ángela intentará obtener información referente a la autoría del asesinato de Guido para compartirla con Gabriela. La periodista le habla de su plan a Gabriela en una reunión en el café Génova de Petit Thouars. Gabriela, algo recelosa, cuestiona la motivación de la ayuda, pues la misma que redactó el titular descalificatorio sobre la muerte de Guido ahora está comprometida a ayudarla. A lo que Ángela responde, “eso que salió publicado me lo mandaron, yo no quería” (152). Luego intenta explicar por qué la ayuda: “Porque me da asco mi jefe. Y porque quiero hacer algo útil, no sé. Me siento muy mal en mi trabajo, verdad” (155). Las declaraciones de Ángela parecen sinceras y motivan la intervención de la voz del narrador quien intenta explicarlas: “quería hacer que por esta vez una muerte no quedara sin castigo [...] El juez Guido había resistido, había hecho lo que ella no podía, había mirado de frente a los Montesinos, a los Osmán Carranza de este mundo; era un ejemplo” (237). Es decir, hay un cambio genuino en Ángela, la deuda de agradecimiento con el gobierno ha sido saldada, y ahora se permite experimentar otros afectos, la mueve un aura justiciera, una suerte de deseo repentino de hacer el bien y ayudar a su prójimo. El sacrificio de Guido Pazos azuzado por la aparición de Gabriela en el periódico ha causado este efecto. No obstante, unas líneas después el narrador cuestiona en clave interrogativa sus primeras impresiones respecto de Ángela, “¿La ayudaba por eso?” (237) y presenta otra posible motivación, una más cínica y egoísta, acaso más acertada, y acota, “o era quizá por olvidar lo que hacía, escribir en ese diario y a cambio comprarse su dignidad, aceptarse a sí misma pasando retazos de las informaciones a Gabriela” (237). Las dos motivaciones que presenta el narrador no son incompatibles. Hay sin duda una

verdadera toma de conciencia en Ángela respecto de no querer seguir apoyando al gobierno asesino de Fujimori y Montesinos y ello se traduce en la ayuda que le brinda a Gabriela. Pero no es menos cierto que también la motiva el querer expiar su dignidad, y asistir a Gabriela en su plan de venganza parece satisfacer su deseo de ablución.

Como parte de su plan, Ángela intenta sonsacar información al director del periódico. Don Osmán frecuenta a varias personalidades del gobierno y está al tanto de las irregularidades que desde allí se tramam. Por tanto, es muy probable que sepa de los pormenores del asesinato de Guido. Para efectos de su investigación, Ángela acepta invitaciones a comer de su jefe, recibe de buena manera los coqueteos y avances de éste, y hasta accede a tutearlo. Durante gran parte de la narración, Ángela ha mantenido una relación estrictamente profesional con Don Osmán, sin haber accedido ni una sola vez a querer intimar más allá del contexto laboral. Pero algo ha cambiado. La firmeza de Ángela de repente se desvanece. Hay ahora una pulsión muy fuerte que la lleva incluso a ponderar el ofrecimiento de su cuerpo a cambio de la información prometida. Sin embargo, sus esfuerzos indagatorios por la vía de la seducción son infructuosos, puesto que Don Osmán no le dirá nada. La información que le proporcionará a Gabriela vendrá por otra fuente. Obtendrá los datos a través del novio de su colega Consuelo, el cual trabaja en el Servicio de Inteligencia Nacional. Consuelo, aparentemente movida por un genuino deseo de ayudar a Ángela y a Gabriela consigue la información de la academia de secretarias Columbia en la que Gabriela empieza a estudiar para tener acceso a Montesinos. Hasta aquí parece que el accionar de Consuelo es desinteresado, pero luego consigue el vídeo de la ejecución de Guido y se lo ofrece a Gabriela por 30 mil dólares. Lo que parecía una ayuda totalmente desinteresada termina siendo motivada también por un claro interés económico, un deseo de lucrar con la desgracia ajena. Está claro que el novio de Consuelo se está jugando la vida al sustraer el video del SIN, es un riesgo

calculado que asume correr, cuya motivación no es la búsqueda de la justicia sino más bien una oportunidad de ganar dinero.

Como he demostrado, el cambio de actitud de Ángela obedece, por un lado, a la toma de conciencia a partir del conocimiento de los detalles de la muerte de Guido y a haber presenciado en Gabriela el daño que sus calumnias son capaces de infligir. También, es probable que el germen de ese cambio se remonte al episodio de la ejecución de su padre cuya acción heroica de resistencia contra el abuso de poder haya querido emular. Por otro lado, hay que considerar que el afán de restablecimiento de su dignidad jugó un papel importante en ese cambio. Entonces, una combinación de razones egoístas y altruistas motivan en Ángela un accionar heroico, pero muy discreto, desde su pequeña posición de redactora de un periódico. Las acciones de Ángela, activadas por las motivaciones que sugiero son simplemente señales de resistencia a la dictadura, no determinan en sí mismas una amenaza al régimen. Serán relevantes en la medida que afectan a Gabriela: el video de la ejecución de su prometido Guido avivará su ira, la información sobre la autoría del crimen le servirá para sindicar a los victimarios y eliminar a uno de ellos, y por último, el conocimiento de lo que había detrás de la fachada de la academia de secretarías le ayudará a diseñar su plan de venganza para llegar a Montesinos. Al llevarlo a cabo, Gabriela tiene la posibilidad de matar al jefe del SIN, pero resuelve sólo insultarlo. “Cabro. Asesino de mierda [...] Vladi, asesino de mierda [...] ¿Vas a matarme o qué vas a hacer, maricón?” (288). Como expliqué en el capítulo anterior, es posible que la figura de la venganza por medio del asesinato haya adquirido otra dimensión, la de la humillación ¿No es acaso el estar allí con Montesinos, una burla humillante al sistema de seguridad del Servicio de Inteligencia Nacional? Y no se trata sólo del papelón que representa el hecho que la novia de una de las víctimas de Montesinos haya burlado de esa manera la seguridad, sino que se ha tomado la libertad y el placer de insultarlo en su propia cara. El haberlo dejado vivo, pudiendo haberlo matado, es una

humillación adicional. Es como demostrarle que se está por encima de él, como murmurarle al oído, “yo tengo el poder de perdonarte la vida pese a que tú no fuiste capaz de hacer lo mismo con Guido, asesino”.

Nuevamente, la acción de Ángela facilita la realización del plan de Gabriela, pero es esta última motivada por pasiones viscerales como la ira y la venganza la que sí pone en un verdadero peligro la estabilidad del régimen.

Curiosamente, al final de la novela, después de que Gabriela actuara exitosamente bajo el influjo de las bajas pasiones, ella misma nos ofrece una reflexión distinta sobre el valor del sacrificio de Guido y el padre de Ángela. Recordemos que al principio de la narración, Gabriela interpela directamente a su prometido y le reprocha que se forme en la carrera de juez en su deseo de salvar al Perú de la corrupción. Pues, ella cree que no servirá para cambiar las cosas. Al final de la obra, hay un cambio de estimación respecto del actuar de Guido. Gabriela parece sostener ahora lo contrario, le dice a Jorge, padre del juez Guido Pazos: “Nadie lo va a decir nunca pero yo creo que Guido con lo que hizo, con lo que resistió, o sea con ese poquito que aguantó y gente como él, yo creo que ayudó a cambiar las cosas, o sea yo creo que quien sea, quien sea que resiste un poco, en cualquier sitio, o sea el que se niega a aceptar la mugre que alguien le impone, ese tipo es el que ha cambiado algo, o sea es el que nos salva un poco” (326).

Luego habla del caso del padre de Ángela, el profesor del colegio de Ayacucho que no cedió a los pedidos de los terroristas de hacer cantar himnos de Sendero luminoso a los estudiantes y por lo cual lo ejecutaron, “Él sabía que lo podían matar, y sabía que seguro que nadie iba a acordarse de él pero sus alumnos iban a acordarse, eso es lo que le interesaba, y entonces no creo que haya dudado mucho ese señor, porque ése era su colegio, y era su pueblo, era su guerra”(326). Y en esa misma línea vertebrada el sacrificio del padre de Ángela con el de Guido y proyecta estos actos de heroicidad discreta como ejemplo para todos los peruanos,

agrega: “o sea esta es la guerra de todos nosotros, todos los días, y era la guerra de Guido y es la mía y la suya, es la guerra de ser nosotros, o sea no ser unos cobardes o unos asesinos o unos indiferentes de mierda [...] el hecho de que estemos vivos a lo mejor se lo debemos a alguna gente a la que no conocemos, o sea gente que hizo algún día algo como para parar a un terrorista o no obedecer a un corrupto, y a lo mejor si nosotros estamos aquí es por esa gente que hizo algo una vez y ahora esa gente descansa sola, nadie se acuerda de ellos, ¿no? La bondad nunca es pura, pero la bondad existe, ¿no cree?, existe en todas partes” (326-327).

¿Qué ha obrado en Gabriela para primero condenar la heroicidad de Guido y luego elogiarla?, ¿para resaltar la infructuosidad de su heroísmo y luego reconocer su utilidad?

Por lo expuesto hasta aquí, es innegable la utilidad de la ira en la realización del plan de venganza de Gabriela. No obstante, en el proceso de su cumplimiento abandona la ira y modifica su mirada respecto de afectos altruistas, ahora los aprueba. Para armonizar estas dos disposiciones humanas hemos tenido que esperar hasta las últimas páginas de la novela para que Gabriela aplaque su sed de venganza y regrese del trance de ira que la dirigía. Sólo entonces, desde una posición de cierta tranquilidad adquirida, es capaz de reflexionar sobre la utilidad social del sacrificio de Guido y el padre de Ángela.

Un aspecto de la heroicidad discreta en la novela gira en torno al altruismo. Las circunstancias particulares en las que este sentimiento surge en los personajes parece explicarlas con acierto el filósofo alemán especialista en teoría cultural, Heiner Mühlmann. Sus indagaciones versan sobre el efecto cultural que se produce en grupos humanos como consecuencia de experimentar situaciones límites. Entre estas situaciones resaltan los desastres naturales, gobiernos dictatoriales y en especial la guerra. Respecto de esta última, en su texto *The Driving Force of Cultures* sostiene que “la guerra tiene la característica diabólica de generar

sentimientos de altruismo y simpatía en el interior de un colectivo mientras que sus sentimientos de beligerancia se trasladan del interior al exterior” (9).

Varios de los personajes de la novela de Cueto han mostrado rasgos altruistas ante circunstancias similares a las que refiere Mühlmann. El caso más claro es el del padre de Ángela, que envuelto en la guerra contra *Sendero Luminoso* sacrifica su vida por dar un ejemplo heroico de resistencia a sus estudiantes. El resto de los personajes que luchan contra el régimen dictatorial de Fujimori y Montesinos también experimentan el altruismo de acuerdo a lo que sostiene Mühlmann, pero oscilan entre este noble sentimiento y las pasiones o motivaciones egoístas. Por ejemplo, a Guido Pazos lo mueve una férrea moralidad que no le permite corromperse en la guerra personal que libra contra Montesinos, pero también un deseo de reconocimiento por ser tal vez el único miembro del poder judicial que desafía al jefe del Servicio de Inteligencia Nacional. La ayuda de Ángela Maro a Gabriela contiene una gran cuota de solidaridad y cooperación pero también un claro deseo de recobrar su dignidad. Y finalmente Consuelo, se solidariza con Ángela y Gabriela y coopera con datos claves para dar con los asesinos de Guido pero también la aviva un deseo de lucro cuando vende el video del asesinato a treinta mil dólares.

En *Grandes miradas* Alonso Cueto diseña un esquema psicológico donde exhibe la simultaneidad de sentimientos egoístas y altruistas que operan en sus personajes al verse sometidos al poder y la corrupción. Por el desenlace de la trama se puede concluir que las motivaciones egoístas o pasiones viscerales que afectan a los personajes tienen un impacto más efectivo en el intento de desequilibrar al régimen Fujimontesinista. Pero también pone de relieve que el altruismo forma parte de las motivaciones con las que se resiste al poder dictatorial.

De la misma manera que Cueto en *Grandes miradas*, Vargas Llosa en *Cinco Esquinas* presenta personajes que resisten y desafían, discreta y heroicamente al poder autoritario de la

dictadura Fujimontesinista. En las novelas de los dos autores el motor que anima a los personajes son las pasiones, aunque matizadas por una cuota de altruismo. Ambos escritores problematizan el significado de la venganza dentro de un sistema corrupto, que abusa de la legalidad para beneficio de los poderosos que lo sostienen, y deja a sus ciudadanos fuera de la protección de la justicia.

El primer acercamiento literario de Vargas Llosa al decenio de Fujimori, lo hace de manera indirecta y casi imperceptible en *La fiesta del Chivo* (2000). Aunque esta novela relata los entramados de los usos y abusos del poder en la República Dominicana del dictador Rafael Leónidas Trujillo, existen elementos en la novela que evocan episodios de lo que pasaba en el Perú de Fujimori. Esta afirmación será objeto de un estudio aparte, pero quisiera adelantar lo siguiente.

Después de perder las elecciones en 1990 Vargas Llosa prefiere mantener silencio respecto del acontecer político de su país. Sin embargo, después del autogolpe que se infringe Fujimori el cinco de abril de 1992, Vargas Llosa se embarca en una campaña crítica sostenida contra el recién inaugurado dictador y su asesor Vladimiro Montesinos. Denuncia la vía antidemocrática y las formas de corrupción con las que se están conduciendo al país. La escritura y publicación de la *Fiesta del Chivo* coincide con los últimos años del Fujimorato, y algunas de las dinámicas dictatoriales de la República Dominicana de Trujillo se parecen a las del Perú de Fujimori. Por ejemplo, el control de algunos medios de comunicación escritos y la adhesión de intelectuales y políticos a la causa del régimen a cambio de prebendas. Por tanto, no es de sorprender que Vargas Llosa tuviera siempre presente la actualidad del Perú mientras escribía su novela, y que la realidad peruana salpicara el proceso de invención. Es así como se entiende que un personaje de la *Fiesta del Chivo*, Henry Chirinos, apodado el Constitucionalista Beodo, recuerde al abogado constitucionalista, intelectual y parlamentario peruano Enrique Chirinos

Soto que colaboraba en la campaña política de Vargas Llosa, y una vez perdidas las elecciones se pasó a las filas de Fujimori. En el gobierno se dedicó a maquillar de aspecto legal los entramados de corrupción del legislativo y ejecutivo. Parece que esta traición de Chirinos Soto decepcionó sobremanera a Vargas Llosa porque en la descripción del personaje Henry Chirinos de su novela, no se ahorró adjetivos que resaltaran la fealdad y aspecto desprolijo del abogado y su dudosa catadura moral.

Es también posible que en esos tiempos, Vargas Llosa deseara vehementemente novelar el decenio de Fujimori pero era consciente que la proximidad temporal no habría permitido el enfoque correcto que sólo se consigue con el distanciamiento. Sobre esto último, en su reseña a *Grandes miradas* de Cueto, el autor explica: “Es muy difícil escribir una novela comprometida con una actualidad política tan cercana como *Grandes miradas* sin que ella parezca en muchas páginas más reportaje que ficción, aun en aquellos personajes o sucesos visiblemente inventados que, por vecindad y contaminación, tienden a imponerse al lector también como tomados de la historia reciente y apenas retocados. De otro lado, los grandes gerifaltes de la dictadura, Fujimori y Montesinos, están todavía demasiado próximos y con unas biografías aún haciéndose, lo que es un obstáculo mayor para convertirlos en personajes de ficción, es decir, para que un novelista los deshaga y rehaga con absoluta libertad, transformándolos de pies a cabeza en función de las necesidades exclusivas de la historia novelesca” (“Contra la amnesia”).

Es por ello que Vargas Llosa se tomó dieciséis años, una distancia temporal prudente, teniendo también en cuenta la edad del autor, ochenta al momento de la publicación de la novela, para finalmente embarcarse en la tarea de novelar esta etapa de la historia política peruana.

Dicho esto, en *Cinco Esquinas* Vargas Llosa relata alternadamente la historia del empresario Enrique Cárdenas y la periodista Julieta Leguizamón, apodada la Retaquita. Ambos personajes personificarán un heroísmo discreto al resistirse a diferentes tipos de abuso de poder.

El empleador y mentor de Julieta es el inescrupuloso periodista, Rolando Garro, director del pasquín amarillista, *Destapes*. Garro intenta chantajear a Enrique con unas fotos de una orgía en la que él ha participado, pero el empresario no cede al chantaje. Al publicarse las fotos Enrique vive una crisis con su esposa Marisa, pero gracias a una transgresión de tipo sexual de ésta con una amiga, la pareja consigue reconciliarse. El pasquín tiene el auspicio de Montesinos y le había prohibido expresamente a Garro la publicación de esas fotos. La desobediencia de Garro le costará la vida. Montesinos ordena su asesinato. Julieta cree que Enrique es el responsable de la muerte de su jefe y lo denuncia ante las autoridades. Montesinos cita a la Retaquita, la obliga a retirar la denuncia, le confiesa el porqué mató a Garro y le ofrece el puesto de dirección del periódico a cambio de una considerable suma de dinero. Ésta finge aceptar la oferta pero al final revela información confidencial de Montesinos que será el detonante de la caída del régimen dictatorial.

El ideal de resistir heroica y discretamente al poder autoritario de la dictadura es una constante en varios de los personajes de las dos novelas. La deuda de *Cinco Esquinas* con *Grandes miradas* no es menor. Vargas Llosa en un gesto de reconocimiento de esta deuda le dedica la novela a Alonso Cueto. Asimismo, en un artículo de *El País* del 11 de enero del 2004 había reseñado la novela de Cueto y en él señala la heroicidad de Ángela Maro y Guido Pazos al referirse a su actuar como “algunos heroísmos secretos de aquellos seres [...] que, según la tradición bíblica, son tan puros y tan íntegros que bastan para redimir los pecados de toda su sociedad” (“Contra la amnesia”). Y también alude exclusivamente a la heroicidad de la periodista al explicar que “La dictadura de Fujimori [...] no tuvo necesidad de apoderarse de los diarios, las radios y los canales (lo hizo sólo con uno): le bastó corromper a sus dueños y a un puñado de periodistas, asustándolos o comprándolos, y de este modo, salvo unas publicaciones para las que sobraban los dedos de una mano, tuvo a una prensa dócil, ciega y sorda, o

abyectamente servil. Con la excepción de una humilde redactora, Ángela, a la que un sobresalto ético [...] convierte en justiciera, todos los periodistas de diarios y televisión que circulan por el libro de Alonso Cueto producen náuseas” (“Contra la amnesia”). En la parte introductoria de este capítulo ya he referido que Vargas Llosa en un primer momento de análisis llama a este comportamiento heroicidad secreta, pero luego, casi una década después, en su ensayo *La sociedad del espectáculo* (2012), expande esta idea y la denomina heroicidad discreta que refiere a los ciudadanos que “resisten la apatía y el pesimismo, y demuestran con su discreto heroísmo que la democracia sí funciona” (141).

En base a estos juicios valorativos de Vargas Llosa sobre *Grandes miradas* y considerando la trama de la misma, Efraín Kristal en sus apuntes finales de *Tentación de la palabra* reconoce con mucho acierto que Ángela Maro, personaje de Cueto “es el antecedente literario de la Retaquita de *Cinco Esquinas*” (462). Sin duda lo es en relación al oficio al que se dedica. Ambas trabajan de redactoras para publicaciones amarillistas alineadas con el gobierno; Ángela lo hace para el periódico *El Pata* y la Retaquita para la revista *Destapes*. También coinciden en relación a la toma de conciencia que experimentan y a partir de la cual ejercerán una resistencia al poder desde su posición ciertamente discreta.

La heroicidad discreta de Enrique consiste en resistirse al chantaje de Garro, prefiere no ceder ante la corrupción aunque esto conlleve la deshonra de su nombre. Como bien señala Kristal este acto de resistencia de Enrique ocasiona un desencadenamiento de eventos que terminan por tumbarse al régimen de Fujimori. Aunque este proceso ocurre casi de manera rocambolesca, sí existe una relación entre su heroísmo discreto y el fin de la dictadura.

En el caso de la Retaquita hay una relación directa entre su actuar y la caída del régimen. Julieta experimenta una toma de conciencia respecto del trabajo sucio que realiza en el semanario, y aparentemente como consecuencia de ésta se inclina a denunciar públicamente las

fechorías de Montesinos. Este aspecto de su decisión lo podríamos considerar como un acto altruista. No obstante, media otra gran motivación, acaso más fuerte que la toma de conciencia, el deseo de vengar la muerte de su jefe y mentor, Rolando Garro.

Es importante notar que en esta empresa de venganza es donde se exhibe en toda su dimensión el perfil psicológico de la Retaquita, cuya caracterización, a mi parecer, consiste de una amalgama de su antecesora Ángela Maro y otros dos personajes de *Grandes miradas*: Mati y Gabriela. Por ello, se advierte que la personalidad de la Retaquita es de una complejidad mayor que la de Ángela y no sorprende que su rol en la novela de Vargas Llosa sea bastante más protagónico que el de su homóloga en la de Cueto.

Tanto Ángela como Julieta resisten al abuso institucional como redactoras de un pasquín pero lo hacen de maneras diferentes. Ángela lo hará recopilando información relevante para el plan de venganza de Gabriela y la Retaquita haciendo público una grabación de Montesinos en la que confiesa sus crímenes. Las dos tienen una motivación adicional a la toma de conciencia, una motivación más visceral que altruista. Ángela desea restablecer su dignidad y Julieta vengar a su jefe. El trabajo de resistencia de Ángela tiene un impacto de menor trascendencia en la caída del régimen. El de Julieta, en cambio, será decisivo. Las dos periodistas provienen de un sector social bajo. Ángela se ocupa de su trabajo por una necesidad alimenticia y da claras muestras, como ya lo he demostrado líneas arriba, que no le gusta lo que hace y hasta expresa que le da asco su jefe. Julieta, por el contrario, admira al suyo, está encantada con sus labores, pues encuentra un serio disfrute al ventilar las vergüenzas de la gente. Tal vez por ello, la toma de conciencia respecto de la vileza de su oficio sea más estimable que la de Ángela. Hay pues en la Retaquita una suerte de cambio de espíritu, un enderezamiento moral.

Para entender el deseo de venganza de la Retaquita hay que examinar la proximidad afectiva entre ella y Garro. Ésta consiste de varios puntos en común y se demuestra a través de la indagación en la biografía de los dos personajes.

Julieta Leguizamón proviene de un origen muy humilde. No conoció a su madre y el narrador sugiere que la abandonó. Su padre, un hombre muy introvertido nunca dijo palabra sobre ella. Él era emolientero, es decir vendedor ambulante de refrescos calientes. Una profesión que dejaba unos ingresos miserables. También era analfabeto pero se esforzó porque su hija fuera al colegio para que con algo de instrucción se pudiera ganar la vida mejor que él. Desde los tiempos del colegio ya mostraba una predisposición para el periodismo amarillista. Mientras que sus amigos publicaban artículos sobre los héroes nacionales en el periódico mural de la escuela, Julieta se dedicó a indagar en la intimidad de todo el plantel y en sus publicaciones “se limitó a contar los chismes y rumores más escabrosos que corrían sobre alumnas y profesores [...] como poner en duda la hombría de un varón o la femineidad de una mujer” (93-94). La amonestaron por estas publicaciones y aunque dejó de hacerlas en el colegio, continuó su labor investigativa fuera de él. Como era tan astuta, se hacía pasar como periodista de importantes semanarios y periódicos y así accedía a entrevistar a personajes de la farándula limeña “extrayéndoles con su vocecita de niña ingenua [...] toda una información marcada naturalmente por una suspicacia mendaz y una intuición sin fallas para lo morboso, pecaminoso y mal habido que le eran congénitas” (94). De esta manera conseguía grandes confesiones además de infidencias de unos contra otros, información que convertía en artículos y que posiblemente vendía al mejor postor. Ofreciendo sus historias “llegó a *Destapes*, así había conocido a Rolando Garro y así se había convertido en la reportera estrella del semanario y discípula dilecta del periodista más afamado del país en materia de infidencia y escándalo” (94).

Rolando Garro también proviene de un origen humilde. Su madre lo abandona en un hospicio cuando era un bebé. Luego, una familia de bajos recursos lo adopta y cuando estaba en el último año de la secundaria le confiesan que era adoptado. Rolando reacciona robándose los ahorros de sus padres y desapareciendo de sus vidas para siempre. Empieza a trabajar en el periódico amarillista *Última Hora* y en poco tiempo sus inclinaciones innatas hacia el periodismo de chismes lo ayudan a ascender. Alcanza cierto éxito y tiene a un gran público que “seguía encantado, las revelaciones que hacía, acusando de maricas a cantantes y músicos, sus exploraciones morbosas de las intimidades de las personas públicas” (59). No obstante, las revelaciones eran de tal magnitud escandalosa que lo echaban de los periódicos, radios y canales de televisión donde trabajaba y siempre andaba lidiando con procesos judiciales. En consecuencia, su vida oscilaba entre cortos periodos de éxito económico y largos de carestía durante los tiempos de desempleo. Luego formó su revista *Destapes*, en la que gozó de una sostenida holgura económica gracias al auspicio de Montesinos, tal como lo sugiere la narración: “*Destapes* duraba ya tres años, le iba bastante bien ahora, se decía que gracias al Doctor, quien según los rumores, se había convertido en mecenas del semanario, el amo secreto de su existencia más bien marginal” (60).

La Retaquita y Rolando Garro tienen un origen socioeconómico similar. Parece que los dos han padecido el abandono de sus madres y también han vivido miserias. Tal vez por ello albergan un resentimiento social que se manifiesta en un gusto morboso por investigar y divulgar la intimidad de la gente que perciben por encima de ellos. Es en este contexto que el narrador especula sobre el carácter de la Retaquita, en lo que refiere a su entusiasmo por exhibir las vergüenzas ajenas: “Sacarlas a la luz le producía una satisfacción profesional e íntima. Le apasionaba hacerlo e intuía, de manera un tanto confusa, que haciendo lo que hacía se vengaba de un mundo que había sido siempre tan hostil con ella y con su padre” (92).

Este tipo de resentimiento tiene resonancias con el de Cayo Bermúdez en *Conversación en La catedral* (1969). Al igual que la Retaquita, Cayo proyecta un resentimiento social hacia una clase a la que no puede acceder. Pese a ser el director de Seguridad del Estado de la dictadura de Odría, es decir el que determina a su sola discreción quienes son los amigos y enemigos del gobierno, la oligarquía peruana no lo admite en su círculo social. El mismo Cayo reflexiona al respecto: “No me consideran su igual estos hijos de puta, me adulan porque me necesitan” (667).

Para aplacar su resentimiento urde varias humillaciones contra los miembros de la oligarquía, siendo la más memorable la que ejerce contra Fermín Zavala. Su hijo, Santiago es detenido por afiliación al partido comunista y por conspiración contra el gobierno. Cayo cita a Fermín en su oficina y demora con preámbulos y explicaciones la liberación de su hijo. Fermín desespera y Cayo consigue extraerle una disimulada súplica y sólo entonces libera a Santiago.

Aparte de esta dinámica de resentimientos sociales que buscan mitigarse a través de humillaciones presente en las dos novelas de Vargas Llosa, el medio en el cual se manifiesta está dentro o muy cerca de un gobierno infectado de todo tipo de corrupciones. En el caso de *Conversación en la Catedral* dentro del mismo gobierno de Odría y en el caso de *Cinco Esquinas* en las oficinas de un periódico que sirve los intereses de Montresinos.

Por lo expuesto hasta ahora de la Retaquita, se puede intuir que Garro se reconoce en ella, en su origen humilde y su pasión desmedida por el amarillismo: “Era una periodista nata y de su misma estirpe, capaz de matar a su madre por una primicia, sobretodo si era sucia y escabrosa” (56). Razón por la cual no vacila en contratarla en el periódico y asignarle grandes responsabilidades. Como el encargo de un artículo descalificatorio en perjuicio de una actriz apodada la tuerta. Garro quiere destrozarse la imagen de la actriz por haber hablado mal de *Destapes* en una entrevista televisiva y le asigna la tarea a Julieta: “Su artículo sobre la tuerta

sería genial y letal porque la Retaquita adoptaba siempre como suyas las fobias y filias de su director” (56). El artículo fue un éxito porque en sus pesquisas averiguó datos contundentes para desprestigiarla: “es falso que fuera cantante y bailarina profesional en México [...] Se ha hecho dos abortos con una comadrona muy popular [...] la Limbómana. Y, lo mejor de todo, una hija de la tuerta está en la cárcel por tráfico de drogas” (55).

Julieta se convierte en la redactora predilecta de Rolando Garro y él se constituye como el rol modélico a seguir de la joven periodista. Además, le había dado trabajo y en el desempeño de éste, ella había encontrado el espacio donde poner en marcha su vocación. Es de entender entonces que Julieta apreciara mucho a su jefe y le agradeciera por la oportunidad brindada, y así nos lo recuerdan algunos pasajes de la novela: “La Retaquita profesaba a Rolando una devoción perruna” (55). “Su maestro había sido Rolando Garro y por eso le tenía una lealtad a toda prueba” (92). El agradecimiento de Julieta se traduce en una admiración suprema, en una suerte de culto hacia su mentor que el narrador complica un poco más al sugerir en clave interrogativa que: “¿Estaba enamorada de él? En la redacción de *Destapes* le hacían bromas al respecto, y ella lo negaba con tanto énfasis que todos sus compañeros de trabajo estaban seguros que sí” (92). Más adelante en la narración esta sugerencia se confirma a través de una introspección en los pensamientos de Julieta y se devela que Garro no sólo era su jefe y maestro sino “su amor secreto también. Pero, eso no lo sabía nadie, sólo ella, y lo guardaba muy en el fondo de su corazón” (173). La carga afectiva de la Retaquita es de variada composición: lealtad y devoción en grado sumo y también enamoramiento. Con lo cual, resulta fácil deducir que, al enterarse del asesinato de su jefe, su dolor haya sido inmenso y que lo haya querido mitigar vengándose.

La desafortunada osadía con que lleva a cabo su inteligente plan de venganza contra dos hombres muy poderosos del Perú, primero contra el millonario Enrique Cárdenas y luego contra

el jefe de Inteligencia Nacional, Vladimiro Montesinos, se entiende, en menor medida, por una temeridad connatural pero sobre todo por ese coctel afectivo con el que lo alimenta.

Un pasaje que ilustra su innata temeridad se da en el contexto de la obscena práctica del punteo de pasajeras de autobús. Julieta siempre llevaba consigo una aguja hipodérmica con la cual amenazaba a los varones que se colocaran detrás para frotarse. Una vez le clavó la aguja en la bragueta a un mulato enorme y terminaron los dos en la comisaría. La dejaron ir al descubrir que era periodista, por miedo a que desprestigiara a la institución policial. La Retaquita, tal como lo sugiere su apelativo, era de muy baja estatura pero muy valiente, carácter que admiraba Garro y también Montesinos. Y la seña más concluyente de su temeridad es su atrevimiento a desafiar a Enrique y a Montesinos.

El móvil principal del actuar de la Retaquita es la venganza, y la visualización del cadáver de su mentor activan la ira y temeridad que la impulsan a su realización. Después de mandar matar a Garro, Montesinos hace que la policía la conduzca a la morgue para reconocer el cadáver destrozado de su jefe. Como consecuencia, a Julieta le sobrevino “una pena profunda, desgarradora, recordando lo que había visto en la morgue: lo que quedaba de Rolando Garro” (171). Aunque Montesinos no la conoce en persona, sabe de ella y de su talento para investigar la intimidad de las personas y para escribir artículos descalificatorios. La quiere en sus filas, quiere que continúe con *Destapes*, herramienta esencial de la propaganda del régimen. Es por ello que esa visita a la morgue es una artimaña para intimidarla, para que cuando en el futuro le confiese que él mandó a asesinar a Garro y luego le proponga continuar con el semanario, ella sepa que así puede terminar también si lo desobedece.

Es interesante observar que la manera en que se activan la ira y la temeridad de la Retaquita parece una reproducción de la manera en que se activan las de Gabriela en *Grandes miradas*. Ambos autores recurren al shock visual de las dolientes al exponerlas al cuerpo

lacerado de sus seres queridos. La Retaquita lo hace verificando la identidad del cadáver de Garro y Gabriela a través del video de la tortura y ejecución de Guido. Estas visualizaciones enajenan los corazones de las dos mujeres y azuzan su plan de venganza, cuyas dinámicas de ejecución son bastante similares.

Julieta está convencida que Enrique mandó asesinar a Garro porque éste publicó las fotos de la orgía que protagonizaba el ingeniero millonario, y le quiere hacer pagar por ello.

Asimismo, teme por su vida, pues sabe que ella era la segunda a cargo del periódico y que a lo mejor vendrían por ella también. Desconcertada no sabe qué hacer para mantenerse a salvo pero en un destello de prudencia, recuerda las sabias palabras de su mentor: “Pero no era eso algo que le había enseñado su maestro, algo que él había practicado muchas veces en la vida, lo de a grandes males grandes remedios” (182). El remedio que concibe es denunciar a Enrique. Así se sentiría segura, algo protegida contra posibles ataques contra ella, porque esta denuncia le daría mucha publicidad en los medios y por ello declara: “Si me atropella un auto o un borracho me chanca la cabeza contra el pavimento, ya saben ustedes qué mano estará detrás de mi muerte: la misma que pagó al sicario que asesinó con tanta crueldad a mi jefe, maestro y amigo Rolando Garro” (225). Y lo consigue. Al poco tiempo arrestan a Enrique y lo hacen pasar una temporada en la cárcel. La Retaquita ha logrado mantenerse a salvo y también vengarse de quien ella cree es el asesino de su maestro.

Poco después del arresto de Enrique Cárdenas, Montesinos hace detener a Julieta por miembros de Seguridad del Estado y hace que la lleven a conocerlo. De camino al encuentro con él sospecha lo peor. Piensa: “¿La torturarían? Recordó que en alguna parte, había leído que a unos militares que conspiraron contra Fujimori, el Doctor les había hecho inyectar el virus del sida. Sintió que unas manchitas de pis le manchaban el pantalón” (227). Al llegar, Julieta está aterrada y Montesinos sin decir palabra la observa con detenimiento: “era él, sin la menor duda,

y la observaba intrigado, inspeccionándola con total desfachatez, como si ella no fuera un ser humano sino un objeto o un animalito” (228). Julieta percibe esta conducta como una humillación, y lo es sin duda, pero es también el método de escrutinio típico del Doctor: secuestrar, observar, colocarse por encima de la ley, por encima de todos los demás ciudadanos. Después de su examinación visual queda marcadamente asombrado por la discordancia entre una personalidad de una valentía admirable, recordemos que Julieta había denunciado a uno de los hombres más poderosos del Perú, y una apariencia física tan minúscula: “Me parece mentira que, con lo chiquita que eres, tengas unos huevos tan grandes, unos ovarios tan grandes quiero decir” (232). Seguidamente, Montesinos le asegura que Enrique no mandó matar a Garro, le pide que retire la denuncia y le propone que dirija el periódico *Destapes*, para así continuar desprestigiando a los enemigos del régimen. Eso sí, le advierte sobre la agenda del semanario: “yo te diré a quién hay que investigar, a quién hay que defender y, sobre todo a quién hay que joder [...] joder a quienes quieren joder el Perú” (243).

Después de una larga conversación con el Doctor sobre algunos detalles de la muerte de Garro, se instila en Julieta la fundada sospecha que Montesinos es el asesino de su jefe y se encuentra en la disyuntiva de denunciarlo o aceptar la propuesta de dirigir el semanario y hacerse rica.

La Retaquita termina por aceptar la oferta pero nunca descarta la posibilidad de denunciarlo. Es muy posible que Montesinos sospechara de esta contingencia y por ello en cada una de las siguientes reuniones le recalca: “Yo lo único que pido a mis colaboradores es lealtad” (245). El narrador acota que era la décima vez que repetía la misma frase. La insistencia devela las altas expectativas, acaso obsesión, respecto de la lealtad que espera de sus colaboradores más cercanos. La Retaquita ya había editado y publicado varios artículos en *Destapes* a la medida de las demandas de Montesinos, y para tranquilizarlo apela a los hechos y le replica: “No sé a qué

viene eso Doctor [...] Yo creo que estoy cumpliendo muy bien con usted. Es lo que más me importa, le aseguro. Que usted esté contento con mi trabajo” (246). Finalmente, Montesinos en clave admonitoria sentencia: “Viene a que no quisiera nunca que pasara contigo lo que le pasó a Rolando Garro” (246). Esta última advertencia toca ciertas cuerdas afectivas de Julieta puesto que le recuerda la visualización del cadáver destrozado de su jefe. Este intento de intimidarla resulta ser un acto de provocación que sitúa cada vez más cerca a Julieta de la ejecución de su plan de venganza.

Julieta se ha ganado la confianza de Montesinos y éste resuelve confesarle que fue él el que ordenó la ejecución de Rolando Garro y le explica las razones: “Con el poder no se juega, amiguita. Las cosas son siempre, al final, de vida o muerte cuando está en juego el poder [...] Haciendo lo que le prohibí, chantajeando a ese millonario, me comprometió [...] pudo traerse abajo todo lo que he construido, hundirme, acabar conmigo. ¿Te das cuenta? Tuve que hacerlo, con el dolor de mi alma” (251). Las explicaciones justificativas de Montesinos no la convencen en lo absoluto. Parece que su sentimiento de lealtad a Garro es más fuerte que el de su beneficio personal. Si Julieta ya sopesaba vengarse del Doctor, esta confesión la precipitó inexorablemente a la consumación de su plan.

Durante las varias reuniones que mantuvieron, Montesinos le confiesa a Julieta crímenes cometidos por el régimen, actos de corrupción, el asesinato de Garro por desobedecer órdenes y la inculpación por ese crimen a un anciano esclerótico, un tal Juan Peineta, y otras fechorías más. Las confesiones de Montesinos no obedecen a una suerte de arrepentimiento sino que tienen el propósito de convertirla en cómplice, pues ahora Julieta cuenta con unos ingresos muy cuantiosos gracias al Doctor, y en principio le conviene callar y seguir disfrutando de ellos.

La Retaquita sabe guardar el secreto pero es un silencio calculado como será todo lo que hace desde que empieza a dirigir *Destapes* para Montesinos. Como es de esperar, guarda un

resentimiento en contra del Doctor, y reconoce en la proximidad que mantiene con él y en la dirección del semanario la ocasión perfecta para su inteligente plan de venganza.

Respecto de la aguda inteligencia de aquellos bajo el influjo del resentimiento, Nietzsche en *La genealogía de la Moral* (1887) nos ilustra con algunas consideraciones psicológicas respecto del hombre del resentimiento. Afirma que éste “entiende de callar, de no olvidar, de aguardar, de empequeñecerse y humillarse transitoriamente. Una raza de tales hombres del resentimiento acabará necesariamente por ser más inteligente que cualquier raza noble, venerará también la inteligencia en una medida del todo distinta: a saber, como la más importante condición de existencia” (11). Similarmente a lo que plantea Nietzsche, Julieta da muestras de mucha inteligencia al disimular sus afectos y fingir lealtad absoluta a Montesinos. Como parte de este artificio se esfuerza en cumplir fehacientemente las instrucciones en cuanto a manchar la honra de los enemigos del Perú. Cabe destacar la formidable difamación de un disidente, un tal Arrieta Salomón por cuyo trabajo Montesinos le agradece de la siguiente manera (al leer la columna): “Maricón y violador al mismo tiempo. ¡Excelente! Quedará peor que un gargajo de tísico. A ver si entiende el aviso y para de joder” (261).

Montesinos se ha creído a pie juntillas la lealtad de la Retaquita y ella ha identificado esta actitud: el tirano ha bajado la guardia. Lo que el Doctor no sabe es que desde la segunda reunión que tuvieron, ella llevaba en el escote un grabador con el que registró cada una de las revelaciones incriminatorias que le confiaba.

Julieta está decidida a utilizar esas pruebas para denunciar a Montesinos. Hay un aliciente adicional a su deseo de venganza que influye también en su decisión. Se trata de una toma de conciencia respecto de su gestión en el semanario. Después de escribir el artículo difamatorio contra Arrieta Salomón, Julieta reflexiona sobre su papel en el mantenimiento del régimen dictatorial. Esta reflexión se nos presenta a través de un diálogo con su fotógrafo Ceferino. En el

parlamento de Julieta se reconocen como: “los vómitos, la diarrea del gobierno, su muladar. Le servimos para tapar de mugre la boca de sus críticos, y sobre todo, la de los enemigos del Doctor. Para convertirlos en basuras humanas, cómo él dice” (276). Al igual que Ángela en *Grandes miradas*, Julieta termina por sucumbir ante la avalancha de mentiras con las que tiene que difamar a los enemigos del régimen. En esta recapacitación entiende que a los que difama no son los enemigos del Perú sino más bien los de la dictadura y en especial los enemigos personales de Montesinos. La toma de conciencia de la Retaquita, aunque influye, no determina el acto de denuncia de las fechorías del Doctor, lo que sí lo determina es el incontenible deseo de vengar a su jefe.

Como ya mencioné líneas arriba es precisamente en el planeamiento y ejecución del plan de venganza de la Retaquita donde observamos cuánto de la caracterización de este personaje de Vargas Llosa proviene de los perfiles psicológicos de los personajes de Cueto: Ángela, Mati y Gabriela. Ya expliqué la conexión entre Julieta y Ángela en torno a la profesión: periodistas alineadas con el amarillismo que experimentan una toma de conciencia respecto de su oficio. Ahora procederé a explicar la conexión de la Retaquita con Mati y Gabriela.

El comportamiento de Julieta, Mati y Gabriela encajan dentro de las consideraciones sobre el resentimiento de Nietzsche en cuanto a lo que refiere a la humillación transitoria y a un despliegue de inteligencia superior. Es decir, la humillación adquiere una existencia pasajera y se tolera sólo mientras se prepara el inteligente plan de venganza. También encajan en las consideraciones de Sloterdijk respecto de la engañosa posición de la debilidad y la paciencia como medios efectivos para enfrentarse al poder. Además, veremos que el móvil predominante que las mueve es el ejercicio de pasiones viscerales más que actos altruistas.

Tanto Mati como Julieta Leguizamón traicionan a Montesinos. Las dos han sabido identificar las claves de acceso a su confianza a través de un minucioso sondeo de sus carencias

y apetencias. Mati ha suplido el papel de madre, escuchando sus quejas, aconsejándolo en su vida amorosa y consolándolo con caricias maternas. Julieta ha reconocido la vital importancia que el Doctor atribuye a la lealtad, y en el desenvolvimiento de su trabajo se ha esforzado por imitar verosímelmente esta cualidad. En el ejercicio de este teatro las dos se han humillado transitoriamente ante Montesinos y han fingido una posición de temor y debilidad ante él. Mati, que estaba enamorada del Doctor, ha tenido que soportar los relatos amorosos de éste con Jackie. Ha tenido que contener los celos y mantener la compostura para así continuar su trato de privilegio. La Retaquita ha tenido que tragarse la ira cada vez que estaba enfrente del asesino de su mentor, e inclusive ha cumplido sus demandas satisfactoriamente desde la redacción de *Destapes*. Gracias a su incansable esfuerzo las dos han conseguido que el Doctor les confíe secretos criminales de Estado cuya revelación precipitará la caída de Montesinos y consecuentemente del régimen dictatorial en el universo narrado de las dos novelas. La motivación de Mati para traicionar al doctor son los celos y la codicia. Ella vende a una canal de televisión un video en el que se registra el soborno del doctor a Alex Kouri. La motivación de la Retaquita es la venganza.

Un elemento que identifica a Gabriela con Julieta es la templanza con la que ambas soportan la humillación para lograr su objetivo. La humillación de Gabriela ante la señora Pacheco, permitiéndole varios avances sexuales para así poder llegar al hotel que frecuenta Montesinos es similar a la humillación que atraviesa la Retaquita sirviendo con eficacia los intereses del asesino de su jefe y mentor. Pero las dos soportan pacientemente porque aspiran a un resultado mayor, que justifica la humillación, y que consiste en esperar a que el tirano baje la guardia para acabar con él.

Otro elemento que las vincula es la temeridad con la que actúan cuando llegan a estar frente a Montesinos. El *modus operandi* es muy semejante: ambas burlan la seguridad del

Servicio de Inteligencia Nacional y escabullen instrumentos que amenazan la integridad del Doctor. Gabriela escabulle un cuchillo para matarlo, y aunque pudo hacerlo, se limita a humillarlo. La Retaquita escabulle algo visualmente menos peligroso, no es un arma blanca, es un grabador cuyo contenido en formato de script publicará en *Destapes*, y ello significará la muerte política de Montesinos, la apertura de un proceso penal en su contra y la posterior caída del régimen.

Las dinámicas del plan de resarcimiento de Gabriela y Julieta son casi idénticas. Tenemos a dos mujeres sumamente osadas, capaces de aguantar lo indecible con tal de vengar la muerte de su ser amado. Además, se enfrentan al mismo poderoso asesino. Viendo los resultados de la osadía de cada una, queda claro que la Retaquita ocasiona un daño considerablemente mayor que el de Gabriela. Sobre la proporción de este daño mayor, Enrique, el otro héroe discreto de la novela de Vargas Llosa, reflexiona: “Esa mujercita había hecho historia sin proponérselo, sin sospecharlo. Con su audacia provocó acontecimientos que cambiaron la historia del Perú. ¿No era extraordinario que una muchacha del montón, que no era nadie, a base de puro coraje, hubiera provocado semejante terremoto como la caída del todopoderoso Doctor?” (309). Claro que era un hecho extraordinario, de repercusión histórica, pues el Perú volvería a la tradición democrática y dejaría atrás una de las dictaduras más corruptas de su historia republicana. Pero, no hay que olvidar que lo que consiguió Julieta demandó mucho más que puro coraje. Se trató de un plan inteligente, ejecutado con frialdad y cálculo pese a haber sido azuzado, por una pasión tan volátil como la incontenible sed de venganza. En el universo de la novela de Vargas Llosa, la hazaña de Julieta no puede quedar sin recompensa. Es así que en las últimas líneas de la obra, se nos informa del éxito comercial que goza la Retaquita en un programa de chismes televisado en horario estelar en el Perú.

En este capítulo he intentado examinar algunas de las similitudes con que Alonso Cueto y Vargas Llosa, a través de su novelística, han tratado los diez años de dictadura Fuji-Montesinista en el Perú. Para mi sorpresa, más allá del evidente enfoque de denuncia política de los dos autores, sus novelas, *Grandes miradas* y *Cinco Esquinas*, resaltan el aspecto emocional del ser humano, el de las pasiones, en especial las más viscerales, los celos, la venganza, la codicia. Y las presentan como el combustible de la acción humana, que en ocasiones, son capaces de producir cambios históricos. Este accionar lo protagonizan mujeres de una valentía inmensurable que se valen de la engañosa posición de la debilidad para enfrentar al poder autoritario y derrotarlo o contribuir a derrotarlo. La principal motivación de estas mujeres proviene de las pasiones, no obstante, casi todas experimentan una toma de conciencia a través de la cual cuestionan su papel de servidoras del régimen dictatorial. Este cuestionamiento moral constituye un elemento añadido, aunque menor, de su motivación. Finalmente, en el mundo narrado de los dos autores se subraya el protagonismo de la mujer, que bajo el influjo de las pasiones, se convierte en catalizadora del cambio político con el que el Perú inaugura su historia del siglo XXI.

### Capítulo 3

#### Mario Vargas Llosa y Alonso Cueto: perspectivas sobre la guerra contra Sendero

##### Luminoso

El presente capítulo presentará dos miradas distintas pero complementarias sobre la guerra contra Sendero Luminoso. Lo hará a través de las representaciones literarias de Mario Vargas Llosa y Alonso Cueto. Las novelas a tratar del primer autor serán *Historia de Mayta* (1984) y *Lituma en los Andes* (1993); del segundo, *La hora azul* (2005), *La pasajera* (2015) y *La viajera del viento* (2016).

Si en los dos capítulos anteriores el análisis de las pasiones se explica principalmente en términos de las dinámicas thymóticas en torno al resentimiento entre individuos, en las que se conjugan la humillación y la venganza inteligentemente planeada, en muchos casos desde la aparente postura de la debilidad, en este tercer capítulo hay ciertas modificaciones del tratamiento de las pasiones.

La primera consiste en la ampliación de la activación de la ira. Ahora no sólo ocurrirá a nivel individual sino también a nivel colectivo para así poder explicar el fenómeno del terrorismo. Es decir, según la interpretación de los ideólogos de Sendero Luminoso, el papel del ofensor lo desempeña el Estado peruano que por un lado promueve la idea de ser una nación democrática donde impera la igualdad de derechos y oportunidades; pero por otro, mantiene a los más pobres del Perú en un estado de marginación y olvido insostenibles. Entonces el sector de los más pobres será el colectivo humillado que jura lealtad a un movimiento revolucionario que les asegura a través de actos extremadamente violentos la posibilidad de venganza y la recompensa, una vez acabada la guerra, de un país más justo.

La segunda ocurre en la psicología de los personajes de las novelas de ambos autores. En el caso de Vargas Llosa, el dogma embarga la razón de los revolucionarios y los convierte en una

suerte de autómatas portadores de ira. En el caso de Cueto, Adrián, el protagonista de *La hora azul*, está poseído por la ira ante la indiferencia de su clase social por la miseria del Perú. Tanto la ira de los revolucionarios como la de Adrián deben descargarse sobre sus enemigos, aquéllos que los humillaron. El gran problema es que en la evolución de la ira en el tiempo la sindicación de los humilladores se basa en vagas abstracciones convirtiendo en enemigos a quienes nada tuvieron que ver con la humillación. La idea que subyace a esta segunda modificación del tratamiento de las pasiones la desarrolla con meridiana claridad Peter slotyerdijk en *Ira y tiempo* cuando advierte que “así como el entusiasmo civil se imagina ocasionalmente a los millones de seres abrazados, también la ira que ha ido convirtiéndose en odio se dirige a un universo de desconocidos. Es un afecto, en cierto modo, capaz de formar conceptos generales y oscuros y de elevarse hasta vagas abstracciones” (Kindle Locations 1266-1271).

Considerando la complejidad de la guerra contra el terrorismo en el Perú y antes de abordar las representaciones literarias que estos dos autores hacen de ella, he considerado necesario reseñar brevemente la coyuntura histórica de Sendero Luminoso y los movimientos de reivindicación social que lo precedieron.

El éxito de la Revolución cubana en 1959 aviva la posibilidad de triunfo de la revolución y la implementación de una reforma agraria para el resto de América Latina. En efecto, se sucede una serie de guerrillas en el continente que intentan atender antiguas demandas del campesinado que incluye la cuestión de la tierra. El problema de la tierra se retrotrae a la época de la colonia y la posterior expansión del capitalismo agrario y sistema de haciendas de finales del siglo XIX y comienzos del XX, donde primero colonos y luego hacendados despojaron a los indígenas de sus tierras.

El Perú por su geografía tan accidentada fue visto como un escenario muy propicio para llevar a cabo una revolución campesina. Es por ello que durante gran parte de los sesenta se

darán en el Perú varios levantamientos campesinos que intentarán recuperar las tierras que les fueron arrebatadas. Su importancia radicarán principalmente por el aspecto numérico, es así que el sociólogo peruano Hugo Neira estima que “solo entre 1963 y 1965 se movilizaron alrededor de un millón y medio de campesinos en todo el Perú, cifras sin precedentes” (Murri 107).

Entre los levantamientos más importantes en el Perú destacan las tomas de tierra de 1960 en la sierra central y las de 1962 liderada por Hugo Blanco en el valle de La Concepción en Cusco. También hay que mencionar la insurrección del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y del Ejército de Liberación Nacional (ELN) de 1965 que intentaron complementar los movimientos anteriores a través de la lucha armada en el campo, no obstante, todos ellos fueron sofocados con facilidad por las autoridades del Estado. El fracaso de estos movimientos campesinos radicaba principalmente por la incomprensión entre los dirigentes y los campesinos. Mientras que éstos sólo pedían la reivindicación de sus tierras, aquéllos querían hacer la revolución. Es por ello que intervienen los militares y durante el gobierno de Juan Velasco Alvarado (1968-1975) se intenta darle solución al problema de la tierra y se lleva a cabo una reforma agraria institucionalizada cuyos efectos, sin embargo, no fueron del todo satisfactorios.

El problema que les impedía hacer la revolución, reconocieron los dirigentes revolucionarios, era la falta de comunicación con el mundo indígena. Había que convivir con ellos, aprender quechua para entenderlos. Muchos fueron a Ayacucho y empezaron el trabajo pendiente.

Es en este marco social y político que en la sierra peruana de Ayacucho se gesta el movimiento terrorista Sendero Luminoso (SL). Desde 1962 su líder y fundador, Abimael Guzmán se desempeña como catedrático de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga de Ayacucho. A partir de entonces inicia el trabajo de infiltración comunista en la universidad, y paralelamente realiza un trabajo muy exitoso de

proselitismo con los campesinos de la zona. En la década del setenta funda el Partido Comunista del Perú (Sendero Luminoso) y se prepara para la lucha armada.

El 17 de mayo de 1980, un día antes de las elecciones presidenciales que inauguraban un régimen democrático después de más de diez años de dictaduras, miembros de SL queman las ánforas electorales en la localidad de Chuschi en Ayacucho. Este acto representa el inicio de más de una década de guerra sanguinaria de SL contra el Estado peruano.

Las pretensiones de SL irán mucho más allá del problema de la tierra, su objetivo será la desestabilización del país a través de la violencia para finalmente destruir el Estado e instaurar un gobierno de tipo marxista-maoísta-leninista. En su lucha por obtener el poder se llevarán las vidas de alrededor de 70 mil peruanos entre autoridades locales, miembros de las fuerzas policiales y militares y muchísimos civiles. Para enmarcar fidedignamente los objetivos de SL, voy a citar un fragmento del discurso que Abimael Guzmán pronunció durante la clausura de la llamada Escuela Militar en abril de 1980, escuela donde por poco más de dos semanas proveyó de instrucción militar al grupo subversivo que iniciaría la insurgencia armada:

“Camaradas: Ha concluido nuestra labor con las manos desarmadas, se inicia nuestra labor armada. [...] Un período ha terminado. Sellamos hasta aquí lo hecho; aperturamos [sic] el futuro, la clave son las acciones, objetivo el poder [...] Somos los iniciadores. La revolución anidará en nuestra patria; de eso respondemos nosotros. [...] estamos entrando a la ofensiva estratégica de la revolución mundial, los próximos cincuenta años serán del barrimiento del dominio del imperialismo y todos los explotadores [...] la guerra popular crecerá más cada día hasta derrumbar el viejo orden, el mundo está entrando en una nueva situación: la ofensiva estratégica de la Revolución Mundial. Esto es de trascendental importancia” (Gorriti 60).

El llamado al levantamiento en armas de Guzmán es bastante claro, así como también lo es el objetivo: la toma del poder, es decir derrocar al gobierno peruano para instaurar uno

revolucionario. Además, encuadra la revolución dentro de un fenómeno global que inspira a sus escuchantes al creerse envueltos en un fenómeno con larga proyección en el tiempo y de trascendencia mundial. Luego, en otro fragmento del mismo discurso anuncia las dimensiones violentas y mesiánicas de la empresa revolucionaria:

“Y el pueblo se encabrita, se arma y alzándose en rebelión pone dogales al cuello del imperialismo y los reaccionarios, los coge de la garganta, los atenaza y, necesariamente, los estrangulará. Las carnes reaccionarias las desflecará, las convertirá en hilachas y esas negras piltrafas las hundirá en el fango; lo que quede lo incendiará y sus cenizas las esparcirá a los confines de la tierra para que no quede sino el siniestro recuerdo de lo que nunca ha de volver, porque no puede ni debe volver. [...] Las trompetas comienzan a sonar, el rumor de la masa crece y crecerá más, nos va a ensordecer, nos va a atraer a un poderoso vórtice [...] y así habrá la gran ruptura y seremos hacedores del amanecer definitivo. [...] El fuego negro lo convertiremos en rojo y lo rojo en luz. Eso somos nosotros, esa es la reconstitución. ¡Camaradas, estamos reconstituidos!” (Gorriti 61).

Guzmán no escatima en verbos que evocan grandes cuotas de ferocidad al referirse al tratamiento que propone aplicarle al enemigo. A éste lo localiza dentro de las filas del imperialismo y la facción reaccionaria a los que, según él, pertenecen los dirigentes del gobierno. El grave problema será que bajo el alero de esta definición de enemigo imperialista y reaccionario cabrá cualquiera que se oponga o discrepe con ellos, e inclusive a aquellos que sin haber expresado opinión sean sindicados como pertenecientes a esa clase. Y sobre ellos pesará una carga de violencia sin piedad ni precedentes en la historia del Perú. Por último, agrega un elemento mesiánico a su soflama y sacraliza la violencia, pues de la mano de Guzmán se llegará al paraíso en la tierra, pero no sin antes haber erradicado de ella al enemigo, de cuya sangre derramada se creará la luz que iluminará y guiará al hombre nuevo.

Gorriti en su texto *Sendero: la guerra milenaria en el Perú* expone con mucho acierto el posible efecto del discurso de Guzmán en los jóvenes oyentes:

“No es difícil imaginarse a los militantes de la I Escuela Militar en ese momento. Jóvenes, incluso muy jóvenes la mayoría, sintiendo la intensa emoción de quien está seguro que va a luchar por una causa trascendentemente noble, que conduciría en determinado momento a la humanidad entera hacia la felicidad. No eran muchos y no tenían medios, pero no había ningún grupo en el país y quizá en el hemisferio más motivado, convencido y decidido que aquel. En los años siguientes ese grupo ejecutaría o provocaría, muriendo gran parte de ellos en el empeño, las mayores violencias, las más calamitosas laceraciones en la historia del país” (62).

Habría que agregar al comentario de Gorriti que gran parte de la fuerza de combate de SL provenía de un sector social que vivía en la extrema pobreza ante la mirada esquiva del gobierno. Por ello, el trabajo de proselitismo de Guzmán empezó en la zona andina y se dirigió a los olvidados del Perú que recibieron de él una atención hasta ahora negada, y la promesa de una vida mejor una vez acabada la guerra. Todo ello constituía un incentivo sumamente atractivo para el que no tenía nada y por tanto explica, en parte, el éxito de Guzmán en convencerlos.

El gobierno a través de las fuerzas policiales y armadas intentó reprimir a los insurgentes, pero ante un grupo de alzados que se camuflaba entre la misma población resultaba casi imposible identificarlo y enfrentarlo con eficacia. Esta situación conllevó al castigo de muchos civiles inocentes que eran confundidos con los miembros de SL, situación que aprovecharon muy bien los senderistas para desprestigiar y deslegitimizar a las fuerzas del orden y al gobierno.

Después de esta breve pero necesaria reseña histórica doy paso al desarrollo de mi análisis.

En mi trabajo de investigación sobre las novelas de estos dos autores he encontrado que Vargas Llosa se enfoca en el aspecto ideológico de SL y de algunos de los grupos que lo

precedieron. Para analizar el elemento ideológico de las novelas recurriré a la interpretación de Vargas Llosa de las teorías políticas de Albert Camus, Isaiah Berlin y Karl Popper, puesto que las lecturas de estos autores lo ayudaron en su transición del socialismo al liberalismo.

Vargas Llosa también incluye pasajes memorables de actos violentos cometidos por los dos bandos de la guerra, pero casi siempre para ilustrar la intransigencia y absurdidad de las ideas que defienden los subversivos. Expone también el tema de la corrupción como un mal hábito que se practica tanto por las fuerzas del gobierno como por los terroristas.

Alonso Cueto centra su narrativa en los actos de violencia cometidos principalmente por las autoridades del Estado contra senderistas y presuntos senderistas. Entre las víctimas de los agentes del gobierno predominan las mujeres. También, Cueto reflexiona sobre el insondable abismo social que existe en la sociedad peruana, y hace hincapié en la indiferencia predominante que caracteriza a un sector de la clase alta limeña respecto de la miseria en la que vive gran parte del país y respecto del dolor de las víctimas de la guerra contra el terrorismo.

La visión de estos dos autores en la que se conjugan reflexiones sobre la ideología de los insurgentes y sobre la indiferencia de un sector de la clase alta limeña con relatos del accionar violento de ambos bandos, nos brinda una representación bastante completa de la guerra contra Sendero Luminoso. Gracias a ello accedemos a una serie de procesos complejos que nos ayudará a entender mucho mejor lo que vivió el Perú bajo el asedio del terror senderista.

Para un mejor entendimiento de las reflexiones de Vargas Llosa en sus novelas sobre la ideología de los revolucionarios es preciso recordar que en la década de los sesenta, el autor era un socialista convencido y creía en la revolución como medio indispensable para alcanzar la justicia social en América latina. Prueba de ello son diversos artículos que redactó a favor del socialismo y algunos otros ensalzando la Revolución cubana. En 1965 llegó hasta firmar junto

con otros intelectuales peruanos como Julio Ramón Ribeyro y Hugo Neira, un comunicado en el que apoyaba y alentaba las guerrillas que se estaban sucediendo en la región andina del Perú.

Cabe mencionar entre sus escritos el discurso titulado *La literatura es fuego* que profirió al aceptar el premio literario Rómulo Gallegos en 1967 por su novela *La casa verde* (1966). En este discurso su apoyo a la Revolución cubana es inequívoco, pero no incondicional. Nos dice:

“Pero dentro de diez, veinte o cincuenta años habrá llegado, a todos nuestros países como ahora a Cuba la hora de la justicia social y América Latina entera se habrá emancipado del imperio que la saquea, de las castas que la explotan, de las fuerzas que hoy la ofenden y reprimen. Yo quiero que esa hora llegue cuanto antes y que América Latina ingrese de una vez por todas en la dignidad y en la vida moderna, que el socialismo nos libere de nuestro anacronismo y nuestro horror. Pero cuando las injusticias sociales desaparezcan, de ningún modo habrá llegado para el escritor la hora del consentimiento, la subordinación o la complicidad oficial. Su misión seguirá, deberá seguir siendo la misma; cualquier transigencia en este dominio constituye, de parte del escritor, una traición” (“La literatura es fuego”).

Vargas Llosa exalta los logros de la Revolución cubana y el socialismo, cree que es la fórmula correcta para acabar con la injusticia social, y anhela que el resto de América Latina pueda seguir el mismo camino. No obstante, es categórico en cuanto a no transigir ante cualquier menoscabo de la libertad una vez se hayan acabado con las injusticias sociales. Plantea una defensa de la libertad de expresión y de crítica al régimen de turno; pues, aunque se hayan conseguido grandes avances en la sociedad, el gobierno deberá seguir siempre bajo supervisión para que no peligren las libertades individuales.

En parte, Vargas Llosa es consecuente con el contenido de su discurso en referencia a la crítica del oficialismo, puesto que al año siguiente se produce la invasión soviética a Checoslovaquia (1968) ante la cual manifiesta su profundo desacuerdo y condena los atropellos

de derechos civiles. Luego en 1970 lidera un movimiento de protesta contra la injusta encarcelación y posterior confesión forzada del escritor cubano Heberto Padilla.

No obstante, Efraín Kristal en su texto referencial sobre la obra de Vargas Llosa, *La tentación de la palabra* (2018) encuentra ciertas inconsistencias del autor peruano respecto de la defensa de derechos humanos en regímenes socialistas. Kristal reconoce las denuncias de abusos de derechos de Vargas Llosa pero observa que “esos incidentes por opresivos y crueles que le parecieran no lo llevan en un primer momento a revocar su adhesión a Cuba ni a la Unión Soviética, y mucho menos a abandonar sus convicciones socialistas” (225).

En este tiempo, Vargas Llosa todavía defendía la idea que estos abusos de derechos eran errores del socialismo en un intento desesperado de defenderse de la otra gran ideología, el imperialismo capitalista. Su real alejamiento de la izquierda ocurrió poco después, ya que los medios de izquierda y la izquierda en general lo atacaron frontalmente por sus repetidos reclamos y críticas de abusos de derechos en gobiernos comunistas. Lo tildaron de contrarrevolucionario y de hasta agente encubierto de la CIA.

El repudio de la izquierda, y en especial de los intelectuales no sólo alcanzaría al autor en lo personal, sino que se volcaría en descalificar también “sus ideas literarias, y luego [...] sus novelas” (178). Kristal insiste en que la izquierda se alejó de Vargas Llosa y que por tanto éste, bajo las nuevas circunstancias, trató de reposicionarse respecto de ella.

Este proceso de reposicionamiento obrará gradualmente un cambio de sus ideas políticas, en el que irá desencantándose del socialismo, hasta terminar abandonándolo y acercándose al liberalismo.

El intento de reposicionarse políticamente lo acerca a sus lecturas de juventud, a Camus, en concreto a *El hombre rebelde* (1951). Pese a que en varios artículos de los años sesenta Vargas Llosa criticó a Camus, considerándolo como un intelectual confundido por criticar

severamente los excesos del comunismo soviético, en 1975 en un ensayo titulado “Albert Camus y la moral de los límites”, Vargas Llosa se retracta de las críticas que le hizo y rescata la idea que los conceptos abstractos de las ideologías que aseguran conducir al advenimiento de una sociedad ideal son el germen inevitable de grandes brotes de violencia. Así resume la tesis de Camus:

“Toda la tragedia política de la humanidad comenzó el día en que se admitió que era lícito matar en nombre de una idea, es decir el día en que se consintió en aceptar esa monstruosidad: que ciertos conceptos abstractos podían tener más valor e importancia que los seres concretos de carne y hueso. Frente a una futura realización de la idea, la vida humana puede ser todo o nada. Mientras más grande es la fe que el calculador vuelca en esta realización, menos vale la vida humana. En el límite, ella no vale nada. El revolucionario es, para Camus, aquel que pone al hombre al servicio de las ideas, el que está dispuesto a sacrificar al hombre que vive por el hombre que vendrá, el que hace de la moral una técnica gobernada por la política, el que prefiere la justicia a la vida y el que se cree en el derecho de mentir y de matar en función del ideal” (“Albert Camus y la moral de los límites” 334).

Vargas Llosa adopta la tesis de Camus, en lo que respecta a los límites de la moral en la ejecución de cualquier proyecto político. Es decir, ningún fin futuro, por bueno y promisorio que parezca debe atropellar las leyes morales en el camino a su realización. La vida debe prevalecer ante el cumplimiento de un ideal que la amenace. También alerta del fenómeno del fanático, cuando alude a la posibilidad que la fe desmesurada en una idea y su eventual realización hacen que el ejecutor pueda poner en peligro la vida de la comunidad. Por tanto, ya no cree en la revolución violenta ni tolera los medios autoritarios de los gobiernos comunistas, y es por ello que critica los excesos de la Unión Soviética y de Cuba pero aún cree en el socialismo, y al igual que Camus, en la posibilidad de su realización pacífica.

Al terminar la década de los setenta y empezar la de los ochenta, Vargas Llosa complementa las ideas de Camus con la de sus nuevas lecturas, las de Isaiah Berlin y Karl Popper. Estas ideas, en lo que respecta a modelos sociales, resultan ser bastante similares entre ellas, con la diferencia que Camus cree que existe la posibilidad de crear una sociedad perfecta (aunque reconoce la probabilidad de equivocarnos en el intento) y Popper y Berlin no lo creen posible.

En 1980 publica un breve ensayo que titula “Isaiah Berlin: un héroe de nuestro tiempo”, trabajo que ampliará ligeramente al reincorporarlo en su texto ensayístico, una suerte de biografía intelectual del autor, *La llamada de la tribu* (2018). El escrito sobre Berlin es el resultado de sus reflexiones políticas después de leer *Contra la corriente: ensayo sobre historia de las ideas* (1979) del profesor Berlin. A partir de este ensayo, Vargas Llosa se aleja definitivamente del socialismo y de cualquier tipo de utopía social. Esta transformación la resume del siguiente modo en *La llamada de la tribu*:

“Hace ya bastantes años perdí el gusto por las utopías políticas, esos apocalipsis —como el de Sendero Luminoso en el Perú de los años ochenta del siglo pasado— que prometen bajar el cielo a la tierra y, más bien, provocan iniquidades peores que las que quieren remediar. Desde entonces pienso que el sentido común es la más valiosa de las virtudes políticas. Leyendo a Isaiah Berlin vi con claridad algo que intuía de manera confusa. El verdadero progreso, aquel que ha hecho retroceder o desaparecer los usos y las instituciones bárbaras que eran fuente de infinito sufrimiento para el hombre y han establecido relaciones y estilos más civilizados de vida, se ha alcanzado siempre gracias a una aplicación sólo parcial, heterodoxa, deformada, de las teorías sociales [...] El requisito fue siempre que esos sistemas fueran flexibles, pudieran ser enmendados, rehechos, cuando pasaban de lo abstracto a lo concreto y se enfrentaban con la experiencia diaria de los seres humanos. El cernidor que no suele equivocarse al separar en esos

sistemas lo que conviene o no conviene a los hombres es la razón práctica. No deja de ser una paradoja que alguien como Isaiah Berlin, que amaba tanto las ideas y se movía en ellas con tanta solvencia, fuera un convencido de que son éstas las que deben someterse si entran en contradicción con la realidad humana, pues, cuando ocurre al revés, las calles se llenan de guillotinas y paredones de fusilamiento y comienza el reinado de los censores y los policías” (Kindle Locations 2855-3996).

Vargas Llosa se adhiere al cuestionamiento de Berlin en torno a las grandes ideologías que intentan organizar la sociedad. Lo que ellas postulan no puede considerarse verdades absolutas, los conceptos deben estar en constante prueba. Deben de estar de acuerdo con la realidad y alineadas con el sentido común y nunca al revés. Puesto que un reajuste de la realidad humana para calzar dentro de una idea incompatible con ella no traería otra cosa más que opresión y violencia.

Una idea adicional que Vargas Llosa adopta de Berlin es el concepto de las verdades contradictorias. Es decir, la noción que los valores y derechos fundamentales no eran necesariamente compatibles en su totalidad. Por ejemplo, la igualdad y la libertad se encontraban reñidas. Dentro del esquema socialista para conseguir la igualdad absoluta había que sacrificar grandes cuotas de libertad. Sacrificio que Vargas Llosa ni Berlin están dispuestos a aceptar.

Después de leer a Berlin, Vargas Llosa está convencido que la creación de una sociedad perfecta, de igualdad absoluta, como la concebía el socialismo marxista, es imposible de conseguir, y que en el intento de querer lograrla los daños pueden ser mucho mayores que los fines irrealizables que persigue.

Similarmente, Karl Popper, probablemente el autor que más influyó a Vargas Llosa en su transición al liberalismo, en su ensayo “Utopía y violencia” compilado en un texto mayor, *Conjeturas y refutaciones* (1963) alude a la búsqueda utópica de sociedades perfectas:

“Considero a lo que llamo utopismo una teoría atrayente, y hasta enormemente atrayente; pero también la considero peligrosa y perniciosa. Creo que es autofrustrante y que conduce a la violencia” (429).

Al igual que Berlin, Popper desconfía de la ingeniería social que propone soluciones absolutas a la organización de los hombres y resalta los peligros que ella conlleva. En especial aquél que ataca la libertad, pues cuando el calculador social se da cuenta que el comportamiento colectivo es contrario al de sus abstracciones, no tiene otro remedio que forzar sus ideas en la vida diaria de las personas, suprimiendo las libertades individuales y causando muchísimo sufrimiento.

Adicionalmente, Popper desconfía del historicismo que cree encontrar en la historia leyes infalibles para la interpretación del desenvolvimiento de la sociedad. Por ello, pensar, por ejemplo, como lo plantea el marxismo, que la historia se explica exclusivamente a partir de la lucha de clases y que de esa interpretación obtengamos teorías concluyentes que nos prevean el futuro de la humanidad es una quimera. Cree que no hay manera científica de determinar cuál será el devenir histórico del hombre. Sin embargo, reconoce que la historia ofrece ciertos patrones para entender la evolución humana. Su propuesta social nos la presenta en dos de sus obras fundamentales, *La miseria del historicismo* (1936) y *La sociedad abierta y sus enemigos* (1945). En *La llamada de la tribu*, Vargas Llosa comulga con estas ideas y sintetiza el planteamiento del pensador austríaco de la siguiente manera:

“Popper defiende con argumentos lúcidos el método reformista —democrático y liberal— de transformación gradual y consensuada de la sociedad contra la pretensión revolucionaria de cambiarla de manera inmediata, total y definitiva” (Kindle Location 2149).

Esta transformación gradual que plantea Popper la llamó *Piecemeal approach* o reformismo gradual porque permitía “continuos reajustes a las partes, en vez de proponer la

reconstrucción total de la sociedad. Avanzar de esta manera tiene la ventaja de que a cada paso se puede evaluar el resultado conseguido y rectificar el error a tiempo, aprender de él. El método revolucionario –historicista y holístico—se cierra esta posibilidad, pues en su desprecio de lo particular, en su obsesiva fijación por el todo, muy pronto se aparta de lo concreto [...] de lo real [...] El reformista reconoce que no se puede cambiar todo, por ello sabe que “no hay manera de prever ni controlar los movimientos de la sociedad, a menos de someterla a un régimen dictatorial en el que, mediante el uso de la censura y la fuerza, todas las conductas se ajusten a una horma decidida de antemano por el poder” (Kindle Location 2167- 2201).

El sistema que defiende Popper, típico de las democracias occidentales a las que llama sociedades abiertas no asegura respuestas a todas las necesidades sociales y por tanto está amenazado por nuestra propia naturaleza que tiende a satisfacerse con soluciones absolutas. Y en esto radica el gran peligro. Vargas Llosa lo resume así:

“La llamada de la tribu, la atracción de aquella forma de existencia en la que el individuo, esclavizándose a una religión o doctrina o caudillo que asume la responsabilidad de dar respuesta por él a todos los problemas, rehúye el arduo compromiso de la libertad y su soberanía de ser racional, toca, a todas luces, cuerdas íntimas del corazón humano. Pues este llamado es escuchado una y otra vez por naciones y pueblos, y en las sociedades abiertas, por individuos y colectividades que luchan incansablemente por cerrarlas y cancelar la cultura de la libertad” (Kindle Location 2028).

Después de reflexionar sobre estas lecturas, Vargas Llosa concluye, según señala Kristal, que el socialismo es incoherente en tanto que no se puede alcanzar la igualdad absoluta sin sacrificar la libertad y que la ideología marxista es incompatible con la democracia y conduce inevitablemente a la violencia.

Con estas ideas en mente, Vargas Llosa inaugura la década de los ochenta escribiendo probablemente una de sus novelas mejor logradas, *La guerra del fin del mundo* (1981), ambientada en el área de los sertones del Brasil durante la rebelión de Canudos. En ella incluye un tema de sus nuevas lecturas, la figura del fanático político personificada en Antonio, el Consejero. Luego, en *Historia de Mayta* (1984) desarrollará también ciertos aspectos del fanatismo político y la conciencia revolucionaria dentro del contexto peruano.

En *Historia de Mayta* el narrador, un novelista que por los datos biográficos que presenta parece ser el mismo Vargas Llosa, nos relata su investigación en torno a los sucesos del primer conato revolucionario del Perú ocurrido en la ciudad andina de Jauja en 1958. Los sucesos reales en los que el autor basa la historia ocurrieron en 1962, pero decide hacerlos aparecer antes del éxito de la Revolución cubana. El protagonista es Alejandro Mayta que secundado del joven alférez Vallejos, el profesor Ubilluz y doce colegas (los josefinos) intentan hacer la revolución en el Perú. El narrador, situado temporalmente en 1983, nos muestra un Perú asediado por la insurrección terrorista y trata de reconstruir la historia del levantamiento de 1958, pues lo considera el germen de la lucha armada que se vive en el presente narrativo de la novela. Su investigación la conduce a través de entrevistas a diferentes personajes que participaron del conato o que conocieron a Mayta. Mucha de la información que recoge será bastante contradictoria, situación que lo hará discurrir sobre algunos aspectos de la creación literaria.

En *Historia de Mayta* Vargas Llosa explora la psicología de los personajes que se encuentran bajo el encantamiento de la ideología revolucionaria, es decir que están dispuestos a legitimar la violencia y hasta matar o morir por una idea.

Como parte de su investigación el narrador entrevista a Josefina Arrisueño, tía de Mayta, con quien vivió el protagonista varios años al quedar huérfano. A partir de esa entrevista, nos enteramos del día en que Mayta conoció al alférez Vallejos. El hecho ocurrió en 1958 cuando

Mayta ya tenía alrededor de cuarenta años y le doblaba la edad a Vallejos. Mayta había sido un estudiante en la universidad de San Marcos y había militado en el PORT (partido obrero revolucionario trotskista) desde donde se elucubraba la tantas veces postergada revolución. Después de un par de décadas de militancia, Mayta parece un poco desanimado del quehacer revolucionario, pero Vallejos que recién empieza en esta empresa muestra muchísima ilusión. En el medio de una fiesta familiar se le entreoye al alférez decir a sus interlocutores: “había que acabar con esa iniquidad, alzar al pueblo, invadir las haciendas, tomar los cuarteles, sublevar a la tropa [...] rehacer la sociedad de arriba abajo, establecer la justicia” (32-33). Al oír tal entusiasmo, Mayta piensa: “Qué envidia. Ahí estaba, jovencito delgado, buen mozo, locuaz, [...] con sus invisibles alitas, creyendo que la revolución era una cuestión de honestidad, de valentía de desprendimiento, de audacia. No sospechaba y acaso no llegaría a saber que la revolución era una larga paciencia [...] una terrible sordidez, las mil y una estrecheces, las mil y una vilezas” (33). A pesar de este desánimo de Mayta, poco después del encuentro con Vallejos unieron fuerzas y consumaron el levantamiento de Jauja. Es muy posible que el entusiasmo del joven alférez reviviera en Mayta el deseo de llevar a cabo su anhelado plan de empezar la revolución.

Las ilusiones de Vallejos entorno a la revolución socialista recuerdan a las aspiraciones de Vargas Llosa en su juventud, cuando creía que sólo la revolución acabaría con las inequidades del mundo. Mayta, escuchando y viendo a Vallejo, un jovencito que idealiza la revolución, contrasta estas ilusiones con la diferente realidad que él mismo ha vivido tratando de llevarla a cabo. Una realidad embebida de sordidez y vilezas que poco parece tener de los ideales del joven alférez. Esto, de alguna manera sugiere la decepción que el mismo autor atravesó al desencantarse de la revolución.

Me parece que el desencanto de Vargas Llosa con la revolución lo lleva a experimentar sentimientos típicos de las decepciones. Sentimientos un tanto viscerales en contra del sujeto que

antes se amaba, y por ello aprovecha los hechos del día del alzamiento de 1958 en Jauja para representar a los revolucionarios con una cuota de utopismo, ingenuidad, infantilismo político y también para caricaturizarlos. Veamos algunos ejemplos de la novela:

Un josefino, un escolar de quince años reclutado para hacer la revolución en Jauja, apellidado Cordero, recuerda veinticinco años después mientras conversa con el narrador, cómo se sentía durante el levantamiento: “Era hermoso tanta ingenuidad, tanto idealismo” (282). Y líneas más arriba refiriéndose a Vallejos, a Mayta, y a su empresa idealista dice: “aunque uno cuarentón y el otro veinteaño resultan más chiquillos que nosotros” (280).

Onaca, un bodeguero que hacía taxi para ayudarse económicamente, es secuestrado por el grupo de Mayta. Onaca recuerda que le dijeron que lo necesitaban porque ninguno sabía manejar. Él mismo comenta: “mire usted el tamaño de la cojudez: iban a hacer la revolución y ni siquiera sabían manejar un auto” (289).

Joaquín Zamudio uno que vendía loterías, vio pasar al grupo armado por la plaza de armas de Jauja luego de que asaltaran el banco Internacional y el Regional para poder financiar la revolución, y preguntó si “ensayaban para fiestas patrias” (290). A lo que Vallejos respondió que todo aquello era la revolución. Pero Zamudio incrédulo por lo que representaban los actuantes pensó que estaban jugando a algo.

Luego convocaron a un mitin en la plaza con la esperanza de que el pueblo los acompañara en la lucha pero no asistió nadie. Y el único asistente era un fotógrafo, Anthero Huillmo: “la verdad fue un mitin para mi solito” (294).

El alzamiento resultó un fracaso, e intentaron escapar hacia la selva, pero fueron capturados por la policía. Este escape resulta ser una de las mejores caricaturizaciones del conato revolucionario. Mayta iba a bordo de una camioneta con Vallejos y sus josefinos en su infructuoso escape a la selva. Cantaban y daban vítores a la revolución. Es en estas

circunstancias que el narrador a través de un monólogo interior nos acerca a la fantasiosa mente de Mayta que divaga sobre el futuro que le espera a la ejemplar sociedad peruana: “Una laboriosa colmena, cuya atmósfera reflejaría a escala nacional, la de esta camioneta conmocionada por el idealismo de estos muchachos [...] los campesinos ya dueños de sus tierras, los obreros ya dueños de sus fábricas [...] abolidas las discriminaciones y la explotación [...] expropiaciones de bancos, empresas, comercios [...] nacionalización de los colegios privados” (303-305).

He comentado líneas arriba que los intelectuales de izquierda, incomodados por las críticas de Vargas Llosa a los abusos de derechos humanos cometidos dentro de la Revolución cubana y a los excesos de la Unión Soviética, se ensañaron con el autor peruano, tildándolo de contrarrevolucionario, y descalificándolo tanto en lo personal como respecto de sus novelas e ideas literarias. Efraín Kristal en *Tentación de la palabra* ha referido varios de estos ataques. Es así por ejemplo que el mismo Fidel lo incluye en una lista de “latinoamericanos descarados, que en vez de estar allí en las trincheras de combate, viven en los salones burgueses, a diez mil millas de los problemas, usufructuando un poquito de la fama que ganaron cuando en una primera fase fueron capaces de expresar algo de los problemas latinoamericanos” (178).

La directora del máximo organismo de cultura de Cuba, *Casa de las Américas*, Haydée Santa María no se ahorra ningún adjetivo y se dirige a Vargas Llosa del siguiente modo: “la viva imagen del escritor colonizado, despreciador de nuestros pueblos, vanidoso, confiado en que escribir bien no solo hace perdonar actuar mal, sino permite enjuiciar a todo un proceso grandioso como la Revolución cubana, que, a pesar de errores humanos, es el más gigantesco esfuerzo hecho hasta el presente por instaurar en nuestras tierras un régimen de justicia”(180).

Asimismo, el poeta y ensayista peruano Mirko Lauer “afirmó que Vargas Llosa nunca fue un intelectual de izquierda; que en realidad había sido un liberal que usó la revolución cubana

para ganar prestigio literario y que, en la medida en que se inscribió en el circuito de la literatura de consumo, publicada por medios colonizadores de Europa y los Estados Unidos, su actividad política fue un ejercicio indiscriminado del conservadurismo” (190).

Las críticas también alcanzaron el contenido político de sus novelas: “se resucitó, así, la tesis de Jorge Lafforgue según la cual las primeras novelas de Vargas Llosa son tramposas, desde un punto de vista ideológico, porque contribuyen a solidificar en vez de enjuiciar la sociedad que pretenden denunciar” (189).

Todo ello no resulta creíble y parece ser una campaña de desprestigio puesto que al momento en que se dieron estos ataques Vargas Llosa era un fervoroso creyente de la Revolución cubana, pero no le perdonaban que se atreviera a denunciar los excesos de la misma. La adhesión del autor peruano a la revolución y al socialismo lo expresa claramente en su discurso en la recepción del premio literario Rómulo Gallegos (1967) citado líneas arriba, y veía en ella la única manera de poder acabar con una sociedad corrupta para luego crear una sociedad de bienestar de acuerdo con lo que el socialismo prometía. Una prueba adicional la encontramos en sus primeras novelas, en particular, *La ciudad y los perros* (1963) y *Conversación en La catedral* (1969). Las sociedades que representa en estas dos obras están contaminadas con altísimos niveles de corrupción e injusticias sociales: el universo social del colegio militar Leoncio Prado en el Perú de finales de la década del cuarenta y comienzos de la del cincuenta, reflejo del resto de la sociedad, en la primera novela y la sociedad peruana durante el gobierno militar de Odría en los cincuenta en la segunda. Estas sociedades aparecen como insalvables en las que se requiere la destrucción de las mismas a través de un acto revolucionario y una vez conseguido, empezar la construcción de una nueva.

Teniendo en consideración los ataques que he referido, y varios más que no he citado en este capítulo por no exceder la extensión del mismo, me parece que Vargas Llosa aprovecha

algunos pasajes de *Historia de Mayta* para cobrarse cuentas con el sector de intelectuales y artistas de izquierda que intentaban desprestigiarlo.

Para este propósito se vale del personaje Moisés Barbi Leiva, un ex integrante del PORT, grupúsculo comunista en el que militaba junto con Mayta. A partir de la entrevista que le hace el narrador nos enteramos que Moisés se decepcionó de la revolución socialista por la imposibilidad de llevarla a cabo y por el utopismo que proponía. Su desencanto alcanzó el límite después del fracasado intento de conato revolucionario de Jauja. Confiesa que “Cuando lo de Vallejos ya no creía en lo que hacíamos [...] me daba perfecta cuenta que no conducía a nada, salvo a que volviéramos a la cárcel de cuando en cuando, al exilio de cuando en cuando, y a la frustración política y personal” (58). No obstante, Moisés continuó militando por un tiempo más en PORT, y esta contradicción entre sus ideas y su actuar la explica como una patología psicológica: “La inercia [...] o no sé qué. Un miedo pánico a sentirte desleal, traidor. Con los camaradas, con el Partido, contigo mismo” (58). Esta confesión íntima de Moisés podría pasar como una explicación de Vargas Llosa sobre su propia reticencia a abandonar su militancia revolucionaria. Como he explicado, a finales de los sesenta y comienzos de los setenta un gran sector de la izquierda pro castrista lo desprestigiaba y vituperaba, sin embargo, estoicamente él insistía en reafirmar su afiliación a la Revolución cubana.

Después de apartarse de sus ideas revolucionarias Moisés ha devenido un hombre pragmático. Durante la entrevista con el narrador nos precisa que Moisés preside el Centro de Acción para el Desarrollo, organismo impulsador de la investigación cultural y la cultura. Esta organización se financia con capitales de la izquierda y la derecha gracias a la maniobra política de Moisés que no se compromete ni enemista con ninguna de las dos fuerzas. El narrador nos recuerda que, de esta manera, Moisés ha conseguido hacer más por la cultura en el país que sus gobernantes y la revolución. Por tanto “despierta convulsivas envidias [...] Las peores lenguas

son, por supuesto, las de los progresistas que gracias al Centro—a él—comen, se visten, escriben, publican, viajan a congresos, ganan becas, organizan seminarios y conferencias y aumentan su prontuario de progresistas [...] Moisés Barbi Leyva ha conseguido que varias decenas de intelectuales vivan y trabajen en vez de haraganear en un mundillo universitario corrompido por la frustración y las intrigas” (42-43).

La representación de Moisés Barbi como un aburguesado eficiente que le da trabajo y forja el futuro de intelectuales de izquierda que lo repudian, podría ser un intento del autor de referirse al supuesto doble rasero de muchos intelectuales progresistas que lo criticaron por contrarrevolucionario y pro capitalista, y sin embargo son beneficiarios de becas otorgadas por el sistema que critican, como la Guggenheim entre otras, o que enseñan en las universidades más prestigiosas de Estados Unidos.

En esta misma línea de crítica de los intelectuales progresistas, la novela incluye a Ernesto Cardenal. Se relata la visita al Perú a principios de los setenta del poeta nicaragüense y su participación en una conferencia. El narrador nos cuenta que Cardenal apareció vestido como el Che Guevara, que habló con demagogia, afirmó que los campos de trabajos forzados de la URSS eran una fabricación de la propaganda capitalista y hasta aseguró que el ciclón que acababa de azotar el lago Nicaragua “era resultado de unos experimentos balísticos norteamericanos” (107). El narrador confiesa que admiraba el trabajo del poeta Cardenal, pero desde que lo oyó decir esa sarta de mentiras, cada vez que lo intenta leer “del texto mismo se levanta, como un ácido que lo degrada, el recuerdo del hombre que lo escribió” (107).

En cuanto a la violencia política, la novela incluye relatos de actos violentos cometidos tanto por los terroristas como por las autoridades del Estado peruano.

El presente narrativo de la novela nos remite al año 1983. La guerra armada en el Perú había empezado tres años antes en Ayacucho y ahora ya había llegado a los llamados pueblos

jóvenes de la periferia limeña. La población de estos asentamientos humanos estaba compuesta predominantemente de inmigrantes de la zona andina del país que habían huido hacia la capital escapando del terrorismo político y de la miseria.

En una de estas áreas marginales de Lima el narrador entrevista a Juanita, monja y hermana del alférez Vallejos. La conversación versa sobre la lucha armada. Juanita relata que con frecuencia asesinan pobladores y dirigentes políticos, cuyos cadáveres etiquetados con carteles llamándolos *perros traidores* adornan las calles de la barriada. Juanita reflexiona sobre el propósito de la violencia terrorista que espera que con el triunfo de la revolución se consiga la supresión de la pobreza extrema en la que vive la gente: “¿Han dejado algo positivo todas esas muertes y atentados? Esa violencia sólo ha traído más violencia. Y las cosas no han cambiado [...] Hay más pobreza que nunca, aquí, en el campo, en los pueblos de la sierra, en todas partes” (80-81). Juanita da cuenta de la infructuosidad de la guerra. Insiste que la violencia no ha conseguido ningún logro a favor del bienestar de la población. Por el contrario, las cosas están peor: a la miseria ahora la acompaña la violencia. Esta frase ilustra la idea del autor que la actuación revolucionaria crea más y peores problemas que los que intenta remediar.

Vargas Llosa no es indiferente a la miseria en la que vive el pueblo peruano y reconoce que la indiferencia de las autoridades por aplacarla tuvo un gran impacto en que mucha gente sin esperanza se uniera a las filas de Sendero Luminoso. En este sentido, Mayta reflexiona sobre unos curas que hacían obras sociales en las barriadas del Perú y decidieron colgar las sotanas y unirse a la lucha armada: “La desesperación y la cólera que puede dar codearse día y noche con el hambre y con la enfermedad, la sensación de impotencia frente a tanta injusticia. Sobre todo, darse cuenta que los que pueden hacer algo no harán nunca nada. Los políticos, los ricos, los que tienen la sartén por el mango, los que mandan” (91).

Entender la desesperación por la que la gente decide unirse a la lucha armada no es justificación suficiente para que el autor se adhiera a la solución violenta y por ello el narrador refiere a Juanita y su otra compañera monja que al igual que los curas revolucionarios presenciaron la misma miseria y la misma indiferencia de la clase dirigente, sin embargo “El contacto con ese mundo no ha tenido el mismo efecto, en todo caso, en Juanita y María. Ninguna de las dos da la impresión de estar desesperada ni colérica ni tampoco resignada, y, hasta donde puedo darme cuenta, el convivir con la iniquidad tampoco las ha convencido de que la solución sean los asesinatos y las bombas” (91).

Asimismo, el narrador nos recuerda sobre la ilusión que le generó hallarse en París a finales de los cincuenta y enterarse de la justa reivindicación de tierras que emprendieron los campesinos en los andes peruanos. En los bistrós de París se rumoraba que posiblemente revolucionarios estaban detrás de esto, y el apoyo del partido comunista, pero luego se verificó que eran actos espontáneos de campesinos que reaccionaban ante el hambre y el abuso de los señores feudales. El narrador se imagina el proceso de la siguiente manera:

“Las comunidades indígenas [...] allá en los Andes armadas de palos, hondas, piedras [...] se trasladaban [...] masivamente a las tierras aledañas, de las que —seguramente con razón— se sentían desposeídas por el señor feudal, o por el padre, abuelo, tatarabuelo o chozno del señor feudal” (166). El narrador agrega que luego se enteraron que la toma de tierras se trató de “un movimiento espontáneo, surgido enteramente de la masa campesina, que, espoleada por la inmemorial situación de abuso, hambre de tierra, y en alguna medida, por la atmósfera caldeada de lemas y proclamas de justicia social que se creó en el Perú desde el resquebrajamiento de la dictadura de Odría [1948-1956], decidió un buen día pasar a la acción” (166).

Vargas Llosa reconoce el problema social que vive el Perú pero rechaza el modo violento y radical de resolverlo.

La novela también incluye algunos sucesos relativos a la violencia de Estado.

En la entrevista del narrador con el profesor Ubilluz, otro de los involucrados en el levantamiento que dirigía Mayta y Vallejos, sabemos que el profesor era un ávido lector de estudios revolucionarios y que tenía la biblioteca marxista más grande de Jauja. Ya en los ochenta cuando arrancó la lucha armada, las autoridades del Estado lo consideraron sospechoso por su participación en el alzamiento de 1958: “a pesar que ahora es un hombre anciano y enfermo [...] retirado de toda actividad política, las autoridades, hace un par de años, cuando las acciones terroristas cobraron auge en la provincia, quemaron todos sus libros y lo tuvieron preso una semana. Le pusieron electrodos en los testículos, para que confesara una supuesta complicidad con la guerrilla” (155).

Vargas Llosa introduce la cuestión de la tortura de parte de las autoridades del gobierno como medio para extraer la verdad. Aparte del tono de condena en la manera como se presentan los hechos, el autor resaltará un hecho aún más condenable: que muchos de los torturados por el Estado eran inocentes. Es un tema en el que insistirá en *Lituma en los Andes* y que Alonso Cueto en sus novelas también tratará.

Como consecuencia de la práctica de la violencia descontrolada en ambos bandos de la guerra, surgirá una figura bastante tratada por los dos autores: la posición imposible, sin escapatoria en la que se encontraban los pobladores de las zonas andinas donde se libraba la guerra. Estas zonas eran golpeadas alternadamente por las fuerzas del orden y por los terroristas. El apoyo de los pobladores a cualquiera de los dos bandos, apoyo casi siempre motivado por una cuestión de supervivencia, generaba terribles represalias contra los lugareños durante las visitas siguientes del bando contrario. Este drama aparece claramente representado durante la conversación del profesor Ubilluz y el narrador:

“En Jauja todo el mundo asegura que Chunán y Ricrán han desaparecido [...] era un baluarte de los insurrectos [...] por eso la aviación arrasó Chunán con napalm y murieron hasta las hormigas. En Ricrán hubo también una matanza [...] Los del pueblo habían capturado a un destacamento guerrillero y, según unos, los lincharon ellos mismos porque se comían sus cosechas y sus animales, y, según otros, los entregaron al ejército que los fusiló en la plaza [...] Luego, llegó una expedición de escarmiento, y los terrucos quintearon a los de Ricrán [...] a todos los números cinco los hacharon, lapidaron o acuchillaron, ahí también en la plaza” (164-165).

Otro tema importante de la novela es el fanatismo. A Vargas Llosa no le importa si es político o religioso, lo que le interesa es la naturaleza de éste y la manera en que opera en los que se encuentran bajo su hechizo, haciéndolos capaces de matar o morir por sus ideas.

Para abordar la figura del fanático, el narrador entrevista al Senador de izquierda Campos, que militó en el PORT junto con Mayta. El senador recuerda el día del alzamiento del 58 y sin mostrar ninguna prueba acusa a Mayta de haber denunciado ante la policía los planes del conato y que por ello fracasó. Lo acusa inclusive de contrarrevolucionario y agente de la CIA. El narrador sale de la oficina del senador y da una caminata por el centro de Lima. El cargo de delación que recae sobre Mayta sin mayor prueba lo perturba y esa perturbación se acentúa al pasar frente a la fachada del museo de la Inquisición. Recuerda que muchas de las víctimas de esta institución medieval terminaban imputadas casi siempre por delación. Decide visitar el museo y compara este monumento a la violencia, la intolerancia y el fanatismo con la situación que se vive en el Perú de ese momento:

“hay en él un ingrediente esencial, invariable, de la historia de este país, desde sus tiempos más remotos: la violencia. La moral y la física, la nacida del fanatismo y la intransigencia, de la corrupción y de la estupidez que han acompañado siempre al poder entre

nosotros, y esa violencia sucia, menuda, canalla, vengativa, interesada, parásita de la otra. Es bueno venir aquí, a este museo, para comprobar cómo hemos llegado hasta lo que somos hoy, por qué estamos como estamos” (143).

A partir de la cita uno tiene la impresión que el autor encuentra una predisposición natural del mismo origen entre el fanático religioso y el político. Idea que ilustra con pasajes de la novela. Por ejemplo, de las descripciones de la infancia de Mayta sabemos que mientras estudiaba en los salesianos (colegio religioso) era bastante beato en cuanto a su apego a la caridad y su fe católica. Sabemos que luego se volvió un fanático revolucionario. Después, en una entrevista que el narrador le hace a Adelaida, la exesposa de Mayta, nos enteramos que Juanito, el hijo que tenían en común, al igual que el padre cuando niño, también era muy beato. Esta beatitud la había aprendido de su padrastro un tal Juan Zárate. “Era por la religión [...] Juan lo educó así, beato de golpes en el pecho” (253). A los veinte años, al descubrir que Zárate tenía una amante, el muchacho enloqueció, no entendía que su padrastro “habiéndole enseñado a ser un católico a carta cabal, fuera un hipócrita” (253). Juanito pensaba que Zárate era su padre y su madre no encontró mejor consuelo para apaciguarlo que revelarle que su padre biológico era Mayta. Juanito escapó a la selva peruana y se hizo guerrillero en Pucallpa. Se unió a la lucha armada que según el relato ahora contaba con el apoyo de tropas internacionales comunistas, lo cual históricamente no es cierto pero sí existía una paranoia extendida de que pudiera ocurrir. La voz oculta del narrador se infiltra en el campamento de alzados y refiere lo siguiente respecto de Juanito:

“El hijo de Mayta replica, argumenta, alza la voz [...] su cara luce curtida con cicatrices, grave. No se ha despojado de la metralleta del hombro ni del revólver de la cintura [...] Su voz es la de un hombre que ha vencido todas las penurias —el frío, el hambre, la fatiga, la fuga, el

terror, el crimen—y está seguro de la victoria inevitable e inminente. Hasta ahora no se ha equivocado y todo le confirma que en futuro tampoco se equivocará” (258).

Las citas insinúan que el origen del fanatismo es uno solo y gran parte de él tiene que ver con el dogma, elemento esencial de la religión. De allí la propensión a que el hijo de Mayta por haber sido beato y religioso haya terminado volviéndose un revolucionario intransigente. La última cita evoca varias ideas de las lecturas de Vargas Llosa. Tanto Popper como Berlin preveían que el intento de materializar las utopías sociales eran autofrustrantes y llevaban inevitablemente a la violencia. Las armas de Juanito son el instrumento con el cual intentará imponer su razón, razón que supone infalible ahora y sostenidamente en el tiempo. Este comportamiento contraviene aquello de lo que nos alertó Camus, siempre existe la posibilidad de equivocarnos en nuestras ideas. Contraviene también la acertada receta de Popper y Berlin de efectuar cambios graduales en las sociedades, aplicando ideas de manera parcial, y verificando regularmente si se ajustan a la realidad humana, siempre dispuestos a enmendar las imprecisiones o errores de las teorías sociales. La representación de Juanito, casi invencible, sugiere que está más allá del terror y el crimen, es decir no hay nada más importante que la realización de sus ideas, aún si esto conlleva traspasar los límites de la moral y el sacrificio de vidas humanas.

En *Lituma en los Andes* es donde Vargas Llosa mejor consigue representar la figura del dogmático obnubilado por sus ideas políticas que, actuando como un autómatas, desprovisto de toda razón, ejecuta sus ideas cometiendo los más abyectos actos de violencia.

Gran parte de la novela está ambientada en el pueblo ficticio de Naccos en los Andes peruanos. Este pequeño pueblo se encuentra ubicado en el corazón de la guerra contra Sendero Luminoso. Debido a la peligrosidad del lugar las únicas autoridades del gobierno en el pueblo son el teniente Pancorvo y dos guardias civiles bajo sus órdenes, Lituma y su asistente Tomás

Carreño. Los guardias están a cargo de la investigación de la desaparición de tres personas: Demetrio Chanca, Casimiro Hurcaya y Pedro Tinoco. A partir de la pesquisa de los oficiales se presume que los responsables de las desapariciones son los terroristas. Sin embargo, al final de la novela, se nos revela que la desaparición y asesinato de los tres individuos fueron cometidos por miembros del pueblo como producto de ritos sacrificiales practicados en el lugar desde tiempos prehispánicos. También se relatan varios encuentros de los personajes con terroristas.

Paralelamente, cada noche, Tomás le cuenta a Lituma sobre sus aventuras amorosas con una prostituta llamada Mercedes, aventuras que los entretienen y les sirven de válvula de escape a los dos oficiales cuya vida pende de un hilo ante la latente amenaza de ataque de los subversivos.

La forma de operar de los fanáticos políticos está muy bien narrada en la novela. Dos pasajes ilustran esta afirmación. La intransigencia y brutalidad de los subversivos con la pareja de turistas franceses, Albert y Michèle y con la botanista, la señora D´harcourt y el ingeniero Cañas. En ambos casos el razonamiento de las víctimas antes de iniciar su viaje hacia la muerte es similar. Saben que hay una guerra interna entre el Estado peruano y Sendero Luminoso, pero de ninguna manera sospechan que dentro del esquema senderista ellos podrían ser identificados como parte del enemigo. La pareja de franceses llega al Perú para hacer un viaje de ensueño por gran parte del territorio del país. Antes de empezar el viaje, en Lima son advertidos por la embajada de su país del alto grado de peligrosidad que existe en las carreteras andinas y de penetración hacia la selva debido a la guerra interna. Les sugieren realizar el viaje por avión, pero ellos convencidos de su ajenidad con esa guerra deciden hacerlo por autobús. En medio del camino son detenidos por los subversivos. Mientras esperan siguen convencidos que al examinar sus documentos verificarán que son simplemente turistas y los dejarán continuar. La incomprensión alcanza un grado sumo de sorpresa al darse cuenta que serán ejecutados a pedradas por supuesta vinculación con el Estado peruano. Su estupefacción aparece bien

resumida a continuación en la voz de Albert: “No haga eso, señor. Somos turistas franceses, señor” (25). Es la última frase que emite antes de recibir una lluvia mortal de piedras que les partirá el cráneo. Por más que intentan explicar racionalmente su desvinculación con el gobierno, no hay argumento de defensa que sirva, sus ejecutores no entienden razones.

Del mismo modo, la señora D’harcourt y el ingeniero Cañas van hacia Huancavelica con un proyecto de reforestación en los Andes. Habían conseguido después de cuatro años de esfuerzo, financiación extranjera de Holanda y la FAO. Al llegar a la comandancia en la sierra, les asignan una patrulla para guiarlos a su destino final, pero renuncian a ella, pues argumentan no querer tener ningún vínculo con el estado. A pesar que les insisten, esgrimiendo razones de seguridad, desisten de ella. Tenían los mismos argumentos que los franceses, se sentían muy confiados y desvinculados de la lucha armada. Más tarde son apresados por los terroristas y acusados de servidores de la burguesía. Ésa era zona liberada, había una guerra y si los dejaban vivos los periódicos dirían que allí no pasaba nada, que había paz. Eran sin saberlo servidores del régimen. La señora D’harcourt les explica que: “no somos sus enemigos, no somos políticos, no trabajamos para el gobierno sino para los peruanos [...] nuestra tarea es defender el medio ambiente, los recursos naturales. Que no se destruya la naturaleza, para que en futuro haya comida y tengan trabajo todos los niños de la sierra” (118). Luego los captores pasan a entrevistar por separado a sus prisioneros. El ingeniero Cañas después de entrevistarse con los subversivos en una suerte de juicio sumario, sale muy desanimado y le dice a la señora D’harcourt: “Oyen pero no escuchan ni quieren enterarse de los que se les dice [...] Parecen de otro planeta” (119). Y efectivamente, le toca el turno a la señora D’harcourt y se deshace en explicaciones muy claras sobre su vida entera dedicada al Perú, a la ecología del país, y resalta con mucha lucidez que no existe ninguna vinculación con el Estado peruano ni con ningún otro gobierno extranjero, pero los subversivos no entienden razones, están privados de todo tipo de

sensatez. Este sinsentido le hace pensar a la señora D'harcourt que se encontraba en “un insuperable malentendido, de una incomunicación más profunda que si ella hablase chino y ellos español” (121). Los terroristas se comportan como autómatas en sus juicios de valoración, siguen un libreto acusatorio y no importa lo que uno diga en su defensa. Con estos ejemplos, Vargas Llosa intenta resaltar el patrón de comportamiento gobernado por la plaga del dogma y el fanatismo, comportamiento que está anclado en la sinrazón y que conduce inevitablemente a la violencia.

Algo característico de las ejecuciones de los senderistas era la brutalidad con las que se llevaban a cabo. Para ilustrar esta brutalidad, aparte de la lapidación referida líneas arriba, el autor relata la matanza de vicuñas en la reserva Pampa Galeras, aunque el sujeto de la matanza no suponía vidas humanas sino más bien de Vicuñas (cerca de un millar), el padecimiento psicológico de su joven guardián, Pedro Tinoco, pastor sordomudo y con retraso mental, que había sido abandonado por su familia y había encontrado el amor negado de la gente en su rebaño de vicuñas, representa uno de los pasajes más conmovedores de la literatura Vargasllosiana.

El pelo de la vicuña andina está catalogado como la fibra animal más fina y cara del mundo. En Pampa Galeras había una reserva estatal de vicuñas. Los subversivos se ensañaron contra los animales como si en ellos pudieran ver la cara del Estado burgués y capitalista. Su aniquilación fue de una brutalidad memorable. El narrador de la novela nos informa: “Cuando empezaron los tiros [...] las primeras caían desangradas, los lomos abiertos, los huesos rajados y hocicos, ojos, orejas, arrancados por los proyectiles [...] Algunas hembras, inclinadas, lamían a las crías malheridas [...] Algunos senderistas corrían al encuentro de las que trataban de escapar y las acababan a culatazos y cuchillazos [...] Pedro Tinoco reaccionó por fin. Empezó a saltar a rugir con su pecho y su estómago, a mover los brazos como hélices. Avanzaba, regresaba, se

interponía entre sus armas y las vicuñas, implorándoles con sus manos y sus gritos y con el escándalo de sus ojos” (55-56). Pero los jóvenes terroristas lo ignoraban y seguían con la carnicería. Pedrito Tinoco se acercó a uno de ellos, “se arrodilló y trató de besarle la mano, pero el lo apartó furioso” (56). Luego, uno de los atacantes se dirigió a Pedro: “Ésta es una guerra. No puedes entender mudito” (56). Finalmente, una joven guerrillera intentó consolarlo: “Llora por tus hermanos, llora por los sufridos [...] Por los asesinados y los torturados, más bien. Por los que han ido a las cárceles, por los mártires, por los que se han sacrificado” (56).

El grado de ensañamiento contra estos animales devela el desquicio fanático de los alzados. Si lo que querían era causar un perjuicio económico al Estado, no había razón de tanta crueldad en el cumplimiento de la operación. En su barbárico razonamiento, a quienes tenían por delante en esa carnicería, era al Estado mismo, personificado en las vicuñas. Además, las palabras de consuelo de la muchacha denotan una falta de empatía y pérdida de perspectiva. Qué sabía Pedro de los muertos de la revolución, era un discapacitado y las vicuñas eran el único lazo afectivo que tenía en este mundo, pero en la mentalidad del fanático comunista no caben las particularidades del sufrimiento humano, ellos son los que dictan la norma de por quién sí se ha de sufrir y por quién no.

El uso de la violencia no era un ejercicio exclusivo de SL sino también de las fuerzas del Estado en la lucha antiterrorista. Algunas denuncias de violencia de miembros del gobierno provienen del informe de Uchuraccay de 1983. El informe fue el resultado de los hallazgos de una comisión investigadora de la que Vargas Llosa formó parte, y tenía como propósito esclarecer los hechos en torno al brutal asesinato de ocho periodistas que fueron confundidos con miembros de SL, y, en consecuencia, asesinados por los comuneros del poblado ayacuchano de Uchuraccay. Entre los diferentes hallazgos en torno a los asesinatos, se incluyen también denuncias contra las fuerzas del orden: “La comisión investigadora tiene que dejar constancia del

sentimiento de protesta y temor que ha advertido entre algunos de sus informantes y en ciertos sectores de la población de la zona de emergencia, por atropellos cometidos por las tropas especiales de la guardia civil, los Sinchis, en el curso de sus operaciones” (Informe de Uchuraccay p.22). (Lima, 1983).

En un intento desesperado por obtener información en los interrogatorios, las fuerzas del orden implementaron el uso de la tortura. Aunque respecto de este tema, Ives Michaud en su ensayo político *Violencia y política* (1978) afirma que: “Puede tener al principio fines de información y de interrogatorio, pero la mayoría de las veces no es más que un pretexto instrumental y los torturadores saben ya lo que preguntan o no tienen nada que preguntar. La tortura debe en realidad quitarle al adversario todo deseo de volver a empezar y servir de ejemplo para la población” (184).

No obstante, el prendimiento y posterior tortura de Pedrito Tinoco parece tener muy poco de finalidad informativa o intimidatoria. Poco después de la matanza de las vicuñas, oficiales de la Guardia Civil al mando del Teniente Pancorvo se apersonan en Pampa Galeras y encuentran a Pedrito Tinoco en el medio de los cadáveres. Inmediatamente lo sindicaron como uno de los perpetradores y lo arrestan. La expedita incriminación de sospechoso de terrorismo con pruebas insuficientes por parte de las autoridades como el caso de Pedro Tinoco no era un caso aislado, sino que configuraba una tendencia generalizada en la lucha antiterrorista en los Andes peruanos.

Sobre el apresamiento y tortura de Pedro, Tomás le refiere los detalles a Lituma: “Yo fui con la patrulla del teniente Pancorvo a lo de las vicuñas, a Pampa Galeras. Pescamos a uno y no quería abrir la jeta. Y el teniente le dijo: <Te advierto que si comienzo a tratarte hablarás como una lora.> Y lo tratamos [...] Lo quemamos con fósforos y encendedores. Empezando por los pies y poco a poco subiendo. Era lentísimo. La carne se le cocinaba. Empezó a oler a chicharrón” (69). A Pedro lo sometían a dolores insufribles en su afán de conseguir información sobre la

matanza sangrienta de las vicuñas. Lo que no sabían los guardias civiles era que Pedrito era quien las cuidaba, que no tenía nada que ver con los subversivos y que para colmo era mudo y retrasado mental. De esto último se dieron cuenta gracias a que un policía de Abancay lo reconoció como vecino de su pueblo.

Los terroristas también cometían abusos. A veces contra miembros del Estado: autoridades políticas y policías, pero también contra pobladores comunes que no tenía nada que ver en su lucha.

Tal es el caso de los sucesos narrados en la novela sobre el pueblo de Andamarca. Estos sucesos dan fe de la posición imposible en la que se encontraban los campesinos, acorralados entre las fuerzas del orden y los subversivos. Situación de imposible resolución y bastante similar a la que he referido en mi análisis de *Historia de Mayta* sobre lo sucedido en el pueblo de Ricrán.

Los terroristas congregaron en la plaza central del pueblo a todos aquéllos que tuvieran relación con el Estado: el alcalde, el prefecto, enviados del banco agrario y otros. Algunos de los cargos políticos habían sido adjudicados a ciudadanos casi a la fuerza, lo cual convertía en culpables de sus acusaciones a inocentes que fueron forzados a desempeñar esas funciones. Una vez identificados los culpables, seguía una catarata de descalificativos. Algunos de estos insultos rezaban: perros, hienas, basuras, junto con una lista de imputaciones absurdas entre las cuales la más repetida y peregrina era la que los sindicaban por vender “el país al imperialismo y al revisionismo” (77). Acusaciones que la gran mayoría de acusados ni siquiera entendía. Finalmente, el pueblo, obligado, eliminaba a pedradas en la cabeza a miembros de su propia comunidad. El daño moral y psicológico cambió para siempre la convivencia de esta comunidad y de todas aquéllas que fueron víctimas y protagonistas de estos ajusticiamientos.

En este sentido, Yves Michaud en su artículo “Violencia y ultraviolencia en los conflictos comunitarios”, explica las implicaciones sociales y a futuro de estos actos de excesiva violencia: “La ultraviolencia es utilizada deliberadamente para producir daños irreparables. No se trata solamente de un síntoma del colapso de la comunidad: está destinada a hacer este desplome aún peor y sobre todo irreparable [...] La reconciliación a través del olvido es una bendición para los asesinos y un insulto a las víctimas. Todas las comisiones de paz y de reconciliación tienen que realizar una tarea casi contradictoria: establecer los hechos del horror y del odio al mismo tiempo que tratar de ayudar a olvidarlos, es decir, a olvidar lo inolvidable” (25).

Cuarenta y ocho horas después del ajusticiamiento en Andamarca, llegó al pueblo una patrulla de Guardias civiles y Republicanos al mando de un tal Rastrillo, apodado así por su vehemencia en el uso de la metralleta para acabar con los subversivos. Fueron a interrogar sobre los hechos. Luego registraron las casas de los miembros de la comunidad donde requisaron armas y aprovecharon para robar los ahorros que estos pobres guardaban en ataditos bajo su colchón. Finalmente apresaron a nueve sospechosos de colaborar con los terroristas y los hicieron desaparecer. Entendiendo las dinámicas de SL en la novela es muy probable que amenazaran de muerte a los pobladores para que guardaran las armas y colaboraran con ellos, de modo que el arresto y presunta ejecución de los pobladores haya sido consecuencia de la imposible posición de acorralamiento entre las autoridades y los alzados en la que se encontraban. La gran víctima de esta lucha entre el Estado y los senderistas era sin duda, el poblador andino, machacado por los dos bandos.

A través de estas dinámicas de acción y reacción el objetivo de SL parecía empezar a cumplirse. Así lo explica Gustavo Gorriti:

“El aumento de la violencia debía lograr el juego complicado de acciones y reacciones, en el que se trataba de provocar reacciones ciegas y desmedidas del Estado. Cuanto mayor fuera

el éxito en ese aspecto, tanto más fácil iba a ser transferir la carga de la culpa al Estado — objetivo central de la propaganda bélica— y tanto más difícil iba a ser mantener la imagen democrática del régimen. Los palos de ciego iban a provocar también intensos resentimientos contra el gobierno entre la gente injusta o excesivamente afectada. Lo más importante, empero, era que la respuesta desmesurada contribuiría a liquidar la paz y ayudar a que la nación se deslizará hacia la violencia” (162).

Otro aspecto del que da cuenta Vargas Llosa en la novela es la extendida corrupción que existía en los dos bandos de la guerra.

Por una parte, efectivos de la Guardia Civil aparecen vinculados a actos de corrupción. Por ejemplo, Tomás Carreño, el adjunto de Lituma en Naccos, antes de ser destacado al mencionado poblado alto andino le prestaba servicio de seguridad y vigilancia al Chanco, un conocido narcotraficante de la selva peruana.

Otra forma de corrupción dentro de esta institución consiste en los asaltos de carretera. Un ejemplo de esta forma abusiva de robo institucionalizado es el que se nos relata en torno al comerciante desaparecido Casimiro Hurcaya: “Casimiro empezó a encontrar [...] grupos armados a los que tenía que darles siempre algo de lo que llevaba: ropas, víveres, cuchillos y machetes. Comenzaron a aparecer, también, por los caminos patrullas de sinchis y de soldados. Revisaban sus papeles y saqueaban su camioneta, igual que los alzados” (155). Los sinchis eran parte de las fuerzas de operaciones especiales de la guardia civil designados casi en su totalidad a la lucha antsubversiva. Como parte de su labor efectuaban batidas y pesquisas en las carreteras en su afán de encontrar elementos que vincularan a los intervenidos con los subversivos. Sin embargo, su trabajo iba más allá, pues se aprovechaban de su autoridad para robarles a los que intervenían, bajo la camuflada figura de la confiscación.

Por otra parte, los senderistas procedían de igual manera que los de la Guardia Civil. Así como lo explica la cita del párrafo anterior, paraban vehículos buscando enemigos del pueblo y a su vez confiscaban los bienes que les fueran útiles para su lucha armada. Bajo el lema de ser los salvadores del Perú, luchando contra un Estado corrupto y abusivo, ellos mismos también abusaban del pueblo con estas confiscaciones arbitrarias. El grado de corruptela de Sendero tenía un alcance interesante, pues era capaz de pactar con su enemigo a cambio de dinero para solventar la guerrilla. Tal es el caso de la mina La Esperanza ubicada dentro de la jurisdicción de Lituma. El jefe de seguridad de ésta, Francisco López le informa a Lituma que acababan de ser atacados por senderistas. Habían matado a un trabajador y robado víveres y explosivos. Lo que le llama la atención a Francisco es que los alzados atacaron a pesar de tener un pacto económico con ellos que supuestamente garantizaba su seguridad. Francisco comenta: “Los cupos revolucionarios encarecen mucho los costos”. Lituma pregunta: “Pero si pagan cupos ¿por qué los asaltan?” Francisco responde: “Eso es lo que nos preguntamos todos. No hay lógica” (149). Aquí vemos que no sólo son capaces de pactar con el enemigo, sino que, además, no cumplen su palabra. Es una suerte de doble corrupción. Pero lo que llama más la atención es que la reflexión en la novela atiende al incumplimiento de una obligación ilegal y no a la ilegalidad de ésta, la cual aparece como algo normal. Parece ser un indicador de cómo la corrupción ha calado en la mentalidad de los actuantes. Esta forma alterna a la democrática está completamente institucionalizada en ambos bandos.

Al igual que el trabajo citado de Vargas Llosa, la trilogía novelística de la guerra contra Sendero Luminoso de Alonso Cueto (*La hora azul*, *La pasajera* y *La viajera del viento*) aborda la cuestión de la violencia política en el Perú. Varios de los subtemas que Cueto examina son los mismos que Vargas Llosa: la violencia de Estado, la violencia de los terroristas y la posición imposible de los pobladores andinos, acorralados entre los militares y los subversivos. Lo

novedoso en Cueto es el tratamiento literario de estos subtemas. Sus relatos se valen de la combinación de una clave realista y otra poética en un esfuerzo lingüístico por representar en una cabal dimensión la experiencia de la violencia y del abismo que separa a los más ricos de los más pobres.

Si Vargas Llosa hace hincapié en el aspecto ideológico y fanático que azuzó y sostuvo por largos años la revolución en el Perú, Cueto reflexiona sobre el peso del resentimiento y la ira en sus dirigentes y seguidores. Pero tal vez su mayor reflexión es en torno a la miseria en la que vive gran parte del país.

Además, otro tema novedoso que introduce Cueto es el del remordimiento de los victimarios y el dolor de los sobrevivientes, muchos de ellos mujeres, durante y después de la guerra.

En *La hora azul*, se relata la historia de Adrián Ormache, un abogado de éxito en la Lima de la postguerra senderista. Al morir su padre le da el encargo de buscar a una misteriosa mujer de su pasado, Miriam. Su padre era militar y había estado asignado en Ayacucho, el sitio más afectado por la guerra. Este encargo obsesiona a Adrián y empieza una pesquisa para saber el paradero de esta mujer. La investigación lo lleva a Ayacucho y a los suburbios pobres de Lima, lugares y realidades hasta entonces desconocidos para él. De las conversaciones con dos lugartenientes de su padre, Chacho y Guayo, se entera de muchas de las torturas y ejecuciones que organizaba su padre cuando estaba en Ayacucho. También se entera de que a Miriam la apresaron por ser presunta terrorista pero como su padre se enamoró de ella la dejó vivir y la mantuvo cautiva en su habitación en el cuartel. Adrián da con Miriam, e impulsado por una suerte de culpabilidad heredada del padre, trata de ayudarla a ella y a su hijo Miguel, que resulta ser medio hermano de Adrián. Inclusive llega a tener un breve romance con ella. Las visitas a

Ayacucho y las zonas más pobres de Lima, obran en Adrián un cambio de perspectiva, que lo hacen sensibilizarse con la miseria que ha visto.

El que conduce el hilo narrativo de la novela es principalmente Adrián pero se vale también de algunos relevos de narrador a medida que cuenta la historia. Los hechos relacionados a las torturas que llevaban a cabo Chacho y Guayo (bajo las órdenes del padre de Adrián en Ayacucho) los sabemos a través de sus propios relatos en diferentes formas: a través de la cesión de la palabra que les facilita Adrián o a través del recuerdo de Adrián respecto de lo que ellos le contaron.

Las primeras declaraciones de Chacho y Guayo en torno a las atrocidades que cometieron en Ayacucho se dan durante una reunión en Breña con Adrián:

“A veces los metíamos bajo el agua de una tina para que confesaran. Si no les hacíamos así nosotros, nos hacían ellos pues, era así. A veces les poníamos alambres en los cojones o en los senos, a veces nomás” (75). Es en este tiempo y espacio narrativo donde Adrián se entera de las torturas realizadas por ellos en Ayacucho. Junto con él, el lector también accede a esta información. Sin embargo, la totalidad de los detalles que se cuentan no la comparte Adrián con el lector en ese momento. Páginas más adelante Adrián le cuenta a su mujer, Claudia sobre algunas atrocidades cometidas por Guayo y Chacho, y así nos enteramos de más detalles: “Una vez tres soldados mataron a un bebé frente de su madre y luego la violaron junto al cuerpo de su hijito [...] pero en realidad todo esto era una respuesta a lo que hacían los de Sendero Luminoso, que quemaban vivos a sus prisioneros [...] Una costumbre senderista muy extendida: ejecutar a los alcaldes de los pueblos delante de sus esposas y de sus hijos. Los mataban delante de ellos y los obligaban a celebrar” (89). Detalles que incluyen abusos de los oficiales y de los terroristas. Luego Adrián en su obsesiva búsqueda de Miriam, llega a Ayacucho y visita el estadio de Huanta, que había sido como un campo de concentración de La Marina donde Guayo y Chacho

torturaban terroristas. Allí, *In Situ*, recuerda más fragmentos de los que le contó Guayo. Hay como una suerte de evocación del recuerdo por encontrarse en el lugar de los hechos. Idea que explica con meridiana claridad Aleida Assmann, en *Shadows of Trauma* (2006) “We expect the actual historical sites where atrocities took place to generate a more powerful experience, by virtue of our direct sensory perception [...] Having concrete and sensory experience of a particular site—with all the affecting coloring that implies—should deepen our understanding of that past event in terms of personal experience, engagement and appropriation. Otherwise our understanding of what happened remains purely intellectual” (191).

La evocación del recuerdo de Adrián en el estadio de Huanta adquiere una intensidad mayor, casi personalizada, intensidad que transmite al lector causando una suerte de visualización de los hechos narrados: “¿Cuántos habían muerto allí? ¿Cientos, miles decenas de miles? Allí habían trabajado Chacho y Guayo. La voz de Guayo. Sabes tú que, con sólo ver a un prisionero, Chacho ya adivinaba cuánto rato resistiría bajo el agua [...] Algunas veces también en vez de agua la tina estaba llena de bichos, de animales, había ratas y hormigas gigantes de la selva ayacuchana, era un aperitivo verlos así antes de enchufarlos a los cables” (170-171).

La totalidad del relato de las torturas de Guayo y Chacho es dosificada de manera tal que experimentamos una gradación ascendente de la violencia. En un primer nivel, Adrián y los dos lugartenientes están reunidos en la cantina de Breña, los hechos contados en torno a la tortura, pese a ser violentos, no abundan en detalles morbosos, y además se da en el contexto de una conversación de tres borrachos donde el alcohol y el tono anecdótico de los narradores amortigua la gravedad del asunto.

En un segundo nivel, Adrián le cuenta a su mujer lo que Guayo y Chacho le habían contado, pero en este relato detalla con mayor particularidad las atrocidades cometidas. No es casualidad que su interlocutor, sea su mujer que es madre también, y sea a ella a la que le precisa

cómo mataron a un bebé al lado de su madre a la que después violaron al lado del cadáver del niño, o sobre la obligación de esposas e hijos de ver la ejecución de sus esposos/padres y tener que celebrarla. Adrián apela al sentimiento de madre y esposa para producirle un impacto emocional, y lo consigue puesto que ella le pide que “no me sigas contando [...] Qué horror no puedo creer que haya pasado algo así, y siguió su camino hacia la sala” (89). Una posible intencionalidad del narrador personaje, Adrián, es afectar a su esposa, a la que adjetiva con similares calificaciones que, a sus suegros y clientes del estudio de abogados, representantes de una clase social tan alejada e indiferente de la desgracia de la gente miserable del Perú. A pesar que intenta afectar a su esposa, tal vez para concienciarla, ella no quiere oírlo y huye hacia la sala. Ello sugiere un síntoma de apatía aparentemente incurable, una tendencia de no querer ver el otro lado del abismo social representado a lo largo de la novela.

En un último nivel, es a través de la evocación de un recuerdo en el lugar donde se torturaba, donde se revelan las mayores morbosidades en torno a la práctica de la tortura. Qué lugar más propicio para la evocación de una tina llena de alimañas donde se sumergían a los prisioneros, que el mismísimo sitio donde ocurrían. El tenerlo allí en frente a sus ojos le da más vitalidad a la narración de estos hechos.

Por tanto, me parece que la presentación de las atrocidades de ambos bandos se dosifica según el principio de oportunidad, es decir cuando resulta mas conveniente para maximizar el nivel de verosimilitud de la ficción y el grado de afectación del lector.

El uso del lenguaje poético en la novela corresponde a aquellas instancias de la realidad de la ficción donde el lenguaje convencional resulta insuficiente. Me parece que lo poético no reemplaza la representación que se traza con el lenguaje convencional, sino más bien la complementa y así se consigue una ilustración más integral de la realidad.

A lo largo de la novela, el registro poético se utiliza en variadas circunstancias de representación: la muerte, la violencia, descripciones de espacio, caracterización de personajes, etc.

En algunos fragmentos donde se relata la violencia encontramos la yuxtaposición de estos dos discursos. Me refiero al pasaje ya citado en la primera parte de este análisis respecto de las torturas que cometían Chacho y Guayo. Ellos se lo contaban a Adrián en un bar de Breña con un tono de anécdota memorable: “A veces los metíamos bajo el agua de una tina para que confesaran. Si no les hacíamos así nosotros, nos hacían ellos pues, era así. A veces les poníamos alambres en los cojones o en los senos, a veces nomás” (75). Este discurso realista se alterna con uno poético en el que Adrián intenta fijar sus impresiones respecto de estos dos matones:

“Durante las cuatro o cinco horas que pasé con ellos los veía como a través de una cortina: dos monos felices embebidos en sus alardes, malabaristas jugando con las pelotitas de distintos colores de sus recuerdos, sus bocas como un vertedero” (75). La dimensión de las atrocidades que cometieron Chacho y Guayo está amortiguada por ese tono anecdótico con el que relatan los hechos. Pese al alcohol y al tono usado por ellos, Adrián se ve sumamente afectado, por eso, la forma de su impresión e indignación escapa a un lenguaje convencional o a imágenes realistas, en consecuencia, sólo los puede representar como animales basuralicios de cuyas bocas (como vertederos) sólo puede circular la inmundicia.

El contraste entre la representación de la Lima pudiente y la de los suburbios es una constante de la novela. Lo observamos en las descripciones de restaurantes, avenidas, medios de transporte, arquitectura, formas de hablar, de vestir, etc. Teniendo en consideración la caracterización satirizada de los personajes de la Lima pudiente, da la impresión que la insistencia en representar este abismo social, es una suerte de denuncia social o llamamiento de

atención a la clase alta limeña por su indiferencia respecto de lo que Adrián denomina el *Otro lado*, la zona de los márgenes de la ciudad donde reina la miseria.

Desde que Adrián se aventura en la búsqueda de Miriam se interna en un mundo desconocido, el de la extrema pobreza de San Juan de Lurigancho, y se acerca a la terrible miseria en la que viven los desplazados ayacuchanos como consecuencia de la violencia política en el Perú de los ochenta. Nos dice: “Saqué el mapa de Lima [...] San Juan de Lurigancho era el distrito más poblado, tenía mas de un millón de habitantes [...] Las casas eran bloques aplanados, ventanas de rejas, puertas bajas. Más cerca de la pista, letreros de tiendas, torres de llantas, carretillas atiborradas de fruta, mototaxis en fila, [...] una fila de microbuses morados” (152-154). “Mi Volvo allí parecía un barco oscuro en medio de un mar de polvo y piedras” (262).

Ante la impresión visual que le produce esta catarata de miseria, Adrián discurre: “Para mí todo eso era un territorio lunar. Jamás había pensado estar allí. Recordaba el nombre de San Juan de Lurigancho en las informaciones de resultados electorales” (152). En esta ocasión, Adrián se encuentra buscando a un tal Paulino Valle, puesto que cree que esta persona lo ayudará a dar con el paradero de Miriam. Después de visualizar los alrededores del barrio y pocos segundos antes de tocarle la puerta a Paulino, Adrián piensa, este señor “vivía a varios kilómetros de mi casa pero a una distancia sideral del planeta que yo habitaba. Yo venía del otro lado de la realidad, de una dimensión en la que la gente se sube a automóviles y se acuesta en camas anchas y se despierta mirando armarios con filas de ropa. ¿Qué le iba a decir?” (155).

La desconexión de las dos realidades es de tal dimensión que a Adrián le parece estar en otro planeta, e invadido por la perplejidad, el diálogo que deberá comenzar le supone que lo tendrá con un extraterrestre. Las imágenes antirrealistas de Cueto sirven para enfatizar las

diferencias entre las dos partes de la ciudad, las presenta separadas por un abismo social insondable.

Otro ejemplo que ilustra estas diferencias es el de los restaurantes. Como parte de su pesquisa, Adrián visita esta vez un área bastante pauperizada cerca del centro de Lima. En la primera planta del edificio donde vive Vittorino Anco, otro más de los informantes que lo llevará tras la pista de Miriam, opera un precario restaurante: “Había una columna erosionada, una baranda de aluminio, la pared forrada de plástico color crema [...] vi una vitrina con un montoncito de naranjas, un exprimidor metálico y una pizarra JUGO UN SOL” (142). Cuatro páginas más adelante en la lectura, esta precariedad de paredes remachadas con plásticos y venta de jugos al paso, contrasta con la descripción de uno de los restaurantes más sofisticados de Lima, Fiesta. “El local del restaurante Fiesta [...] un juego de muebles, alfombras acolchadas y un patio interior. Los principales platos son el arroz con pato, el tacu tacu relleno, el espesado” (146-147).

La comparación del hospital Almenara con la clínica Americana es probablemente la más contundente. Quique Salas es un practicante en el estudio de abogados de Adrián. Por una deficiencia cardíaca lo internan en la clínica Americana y luego lo trasladan al hospital Almenara. Es importante saber que en el Perú los hospitales son públicos y las clínicas privadas. Huelga decir que en los hospitales es donde se atiende la población de bajos recursos, que la conforman la gran mayoría del país. Adrián visita ambos centros de salud durante el tratamiento médico de Quique, y nuevamente repara en esa gran diferencia de las dos Limas. Al llegar a la sala de emergencias del hospital nos comparte sus impresiones:

“Me encontré en una sala de sillas, llena de gente. Era una pequeña multitud uniformizada: ropas pulidas por la suciedad, piernas cortas, cuerpos inclinados hacia delante. Una asamblea de personas esperando ver un médico [...] Un corredor de losetas. Una serie de

camas de fierros [...] En las camas, hombres demacrados con las mejillas absorbidas, el resto del cuerpo apenas sobresaliendo bajo las sábanas. La agonía estaba simplificando las facciones, disminuyendo los troncos y piernas, disciplinando el gesto de las manos. Uno de ellos tenía la boca descolgada, era como un gesto petrificado de asombro. Pensé que había una sencilla obscenidad en la muerte” (98)

La descripción de la infraestructura calamitosa del hospital y de los pacientes hacinados en los pasillos esperando que sus padecimientos sean atendidos es aterradora. La pobreza de la gente la asocia con la suciedad en sus vestidos con su estado de sometimiento y humillación, evocada por las reverencias que hacen los pacientes, inclinando sus cuerpos hacia delante, ante el pasar de señores como Adrián o los médicos. Y aún peor, todo este triste espectáculo de la miseria, de cuerpos agonizantes, de la misma muerte, se muestra como en vitrina para la distracción del paseante que circula por los pasillos. Espectáculo cuya presentación empieza en clave realista y termina en poética para representar la muerte: “Uno de ellos tenía la boca descolgada, era como un gesto petrificado de asombro” (98).

Inmediatamente después en la narración, Adrián nos describe la clínica Americana: “A diferencia del Hospital Almenara, la Clínica Americana parecía una gran casa vacía, un hotel de lujo [...] Había entrado por un corredor silencioso y limpio, y me encontraba en una sala circular [...] el escenario era immaculado” (100).

El contraste en todo nivel es evidente, pero aquello que más concierne a Adrián es el que refiere al comportamiento humano. En la Clínica Americana había una niña que daba gritos de dolor por una torcedura de tobillo. Y al volver al hospital “el silencio unánime y masivo de todos esos cuerpos me volvió a sorprender. Una niña rica con un tobillo torcido hace más ruido que una decena de pobres agonizando” (100).

Insisto en los ejemplos de contraste porque esta experiencia afecta profundamente a Adrián, le produce un cambio conductual que lo podemos observar en el trato y apreciación de sus clientes y algunos de sus familiares.

En términos de la novela, la realidad de la miseria de Lima resulta ser ajena al mundo de bienestar que disfruta la clase acomodada a la que pertenece Adrián y a la que representa muy bien a través de la caracterización de sus clientes. Ellos lo visitan frecuentemente en el estudio de abogados del que es socio. Es a partir de este contacto con ellos que Adrián conjuga un discurso convencional con otro poético para representarlos. De alguna manera la caracterización en clave satírica intenta dar señales de por qué esta gente prefiere no enterarse de la miseria de sus conciudadanos. Cito a continuación la descripción de su cliente el señor Pozuelo: “Cara afilada, sonrisa de alegría cadavérica y pelo castaño aceitado en ondas húmedas. Sus ojos flotaban en su piel como medusas muertas en el mar. En su juventud había triunfado en algunos de los torneos de tabla del club Waikiki y ahora hacía todo lo posible por mostrar los rezagos de esa juventud gloriosa: el cuello abierto, los pantalones blancos, la sonrisa playera de un triunfador recalentado” (232). Con el uso de frases de registro convencional construye un personaje de perfil engolado y frívolo, “sonrisa playera de triunfador recalentado” de cuya apariencia resalta la ridiculez, y con el poético completa la otra parte de la caracterización, el deseo de no querer ver la otra cara de Lima, “sus ojos flotaban en su piel como medusas muertas en el mar”. La imagen que evoca dos medusas muertas en vez de ojos sugiere la ceguera social del personaje y el carácter gelatinoso del animal podría aludir a lo escurridizo que se hace esta realidad miserable a los ojos de la clase social que critica.

También se vale de su familia política para resaltar esta apatía social que le comienza a perturbar. En una reunión de una tía política, Dina Arteaga, la banalidad de la conversación empieza a enfurecerlo, y su rabia la dirige hacia el vestido florido de la señora. Por accidente le

tira el café encima. Le dice: “Si no te pusieras estos vestidos de cotorra loca no me hubiera distraído” (293). Y en otra reunión en casa de su suegro, que siempre alardeaba de sus viajes a Miami, tuvo otro incidente similar. El suegro comenzó: “Acababan de inaugurar un restaurante exquisito en Little Havana un sitio de chuparse los dedos, eso me han contado, un arroz con seafood increíble, oye, a ver si vamos una semanita a Miami para comer” (293). La irritación de Adrián no la pudo controlar y le encajó en la cara a su suegro: “No te conviene comer arroz con mariscos porque te sube el colesterol, y mira que te has engordado. Mas bien haz dieta y ejercicio que eso te va a hacer bien [...] Tienes que entender que tirarse a putas caras no es lo único que hace quemar grasa” (294).

Sus exploraciones por las zonas más pobres de Lima donde ahora residen sobrevivientes de la guerra interna, algunos de ellos, posiblemente, víctimas de las atrocidades que dirigió su padre, lo han transformado. Él mismo reconoce que “yo sentía que otro hombre había llegado a habitar mi cuerpo” (293). La frivolidad de la clase dirigente, su ensimismamiento e insensibilidad con la miseria, que antes no le había afectado, ahora lo enfurece y le está haciendo perder la cordura.

Es en este contexto que Cueto nos ofrece la más profunda de sus reflexiones sobre la lucha armada. Lo hace analizando el perfil físico y psicológico de Abimael Guzmán. A partir de una foto que muestran del líder de Sendero Luminoso en la televisión, Adrián discurre:

“Una cabeza gris, un santo maligno, una explosión silenciosa en una piel inmunda [...] La cara de Abimael era un paquete de facciones disciplinadas por la gravedad, ojos negros y secos como guijarros, el cuerpo grueso agilizado por la rabia, la furia recogida, una sábana fría sobre un horno de sangre [...] la rabia le permitía mirar el mundo de frente. Y esa mirada de frente al mundo había sido el don que había ofrecido a sus seguidores, la gente que siempre había

mantenido la cabeza gacha y que se había quedado callada y que sólo con él la había alzado... Darle una forma a la rabia, la esperanza de la rabia” (229).

Para hacer posible la revolución en el Perú no hubiera sido suficiente con el fanatismo ideológico de Abimael ni con sus propios odios de clase. Él y el resto de los líderes de SL aprovecharon la coyuntura socioeconómica del Perú de la década de los setenta y ochenta en que la mayoría de la población andina vivía en la absoluta miseria ante la sostenida indiferencia de los gobiernos que no los incluían en su proyecto de Estado. Ante esta situación, Abimael supo reconducir las humillaciones e iras de los olvidados del Perú, las acogió, las acumuló en bancos de odio que supo almacenar hasta darle forma de un proyecto de venganza colectiva que buscaba reivindicaciones sociales. Esta idea la explica con mucha claridad Peter Sloterdijk en su ensayo sociopolítico *Ira y tiempo* (2006) de la siguiente manera: “A través de la cultura del odio, la ira se lleva al formato de proyecto [...] las intenciones de venganza se pueden mantener durante amplios espacios temporales: es más, son incluso transferibles de una generación a otra. Si se consiguen los niveles de transferencia a los agentes siguientes, se habrá formado una auténtica economía de la ira. El bien de la ira ya no se acumula de forma casual ni se malgasta ocasionalmente; se transforma en objeto de cultivo y de una producción con forma de proyecto. En cuanto tal, forman un tesoro que abre a sus poseedores accesos a motivos que están por encima de las personas [...] En el plano colectivo, la idea es enfocarse en el “proyecto histórico-mundial de una revolución, planteado de forma clarividente, en favor de los humillados y ofendidos” (Kindle Locations 1311-1331).

Este discurso reivindicatorio prendió como paja seca en la zona andina del Perú y luego se extendió por casi todo el territorio nacional convirtiéndose en uno de los episodios más desoladores de la historia del Perú.

Cueto condena el quehacer terrorista de Abimael. Las impresiones de Adrián distan mucho de presentarlo como el reivindicador de los pobres de Perú. De hecho, lo representa como un odiador patológico cuya enfermedad mental se manifiesta en su aspecto físico. No obstante, reconoce, con mucha frustración y casi con la pérdida de la cordura, siempre a través de las impresiones de Adrián, que una parte de la culpa de la guerra la tiene la clase dirigente del país. Da la impresión que le parece increíble que después de una guerra de diez años con más de setenta mil muertos, las cosas no hayan cambiado: la misma pobreza, el mismo abandono ante la misma indiferencia de la clase dirigente que puebla la novela. La rabia de Adrián puede ser leída como una manera de alertar que si no se hace algo por remediar la situación la guerra podría volver a estallar.

Si *La hora azul* principalmente reflexiona sobre la problemática del gran abismo social que existe entre los que más tienen y los más pobres del Perú y también sobre episodios de violencia de los dos bandos de la guerra, *La pasajera* y *La viajera del viento* nos ofrecen el relato de los efectos traumáticos de los victimarios y sus víctimas. La idea de observar los efectos traumáticos en ambos lados de la ecuación y no sólo del lado de la víctima los presenta Aleida Assmann en *Shadows of Trauma* con mucha claridad:

“The increased importance of the concept of trauma in our own day reflects a growing sensibility regarding the phenomenon of violence, both in terms of the suffering it causes and in terms of issues related to culpability” (4). Idea que desarrolla en profundidad Cueto en estas dos novelas.

Además, es importante notar que las coprotagonistas de la trilogía de Cueto son mujeres injustamente acusadas de terrorismo y consecuentemente torturadas y violadas por miembros del orden del Estado peruano.

La trama de estas dos novelas es bastante similar. Parte de los hechos narrados están ambientados al final de la lucha armada, poco antes o poco después de la captura del jefe de Sendero Luminoso, Abimael Guzmán en 1992.

En *La pasajera* el capitán del ejército peruano Arturo Olea está destacado en Ayacucho bajo el encargo de combatir los últimos estertores de la guerra interna. Lo acompañan también los lugartenientes de *La hora azul*, Chacho y Guayo. El coronel al mando del cuartel le asigna a Arturo la tarea de entregar a Delia, una presunta terrorista de 16 años, a la tropa para que la violen y terminada la violación la ejecute. Arturo le promete a Delia que si no ofrece resistencia a la tropa le dejará ver a sus padres que también estaban detenidos. Promesa que no cumple porque los padres ya habían sido ejecutados, pero que trata de compensar perdonándole la vida y dejándola escapar. Acabada la guerra vuelve a Lima donde intenta recomenzar su vida y dejar los recuerdos traumáticos en el olvido. Poco después de su arribo a la capital, su mujer e hija mueren en un accidente de tránsito. No mucho después, mientras hacía taxi y de manera fortuita Delia aborda su auto como pasajera. A partir de entonces, los recuerdos traumáticos de Ayacucho reviven en su mente y el remordimiento por lo que le hizo a Delia lo hará por un lado enfrentar al coronel por la orden deshonrosa que le obligó a cumplir, y por otro, perseguirla, para ayudarla económicamente y así poder aplacar su culpa.

Similarmente, en *La viajera del viento*, Ángel, miembro de las fuerzas armadas del Perú, está destacado en Ayacucho y le asignan la misión de deshacerse de los cadáveres de varios presuntos terroristas que acaban de torturar y ejecutar. La orden incluía rematar a cualquier sobreviviente de la ejecución. Mientras Ángel se deshacía de los cuerpos, una mujer que había sobrevivido, Eliana, se levantó y le rogó por su vida. Ángel por inercia, invadido por la locura de la guerra, nos relata el narrador, sólo atinó a dispararle. Ya de vuelta en Lima, Ángel parece tener trastornos mentales puesto que conversa con la fotografía de su madre. También participa en

luchas de cachascán (lucha libre) donde a veces pega y se deja pegar como una manera de liberar los traumas de la guerra. Además, trabaja de vendedor en una tienda de artículos de cocina y Eliana aparece en la tienda como clienta. Al igual que a Arturo en *La pasajera*, el reencuentro con Eliana reaviva los recuerdos traumáticos de Ángel y confronta a su superior por la orden que le hizo cumplir. Para intentar aplacar su culpa intenta ayudar a Eliana económicamente, pero ella lo rechaza. Se enzarzan en una riña en la que aparece un hombre, tal vez un acosador de Eliana, al que ella termina matando. Ángel, decide inculparse y servir en la cárcel por ella en un intento de conseguir su perdón. Dicho esto, hay que resaltar que la narración insiste en el desequilibrio mental de Ángel, lo cual, a ratos, hace suponer que el soldado podría estar imaginando los hechos del encuentro con su víctima en Lima.

En cuanto al dolor de las víctimas, en *La pasajera* Cueto nos expone como el asalto del recuerdo de la violación de Delia se reactiva en su memoria al reencontrarse con Arturo. La noche después del reencuentro, Delia corre a la cima del morro solar, un promontorio de la costa limeña, y piensa en suicidarse saltando por el acantilado. Nuevamente, Cueto, utiliza el discurso poético para capturar el momento en que Delia mirando hacia el fondo del mar contempla quitarse la vida: “Abajo se movía la curva del mar, era el agua como un gran puñal abierto, la mano de un monstruo entrando a la ciudad” (38). Es fascinante como el autor se sirve de un accidente hidrográfico para recrear la imagen de la violación que sufrió Delia, el agua entrando al continente, horadándolo. Aunque el recuerdo de la experiencia traumática la orilla a querer quitarse la vida, la idea de abandonar a su hija Viviana, producto de la violación colectiva que sufrió, la detiene.

En *La pasajera* y *La viajera del viento* Cueto da cuenta de la compleja telaraña de posibilidades de excesos que ocurrieron dentro de la lucha antisubversiva en el Perú. Uno de esos

excesos tiene que ver con el cumplimiento de una orden deshonrosa cuya inobservancia supone el castigo de ser acusado de traición.

En *La pasajera* el Capitán Arturo Olea recibe la orden de su superior, el coronel, de organizar la tropa para que violen a Delia. En un intento de dramatizar y cuestionar aún más el propósito y severidad de la orden Cueto ambienta temporalmente estos sucesos pocas semanas antes de la captura de Abimael Guzmán, cuando Ayacucho, nos dice el narrador, estaba prácticamente apaciguado, pues habían pasado cuatro años desde el cese de hostilidades; y además nos revela que la joven y su familia habían sido acusados falsamente. El sentimiento de culpa lleva a Arturo a un padecer psicológico terrible que intenta aplacar metódicamente y de cuyo operar los lectores somos testigos porque la narración nos permite acceder a su mente enferma. Los procesos de deliberación patológica se representan por medio del control de la intriga construida a partir de la repetición de frases y una magistral dosificación del ritmo narrativo.

El primer paso en el proceso de aplacamiento de la culpa es la penalización de su victimario. Arturo le sustrae los ahorros de jubilación al coronel, que a diferencia de él, no está perseguido por los traumáticos recuerdos, pues padece de Alzheimer. Así es como resuelve hacerlo: “Yo no lo olvido [...] Usted felizmente que está así como está. Usted escapó. [...] Pero yo no. Y ella tampoco. Nosotros no pudimos escapar. Yo soy un desgraciado, eso es lo que soy. **Mucho peor que eso. Mucho peor.** No sé cómo llamarme. Pero hay que hacer algo. **Esto no puede quedar así. No puede quedar así.** Por eso es que usted tiene que darnos algo. Yo sé donde guarda usted el dinero” (52). El coronel parece no enterarse de lo que dice el capitán, se mantiene desafecto del peligro potencial que sí es percibido por el lector gracias al efecto de intriga que se consigue con la repetición de frases indicadas en negrita y por la demora intencionada en revelar qué le hará al coronel. El lector vacila angustiosamente sobre la posible

resolución de venganza: ¿lo matará? ¿le dará un golpe?, es sólo al final del párrafo que sabemos que simplemente le quitará el dinero de sus ahorros de jubilación.

El segundo paso, consiste en un intento de redimirse. Intenta entregarle a Delia el dinero sustraído como una forma de compensación para ella y de aplacamiento de su culpabilidad para él. Ella rechaza el dinero y lo tira por el aire. Arturo va por su arma al auto y apunta directamente a Delia que lo mira serenamente. Entonces el narrador nos sitúa en la mente de Arturo y nos presenta el padecer psicológico por haber acatado la orden, se crea un suspenso entre el escalamiento de su angustia culposa y el deseo de apretar el gatillo y de matarla, pues así ya no tendría que lidiar con ella, con el recuerdo de lo que hizo: “Él también era responsable, como si hubiera hecho cola con violadores como Chacho y Guayo, que eran y seguirán siendo sus amigos. Arturo era igual que ellos. Era peor. Había podido reconocer el valor de los actos. No había tenido la suficiente fuerza. No se había atrevido a rebelarse contra el coronel y contra los soldados. Había podido hacerlo pero había seguido las consignas de los Chacho y Guayo que pueblan el mundo. No había cumplido las órdenes del coronel, sino las del miedo que crecía en su piel. La rabia, la vergüenza, el dolor que lo habían acompañado desde entonces se resolvían en ese instante solo como un deseo de matarla” (106). Hasta aquí, el desenlace a este nudo narrativo parece ser la ejecución de Delia, pero la tensión se disipa de otra manera cuando él deja de apuntarla y se pone la pistola en la boca sugiriendo su propio suicidio. Delia se acerca y le retira suavemente la pistola y la tira a un lado. La policía lo arresta y se lo lleva.

¿Por qué Delia le salva la vida a su victimario? Tal vez para que no escape del padecimiento del recuerdo y hacerlo sufrir con ello hasta sus últimos días. O tal vez, al perdonarlo se perdona a ella misma y así se libera también de todo aquello que le pasó en Ayacucho.

En el paso final, Arturo resuelve eliminar al coronel y así terminar con la pesadilla de sus recuerdos. El proceso mental hasta esta deliberación última nuevamente se nos muestra accediendo a la mente de Arturo:

“Arturo lo miró perdido en su tiempo. Volvió a escucharlo dando órdenes en el cuartel. Allí estaban otra vez sus palabras. Mire, Capitán. Si no me obedece entonces lo denuncio por colaborar con los terroristas y lo mando al calabozo. Y después lo despacho a Lima para que hagan lo que quieran. Ya sabe lo que pasa con los traidores, Capitán. Así que no se meta conmigo. El capitán Arturo Olea sacó la pistola del bolsillo, le apuntó y le dijo: ‘Aquí nos paga algunos muertos coronel’” (116). Frase que anuncia el advenimiento de su acto de venganza y que es además una referencia directa al cuento de García Márquez “Un día de estos” en que el dentista le dice la misma frase al alcalde del pueblo antes de extraerle una muela sin anestesia. Seguidamente, “El coronel lo observaba. **Parecía querer decir algo** y Arturo **comprendió** que en ese instante su jefe **empezaba a entenderlo** todo: las noches de tortura en Ayacucho y las colas de violaciones y la vergüenza y los remordimientos secretos, la deshonra del uniforme y la traición a los juramentos en los que alguna vez él también había creído. El largo sonido de los gritos y la extensión de los rostros a los que él había cubierto con un plástico y que lo perseguían. El coronel lo **estaba entendiendo** todo en esos ojos tan tranquilos y quizá resignados [...] y en ese mismo **instante parecía** aprobar lo que Arturo estaba a punto de hacer. Muy bien Capitán. Creo que es lo justo. Era lo que haría un buen soldado después de todo, tratar de hacer alguna justicia con su arma [...] Yo deshonré el uniforme. Usted va hacer lo correcto, capitán. Se lo ordeno, proceda usted” (116-117). La clave enumerativa en que se presentan los actos indignos y las consecuencias psicológicas de haberlos cometido van sustentando en la mente trastornada de Arturo la justificación para asesinar al coronel. Esa enumeración lo azuza, lo legitima en su empresa asesina. Finalmente, las frases en negrita representan las alucinaciones de Arturo,

alucinaciones en cuanto son falsas percepciones de la realidad, por ejemplo, las visuales cuando dice que “el coronel parecía querer decir algo” o cuando Arturo “comprendió que su jefe empezaba a entenderlo todo” o que “el coronel parecía aprobar lo que Arturo estaba a punto de hacer”. Y entre las auditivas, donde cree oír al coronel aprobar lo que está punto de hacer: “Yo deshonré el uniforme. Usted va hacer lo correcto, capitán. Se lo ordeno, proceda usted”. Estas alucinaciones lo precipitan a disparar. La construcción narrativa de la deliberación mental con sus enumeraciones y posibles alucinaciones evocan un ritmo vertiginoso que envuelve al lector en una intriga en torno al destino final del coronel, que se resuelve en la línea final: termina con un tiro en la frente.

De la misma manera, en *La viajera del viento*, Ángel recibe la orden de su superior de trasladar los cadáveres de presuntos terroristas, previamente torturados y ejecutados, a una zona de recojo en la carretera. Se le ordena disparar a quemarropa a cualquiera de los cuerpos, si acaso alguno estuviera aún con vida. Mientras Ángel se ocupa de su labor, Eliana se levanta entre los muertos y le pide clemencia. Ángel claramente trastornado por la violencia reflexiona poco y le dispara.

Arturo y Ángel vuelven a Lima y en principio los recuerdos de la guerra parecen no inquietarlos pero el azar hace que los dos se encuentren con sus víctimas, Delia y Eliana respectivamente. El encuentro con sus víctimas revive en ellos los actos de violencia que cometieron. Los recuerdos vuelven de manera asediante y los perturban.

Por un lado, Arturo visita al Coronel enfermo ahora de Alzheimer y le increpa los actos que le hizo cometer: “Yo no lo olvido [...] Usted felizmente que está así como está. Usted escapó. [...] Pero yo no. Y ella tampoco” (52).

Por otro lado, Ángel visita a su superior, el capitán en el hospital con la misma intención que Arturo. Y el capitán también parece haber perdido la conciencia. Una enfermera informa:

“No se moleste en hablarle. No lo puede entender” (43). Asimismo, como parte de su perturbación, Ángel habla constantemente con las fotos que guarda de su difunta madre y del capitán.

Las novelas refieren el pasado a través del recuerdo, son en parte novelas de memoria histórica y resulta curioso que los dos superiores, responsables en parte de la violación de Delia y la ejecución fallida de Eliana se hayan librado con sus enfermedades del peso del recuerdo. Ambos han perdido la conciencia. Entonces el padecer psicológico de la culpa de Arturo y Ángel no puede ser compartido con sus superiores, los dos protagonistas tienen que soportar toda la carga de la culpa.

Arturo y Ángel se embarcan en una empresa que busca el perdón de sus víctimas para así poder liberarse de la perturbadora culpabilidad. Los dos, dentro de su padecer psicológico que roza la obsesión compulsiva, creen que hay una fuerza externa que los empuja a compensar a sus víctimas y de ese modo obtener el perdón. La fuerza que impulsa a Arturo es la de su hija y mujer que murieron atropelladas poco tiempo después de su retorno a Lima. Él siente que su familia en la otra vida le ha ordenado que ayude a Delia, que haga un bien para poder borrar o disminuir el mal que hizo y así la estancia de su familia en el más allá será más placentera. Está claro que al ayudar a Delia él también obtiene el beneficio de descargar parte del peso de su culpa. La fuerza que estimula a Ángel es de orden fatídico: “Era un mensaje. Ángel pensó que era un hombre afortunado. El azar había sido generoso, le había enviado a esa mujer otra vez [...] Buscarla, hablarle, decirle lo que debía. Era un encargo del destino” (48). Ambos protagonistas intentan compensar a sus víctimas con dinero. Estos dineros provienen de actos que intentan redimir el pasado, en el caso de Arturo del robo de los ahorros del coronel y en el caso de Ángel de las palizas que recibe en sus peleas psicoterapéuticas de cachascán. Ni las palizas ni el robo alcanzan para compensar por sus crímenes. Por ello sus víctimas rechazan el

dinero. Este rechazo da lugar a un tipo de compensación más onerosa: Arturo asesina al coronel y Ángel se culpa del asesinato del hombre que acosaba a Eliana. La muerte del coronel aparece en la portada de los periódicos y puede leerse como un mensaje dirigido a Delia en el que se subraya que por fin alguno de los perpetradores de su tragedia ha sido castigado. Y esta muerte también alivia a Arturo que acabó con su victimario. Los tres años que pasa Ángel en prisión por atribuirse el homicidio que cometió Eliana intentan compensar sus crímenes, y parece que consigue redimirse, tal es así que al salir de la cárcel se encuentra mejor psicológicamente y forma una familia. Parece que ambos personajes han descargado su culpa y por tanto les ha sido posible continuar con sus vidas. Es una suerte de reconciliación con el pasado.

Finalmente, creo que mi análisis de las novelas de Vargas Llosa y Cueto en este capítulo examina en detalle elementos claves que, desde la verdad de la ficción, traen nuevas luces para aclarar la complejidad de la guerra que libraron los peruanos contra Sendero Luminoso.

## Conclusiones

El marco temporal de esta tesis comprende principalmente dos décadas de convulsión política de la historia del Perú: la década de 1980 marcada por la guerra contra Sendero Luminoso y la década de 1990 definida por la dictadura bicéfala de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos. También comprende otros dos regímenes dictatoriales, el de Odría entre 1948 y 1956 Perú y el de Trujillo en la República Dominicana entre 1930 y 1961. Todos ellos, vistos a través de las novelas políticas de Mario Vargas Llosa y Alonso Cueto.

El análisis de las novelas de Vargas Llosa y Cueto que he presentado en esta tesis, se concentra primordialmente en las dinámicas thymóticas entre una variada selección de emociones humanas como la ira, la venganza, el resentimiento, el afán de reconocimiento, los celos, el altruismo, la codicia, el fanatismo, la culpabilidad. La razón de mi enfoque en estas dinámicas se debe a que, según los hallazgos de este estudio, las pasiones constituyen el motor que anima los mundos literarios que se narran en las novelas de los dos autores.

Estas dinámicas de emociones no solamente animan la trama de las novelas sino que en muchos de los casos producen cambios estructurales en las circunstancias históricas, económicas y políticas de los universos novelados. Por ejemplo, en *La fiesta del Chivo*, de Vargas Llosa, los conspiradores que asesinan al dictador dominicano Leonidas Trujillo no lo hacen en nombre de una ideología política sino más bien azuzados por motivaciones individuales. Cada de uno de ellos había sido afrentado y humillado por el dictador. Todos ellos guardaban un resentimiento que los hizo obrar en conjunto para asesinarlo. Estas venganzas personales resuelven el destino del país: ponen fin a la cruenta dictadura de Leonidas Trujillo, El Chivo. De la misma manera, en *Grandes miradas* de Cueto, los celos y la codicia de un personaje menor de la novela, Mati, genera un escándalo mediático por la revelación de un video en el que el Jefe de la Inteligencia

Nacional peruana, Vladimiro Montesinos aparece sobornando a un congresista de la República. Un rapto de celos de la asistente de Montesinos, Mati genera un escándalo de tal magnitud que precipita la caída del régimen dictatorial de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos.

Para explicar la dinámica entre la humillación y la venganza he utilizado los desarrollos teóricos de Nietzsche, Scheler y Sloterdijk en torno al resentimiento. Scheler en *El resentimiento en la moral* explica que el resentimiento surge en el ofendido por su imposibilidad de repeler la humillación, pues si pudiera hacerlo, su contestación saldaría la ofensa y no germinaría el resentimiento. Sloterdijk en *Ira y tiempo* agrega que el plan de venganza para resarcir la humillación se fragua bajo el influjo de la impotencia de no poder realizarlo, porque ello podría amenazar la vida. El aplazamiento da lugar a una meditada planificación de la venganza que muchas veces ocurre en torno a maquinaciones de aguda inteligencia. Fenómeno, este último, que Nietzsche en *La genealogía de la Moral* refiere como humillación transitoria y despliegue de inteligencia superior. Es decir, la manera en que un ofendido tolera la humillación porque sabe a todo momento que es pasajera, y la tolera sólo mientras prepara su inteligente plan de venganza. Por ejemplo, en *Conversación en La Catedral* de Vargas Llosa, el jefe de Inteligencia Nacional, Cayo Bermúdez, pese a su cargo de alto mando del gobierno, sufre el rechazo social de la oligarquía peruana. Rechazo que la oligarquía intenta disimular pero que sólo ha conseguido germinar en él un resentimiento de clase. Cayo clama venganza pero aguarda durante un buen tiempo hasta que las circunstancias le sean favorables. Finalmente, aprovecha la sospecha de una conspiración contra el régimen de Manuel A. Odría para humillar a varios miembros de la oligarquía peruana y desestabilizar las finanzas de uno de ellos, las de Fermín Zavala. Lo sanciona quitándole la concesión de medicinas del Bazar de las Fuerzas Armadas e impidiéndole continuar con la construcción de obras públicas para el Estado.

En esta misma línea de humillaciones y venganzas postergadas, han resultado útiles las reflexiones de Sloterdijk en *Crítica de la razón cínica* en cuanto a las ventajas que ofrece la aparente posición de debilidad en las relaciones de poder. Para ello da el ejemplo del pueblo judío que comprendió “el saber irónico que todo es pasajero, incluso los despotismos y los opresores y lo único que queda es el pacto del pueblo judío con su Dios” (347). Agrega que fueron ellos los que “descubrieron el poder de la paciencia, la debilidad y el suspiro” (347). Y para probar su idea, nos recuerda de cómo el pueblo judío pasó de ser el pueblo perseguido por los romanos al pueblo que cumplió un papel fundamental para que el cristianismo se convirtiera en la religión oficial del imperio.

El argumento histórico de Sloterdijk que ilustra a través de la relación entre pueblos y religiones la eficacia de la falsa posición de la debilidad para subvertir el poder, ha servido para explicar el mismo fenómeno entre individuos en el universo de las novelas.

Similarmente a lo que explica Sloterdijk, Mati y Gabriela en *Grandes miradas* y La Retaquita en *Cinco Esquinas* ejercen su poder frente a Montesinos desde la posición de la debilidad. Estos personajes subalternos bajo el influjo de los celos y la codicia en el caso de Mati; del deseo de venganza y altruismo en el de Gabriela y La Retaquita, se invisten de una aparente postura de debilidad con el propósito de subvertir el poder. En el mundo narrado de los dos autores se subraya el protagonismo de la mujer, que bajo el influjo de las pasiones, se convierte en catalizadora del cambio político con el que el Perú inaugura su historia del siglo XXI.

Para explicar el fenómeno del terrorismo mundial y en particular el de Sendero Luminoso que se trata en las novelas, las ideas de Scheler y Sloterdijk en torno al resentimiento han sido muy ilustrativas. Scheler explica que la organización de muchas democracias occidentales sí constituye un clima propicio para una poderosa carga de resentimiento. En estos sistemas

democráticos que propugnan la igualdad de derechos, advierte Scheler, donde la igualdad social es públicamente reconocida y en la que cualquiera puede compararse con cualquiera se verifica que en la realidad sólo algunos pocos tienen acceso a los privilegios en cuanto a la riqueza, el poder y la educación tangibles. El divorcio entre el esquema legal-jurídico de igualdad y la realidad de desigualdades humilla al sector afectado y el agravio continuo del sistema resulta en la creación de una sed de justicia en la víctima que quisiera repeler el agravio, pero por razones de posición de poder o riesgo de la vida misma, no es posible. Entonces esta impotencia de los agraviados para desafiar el sistema en el plano colectivo, o del agraviado para desafiar al ofensor en el plano individual produce resentimiento.

En cuanto al manejo político de este malestar colectivo producto de las injusticias sociales, Sloterdijk en *Ira y tiempo* complementa las explicaciones de Scheler y advierte que la mejor manera de mantener la ira que produce el resentimiento es convirtiéndola en conservas de odio. “A través de la cultura del odio, la ira se lleva al formato de proyecto [...] las intenciones de venganza se pueden mantener durante amplios espacios temporales: es más, son incluso transferibles de una generación a otra. Si se consiguen los niveles de transferencia a los agentes siguientes, se habrá formado una auténtica economía de la ira” (Kindle Locations 1311-1323). Los arrebatos de ira a nivel individual o colectivo, sin un proyecto bien planeado, cree Sloterdijk, son dispendios de ésta y se corre el peligro de fracasar en el plan de venganza. En el plano colectivo, la idea es enfocarse en el “proyecto histórico-mundial de una revolución, planteado de forma clarividente, en favor de los humillados y ofendidos” (Kindle Locations 1328-1331).

Para hacer posible la revolución en el Perú no hubiera sido suficiente con el fanatismo ideológico de Abimael Guzmán, líder de Sendero Luminoso, ni con sus propios odios de clase. Él y el resto de los líderes de SL aprovecharon la coyuntura socioeconómica del Perú de la década de los setenta y ochenta en que la mayoría de la población andina vivía en la absoluta

miseria ante la sostenida indiferencia de los gobiernos que no los incluían en su proyecto de Estado. Ante esta situación, Abimael supo reconducir las humillaciones e iras de los olvidados del Perú, las acogió, las acumuló en bancos de odio que supo almacenar hasta darle forma de un proyecto de venganza colectiva que buscaba reivindicaciones sociales.

En *La hora azul*, Cueto esboza una idea muy similar a la de Sloterdijk en torno al manejo de la ira y la humillación al describir al cabecilla de SL: “la rabia le permitía mirar el mundo de frente. Y esa mirada de frente al mundo había sido el don que había ofrecido a sus seguidores, la gente que siempre había mantenido la cabeza gacha y que se había quedado callada y que sólo con él la había alzado... Darle una forma a la rabia, la esperanza de la rabia” (229). Pero el planteamiento de la idea de Cueto es muy lacónico y las explicaciones de Scheler y Sloterdijk han ayudado a desarrollarlo y entenderlo mejor.

Algo en lo que sí ha profundizado Cueto en su trilogía novelística que trata la guerra contra SL es en una de las posibles razones que produce la humillación colectiva: el abandono del Estado peruano y la indiferencia de la clase dirigente ante la miseria en la que vive una gran mayoría del país. Cueto presenta una cantidad abrumadora de ejemplos donde compara las marcadas diferencias entre barrios, restaurantes, hospitales y medios de transporte, de ambos lados del espectro social y resalta el abismo existente. Es en este ámbito en que se percibe la gran reflexión del autor, y la manifiesta en la conducta del protagonista de *La hora azul*, Adrián. Éste aunque condena el quehacer de los terroristas, parece reconocer con mucha frustración y casi con la pérdida de la cordura que una parte de la culpa de la guerra la tiene la clase dirigente. Da la impresión que le parece increíble que después de una guerra de diez años con más de setenta mil muertos, las cosas no hayan cambiado: la misma pobreza, el mismo abandono ante la misma indiferencia de la clase dirigente que puebla la novela. La rabia de Adrián puede ser leída como

una manera de alertar que si no se hace algo por remediar la situación la guerra podría volver a estallar.

Otro componente importante respecto del terrorismo de SL, es el aspecto ideológico que respalda la violencia. Este componente aparece ilustrado en *Historia de Mayta y Lituma en los Andes* de Vargas Llosa. Para explicar el fanatismo y la violencia ejercida por SL he utilizado los argumentos de Albert Camus, Isaiah Berlin y Karl Popper en torno a las ideologías políticas.

En la década de los sesenta, Vargas Llosa era un socialista convencido y creía que sólo a través de la revolución se podía poner fin a las injusticias sociales que azotaban América Latina. Sin embargo, las críticas del autor a algunos excesos de la Revolución cubana le granjearon la antipatía de la izquierda que se empeñó, desde entonces, en conducir una campaña de desprestigio, que atacaba sus novelas, sus ideas literarias y en ocasiones, los ataques alcanzaban al mismo autor en lo personal. Esta situación obligó a Vargas Llosa a reposicionarse frente a la izquierda. En ese reposicionamiento, gradualmente empieza a decepcionarse del socialismo y a acercarse al liberalismo. Las lecturas de Camus Berlin y Popper serán decisivas en este giro ideológico del autor.

De Camus adoptará la tesis que exige el respeto de los límites de la moral en la ejecución de cualquier proyecto político. Es decir, ningún fin futuro, por bueno y promisorio que parezca debe atropellar las leyes morales en el camino a su realización. De Berlin rescatará la suspicacia ante las grandes ideologías que intentan organizar la sociedad. Lo que ellas postulan no puede considerarse verdades absolutas, los conceptos deben estar en constante prueba. Deben de estar de acuerdo con la realidad y alineadas con el sentido común y nunca al revés. Puesto que un reajuste de la realidad humana para calzar dentro de una idea incompatible con ella no traería otra cosa más que opresión y violencia. De Popper adoptará la idea de que la manera razonable de conseguir cambios sociales positivos es a través de un reformismo gradual y no a través de la

revolución que propone una reconstrucción total de la sociedad. En su propia conceptualización de Popper, Vargas Llosa explica en *La llamada de la tribu* que “el reformista reconoce que no se puede cambiar todo, por ello sabe que no hay manera de prever ni controlar los movimientos de la sociedad, a menos de someterla a un régimen dictatorial en el que, mediante el uso de la censura y la fuerza, todas las conductas se ajusten a una forma decidida de antemano por el poder” (Kindle Location 2167- 2201).

Las ideas de estos tres autores, las reflexiones de Vargas Llosa entorno a ellos, y su antigua adhesión socialista me han resultado muy útiles para analizar los pasajes en que se presentan a los fanáticos políticos esgrimiendo sus utopías sociales, defendiéndolas e imponiéndolas con intransigencia o cometiendo actos terribles de violencia en nombre de una idea o de un futuro mejor.

Por ejemplo, el dogma como un ingrediente que embarga el ánimo y agita pasiones se ilustra acertadamente En *Lituma en los Andes*. Es en esta novela donde Vargas Llosa mejor consigue representar la figura del dogmático obnubilado por sus ideas políticas que, actuando como un autómatas, desprovisto de toda razón, ejecuta sus ideas cometiendo los más abyectos actos de violencia. Tal es el caso del ingeniero Cañas que después de entrevistarse con los subversivos en una suerte de juicio sumario, sale muy desanimado y le dice a la señora D’Harcourt: “Oyen pero no escuchan ni quieren enterarse de los que se les dice [...] Parecen de otro planeta” (119). Este sinsentido le hace pensar a la señora D’harcourt que se encontraba en “un insuperable malentendido, de una incomunicación más profunda que si ella hablase chino y ellos español” (121). Con estos ejemplos, Vargas Llosa intenta resaltar el patrón de comportamiento gobernado por la plaga del dogma y el fanatismo, comportamiento que está anclado en la sinrazón y que conduce inevitablemente a la violencia.

El último gran tema que he tratado sobre la guerra contra Sendero Luminoso es la culpabilidad de los agentes del Estado respecto de sus víctimas presentados en *La Pasajera* y la *Viajera del viento* de Alonso Cueto. Aleida Assmann en *Shadows of Trauma* me ha servido para el análisis de la culpabilidad de los perpetradores. Su estudio apunta a que en la investigación de actos violentos debemos tener en cuenta los efectos traumáticos en ambos lados de la ecuación sin discriminar los efectos de culpabilidad de los perpetradores.

En esta misma línea de análisis, Cueto problematiza los alcances traumáticos de la guerra. Aparte de representar el dolor de las víctimas de ambos lados del conflicto, desarrolla el trauma del perpetrador, en especial aquel acto de violencia que se comete en el cumplimiento de una orden deshonrosa. Es así que Arturo y Ángel abrumados por el remordimiento de haber dirigido una violación, el primero y el haber intentado rematar con un tiro a una joven, el segundo, deambulan por las novelas como dos espíritus desquiciados buscando el perdón de sus víctimas sobrevivientes.

En suma, me parece que los planteamientos de Vargas Llosa y Cueto respecto de la dictadura Fujimontesinista son bastante similares: personajes subalternos que se enfrentan al poder utilizando la táctica de la aparente debilidad para subvertirlo y a través de la venganza procurarse la esquiiva justicia. Es importante señalar que ambos escritores problematizan el significado de la venganza dentro de un sistema corrupto, que abusa de la legalidad para beneficio de los poderosos que lo sostienen, y deja a sus ciudadanos fuera de la protección de la justicia. Respecto de la guerra contra Sendero Luminoso, las perspectivas de estos dos autores son mayoritariamente diferentes pero complementarias. Ambos dan cuenta de la corrupción y violencia de los dos bandos del conflicto. Asimismo, mientras Vargas Llosa se enfoca en el aspecto ideológico y dogmático que impulsó la lucha armada, Cueto se ocupa de resaltar el abismo social que separa a los peruanos y que de alguna manera favoreció el brote del conflicto.

También se ocupa de la culpabilidad de los agentes del Estado respecto de sus víctimas. El relato conjunto de los dos autores ofrece una visión profunda del drama de la guerra que libraron los peruanos contra el terrorismo.

Esta tesis es el punto de partida para un proyecto de investigación mayor, un libro. En él, quisiera añadir dos cosas: la perspectiva de René Girard respecto de la violencia y la apropiada nomenclatura de la teoría psicológica de los afectos. Sería sumamente interesante intentar explicar el conflicto armado peruano a partir de las dinámicas del deseo mimético que propone Girard. Es decir, entender el odio de clase de los alzados por no haber obtenido el bien ambicionado y reconocer en los que sí lo obtuvieron al enemigo sobre el cual liberar su deseo de venganza. De igual forma, las dinámicas thymóticas entre los afectos y pasiones me han resultado de gran utilidad para demostrar la importancia de ellos en los universos literarios de los novelistas que trato en esta tesis pero los términos “afecto”, “pasión” y “emoción” los he utilizado en un sentido lato. Por tanto, quisiera reintroducir estos términos desde la perspectiva de la teoría psicológica de los afectos, y así seguramente, poder ampliar las posibilidades de mis hallazgos en torno a ellos.

Finalmente, creo que este estudio pone de relieve el protagonismo de las pasiones como catalizadoras del acontecer histórico y político de los mundos literarios de las novelas de Vargas Llosa y Cueto. Además, abre el camino para que futuras investigaciones sobre sus obras, consideren el nada desdeñable peso específico que las pasiones tienen en el desenlace de las ficciones de estos dos autores.

## Referencias bibliográficas

- Arendt, Hanna. *Sobre la violencia*. Madrid: Alianza, 2006. Print.
- Assmann, Aleida. *Shadows of Trauma*. New York: Fordham University Press, 2015. Print.
- Bataille, Georges. *La literatura y el Mal*. Madrid: Nortedur, 2010. Print.
- Berlin, Isaiah. *Contra la corriente: Ensayos sobre historia de las ideas*. Madrid: Fondo de cultura económica, 2009. Print.
- Bolan, Roy Ed. *Alonso Cueto: Rituales de culpa y esperanza: conciencia, imaginación y voz de un escritor peruano*. Madrid: Antípodas, 2015. Print.
- Bridgeman, Teresa. "Time and Space", in *The Cambridge Companion to Narrative*. New York: Cambridge University Press, 2007
- Camacho, José. "Vladimiro Montesinos o la santidad del ofidio en *Grandes miradas*". *Revista Iberoamericana*, 78 (241), 2012, pp. 805-818.
- Camus, Albert. *El hombre rebelde*. Madrid: Alianza, 2005. Print.
- Chirinos Soto, Enrique. *Historia de la república 1821-Peru-1978*. Lima: Editorial Andina, 1977. Print.
- Cueto, Alonso. *Pálido cielo*. Lima: Peisa, 2003. Print.
- . *Grandes miradas*. Lima: Peisa, 2003. Print.
- . *La hora azul*. Barcelona: Anagrama, 2005. Print.
- . *La pasajera*. Barcelona: Seix Barral, 2015. Print.
- . *La viajera del viento*. Lima: Planeta, 2016. Print.
- Dannenbergh, Hilary. *Coincidence and Counterfactuality: Plotting Time and Space in Narrative Fiction*. London: University of Nebraska Press, 2008

- De Llano, Aymar . "Senderos iluminados. Mito y violencia en la novela peruana contemporánea". *Revista Pilquen*, 16 (2), 2013.
- Ferreira, César. (Sep/Oct 2016). "Cinco Esquinas." 90 (86). Retrieve from:  
[http://ucla.worldcat.org/oclc/6786664351&referer=brief\\_results](http://ucla.worldcat.org/oclc/6786664351&referer=brief_results)
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. Madrid: Biblioteca nueva, 2012. Print.
- Gamboa, Jeremías. *Pálido Cielo. Antípodas Journal of Hispanic and Galician Studies*. Long Jetty: Editorial Voz, 2015.
- Genette, Gérard. *Narrative Discourse: An Essay in Method*. New York: Cornell University Press, 1983. Print.
- Girard, Rene. *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Anagrama, 1998. Print.
- . *Mentira romántica y verdad novelesca*. Barcelona: Anagrama, 1985. Print.
- González, Galo. (2007) "El poder y el deseo en *La fiesta del Chivo*." *MLA of International Bibliography*, 63-72. Retrieved from  
[http://ucla.worldcat.org/oclc/15400365542243&referer=brief\\_results](http://ucla.worldcat.org/oclc/15400365542243&referer=brief_results)
- Guardiola, Manuel. "Constantes temáticas en tres novelas peruanas sobre la época del terrorismo." *Romance Notes*, 2010, 50 (2), pp.229.
- Hancock, Joel. "Stylistic Techniques Determined by Narrative Point of View in Mario Vargas Llosa's *Los Cachorros*." *Pacific Coast Philology*, 12, Octubre 1977, pp. 15-20.
- Kojeve, Alexandre. *La dial ctica del amo y del esclavo en Hegel*. Buenos Aires: Librer a Fausto, 1996. Print.
- Kristal, Efraín, y John King eds. *The Cambridge Companion to Mario Vargas Llosa*. Cambridge: Cambridge UP, 2012. Print.
- Kristal, Efraín. *Temptation of the Word. The novels of Mario Vargas Llosa*. Nashville:

- Vanderbilt, 1998. Print.
- Long, Max. "Cinco Esquinas." (11/4/2016), TLC, 5927, 30. Retrieved from [http://ucla.worldcat.org/oclc/6867292301&referer=brief\\_results](http://ucla.worldcat.org/oclc/6867292301&referer=brief_results)
- Marcuse, Herbert. *Eros y civilización*. Madrid: Sharpe, 1983. Print.
- Michuad, Yves. *Violencia y política*. Madrid: Ibérica, 1980. Print.
- . *Changements dans la violence: essai sur la bienveillance universelle et la peur*. Paris: 2012. Print.
- Murakami, Yusuke. *Perú en la era del Chino. La política no institucionalizada y el pueblo en busca de un salvador*. Lima: CIAS, Kyoto University, IEP, 2007. Print.
- Murri, María Lourdes. "Los movimientos campesinos de la sierra peruana: una mirada desde la colonialidad/descolonialidad del poder (1959-1969)." *Millcayac-Revista Digital de Ciencias Sociales* 6.10 (2019): 101-124.
- Neira, Hugo. *El mal peruano*. Lima: Cause Editores, 2015. Print.
- Nietzsche, Federico. *El ocaso de los ídolos*. Tr. Roberto Echevarren. Madrid: Tusquets, 1998. Print.
- . *Genealogía de la moral*. Madrid: Alianza, 2006. Print.
- Nugent, Guillermo. *El laberinto de la choledad*. Lima: Fundación Friedrich Ebert, 1992. Print.
- Oviedo, José Miguel. *La invención de una realidad*. Barcelona: Seix Barral, 1982. Print.
- Paez, Ángel. (2012, Septiembre 11). "La historia de Luis Arana, alias Sotil, el senderista que delató a Abimael." *La República*. Retrieved from <http://www.larepublica.pe>
- Parker, Joshua. "Conceptions of Place, Space and Narrative: Past, Present and Future." Retrieved from [http://cf.hum.uva.nl/narratology/issue/7/a12\\_Joshua\\_Parker.html](http://cf.hum.uva.nl/narratology/issue/7/a12_Joshua_Parker.html)
- Popper, Karl. *Conjeturas y refutaciones*. Barcelona: Paidós, 1967. Print.

- Portocarrero, Gonzalo. *De Bustamante a Odría: el fracaso del Frente Democrático Nacional, 1945-1950*. Lima: Mosca Azul Editores, 1983. Print.
- Quiroz, Alfonso. *Historia de la corrupción en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2013. Print.
- Revel, Jean Francois. *El conocimiento inútil*. Madrid: Austral, 1993. Print.
- Sartre, Jean-Paul. *¿Qué es la literatura?* Madrid: Losada, 2003. Print.
- Scheler, Max. *Resentimiento en la moral*. Madrid: Caparro Editores, 1993. Print.
- Sloterdijk, Peter. *Rage and Time: A Psychopolitical Investigation*. New York: Columbia University Press, 2010. Print.
- Tanaka, Martín. (2012, Diciembre 16). "Sobre el laberinto de la choledad." *La República*. Retrieved from <http://www.larepublica.pe>
- Vargas Llosa, Mario. *La ciudad y los perros*. Madrid: Alfaguara, 2010. Print.
- . *Los cachorros*. Madrid: Cátedra, 2010. Print.
- . *Conversaciones en La Catedral*. Madrid: Alfaguara, 2004. Print.
- . *La guerra del fin del mundo*. Madrid: Alfaguara, 2005. Print.
- . *Historia de Mayta*. Madrid: Alfaguara, 2008. Print.
- . *Lituma en Los Andes*. Barcelona: Planeta, 2008. Print.
- . *El pez en el agua*. Madrid: Alfaguara, 2005. Print.
- . *La fiesta del Chivo*. Madrid: Alfaguara, 2006. Print.
- . *El paraíso en la otra esquina*. Madrid: Alfaguara, 2003. Print.
- . *Cinco Esquinas*. Madrid: Alfaguara, 2016. Print.
- . *Entre Sartre y Camus*. Río Piedras: Ediciones Huracán, 1981. Print.
- . *Cartas a un joven novelista*. Barcelona: Ariel/Planeta, 1997. Print.
- . *La orgía perpetua: Flaubert y Madame Bovary*. Madrid: Ediciones de la Universidad

Alcalá de Henares: Fondo de Cultura Económica, 1995. Print.

---. *Contra La Amnesia / Opinión / EL PAÍS*.

[https://elpais.com/diario/2004/01/11/opinion/1073775607\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2004/01/11/opinion/1073775607_850215.html). Accessed 19

Mar. 2021.

---. "Bataille o el rescate del mal." *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, No. 206-207-208, mayo, junio, julio, 1972. Print.

---. "Albert Camus y la moral de los límites." *Inti: Revista de Literatura Hispánica*. 1.4 (Otoño 1976): Artículo 2. Print.

---. "Isaiah Berlín. Un héroe de nuestro tiempo." *Contra viento y marea*. Barcelona: Seix Barral, 1986. 263. Print.

Zapata, Antonio. *Pensando a la derecha*. Madrid: Planeta, 2016. Print.

#### Bibliografía secundaria

Barnechea, A. *Perú, País de Metal y de Melancolía: Memorias de Una Educación Política*. Fondo de Cultura Económica, 2011.

Benjamin, Walter. "Para una crítica de la violencia." (1921): 171-199.

Blanco, Luis Miguel. *Alonso Cueto: Perú No Está En Postguerra Porque No Confronta Heridas Internacionales / W Radio Colombia*.

<https://www.wradio.com.co/noticias/internacional/alonso-cueto-peru-no-esta-en-postguerra-porque-no-confronta-heridas/20160817/nota/3220001.aspx>. Accessed 18 Mar. 2021.

Boland, Roy C. *Estudios críticos sobre Mario Vargas Llosa (IV)*. *Antípodas*, Special Issue, vol. XXVII, 2016.

Camacho Delgado, José Manuel. "Aálonso Cueto y la novela de las víctimas." *Caravelle*

- (1988) (2006): 247-264.
- Cornejo Polar, Antonio. "Hipótesis sobre la narrativa peruana última." *La novela peruana*. Editorial Horizonte, 1989.
- Delgado, Washington. "Mario Vargas Llosa: *La ciudad y los perros*." *Letras*, XXXVI, nums. 72-73, 1964.
- Dodds, Eric Robertson. *The Greeks and the irrational*. Vol. 25. Univ of California Press, 1951.
- Esteban, Ángel. "Alonso Cueto o el espejo invertido." *Inti* 67/68 (2008): 227-231.
- Fernández Retamar, Roberto. "Intervención." Roundtable "Diez años de Revolución: el intelectual y la sociedad." *Casa de las Américas*, vol. X, num. 56, 1969. ã
- Franco, Jean. "Lectura de *Conversación en la Catedral*." *Revista Iberoamericana*, vol. XXXVII, nums. 76-77, 1971.
- Jochamowitz, Luis. *Vladimiro. Vida y tiempo de un corruptor*. Ediciones El Comercio. 2002.
- Lauer, Mirko. *El sitio de la literatura: Escritores y política en Perú del siglo XX*. Mosca Azul, 1989.
- Llosa, M. V. *El Sueño Del Celta*. Penguin Random House Grupo Editorial España, 2013.
- . *El Héroe Discreto*. Penguin Random House Grupo Editorial España, 2013.
- . *Travesuras de La Niña Mala*. Penguin Random House Grupo Editorial España, 2013, <https://books.google.com/books?id=ISuzAAAAQBAJ>.
- Mantilla, Jesús Ruiz. Alonso Cueto Explora La Cercanía Del Mal En Su Obra "la Hora Azul" | Cultura | El País. [https://elpais.com/diario/2005/12/14/cultura/1134514804\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2005/12/14/cultura/1134514804_850215.html). Accessed 18 Mar. 2021.
- Michaud, Yves, and José Martín Arancibia. *Violencia y política*. Ruedo Ibérico, 1980.
- . *Changements dans la violence: essai sur la bienveillance universelle et la peur*. Odile Jacob, 2002.

- Ortega, Julio. *Crítica de la identidad: la pregunta por el Perú en su literatura*. Fondo de Cultura Económica USA, 1988.
- Oviedo, José Miguel. "Historia de Mayta: una reflexión política en forma de novela." *Atenea*, num. 457, 1988.
- Rama, Ángel. "La guerra del fin del mundo: Una obra maestra del fanatismo artístico." (1982): 600-664.
- . "El fin de los demonios." *Cuadernos de Marcha*, 1972.
- . "*Lima, la horrible* de Sebastián Salazar Bondy." *Casa de las Américas*, vol. IV, num. 27, 1964.
- Revel, Jean-François. *Ni Marx Ni Jesus*. Emece Editores, 1971.
- ., and Branko M. Lazic. *Comment les démocraties finissent*. B. Grasset, 1983.
- Rincón, Carlos. "Para un plano de batalla de un combate por una nueva crítica en Latinoamérica." *Casa de las Américas* 67 (1971): 39-69.
- Rushdie, Salman. "The Real Life of Alejandro Mayta." *Imaginary Homelands: Essays and Criticism 1981-1991*. Londres, Granta Books, 1991.
- Salazar Bondy, Augusto. "Historia de las ideas en el Perú contemporáneo. El proceso del pensamiento filosófico." *Francisco Moncloa Editores*, 1967.
- Weber, Max. *La política como vocación*. Vol. 622. NoBooks Editorial, 2011.